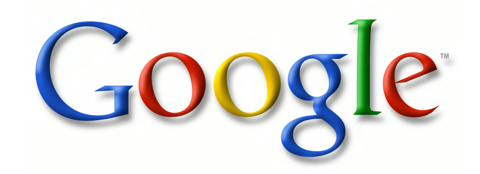
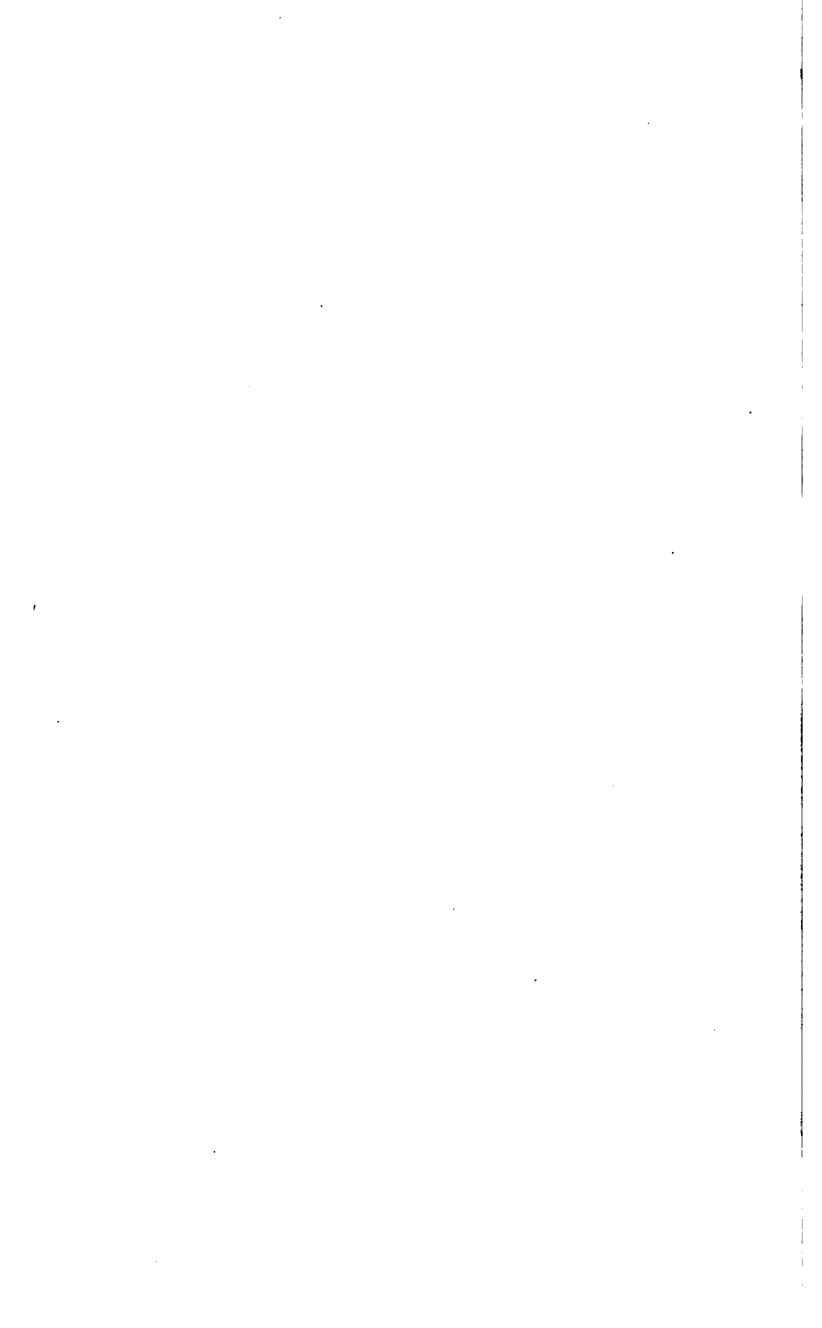





BERKELEY
LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA

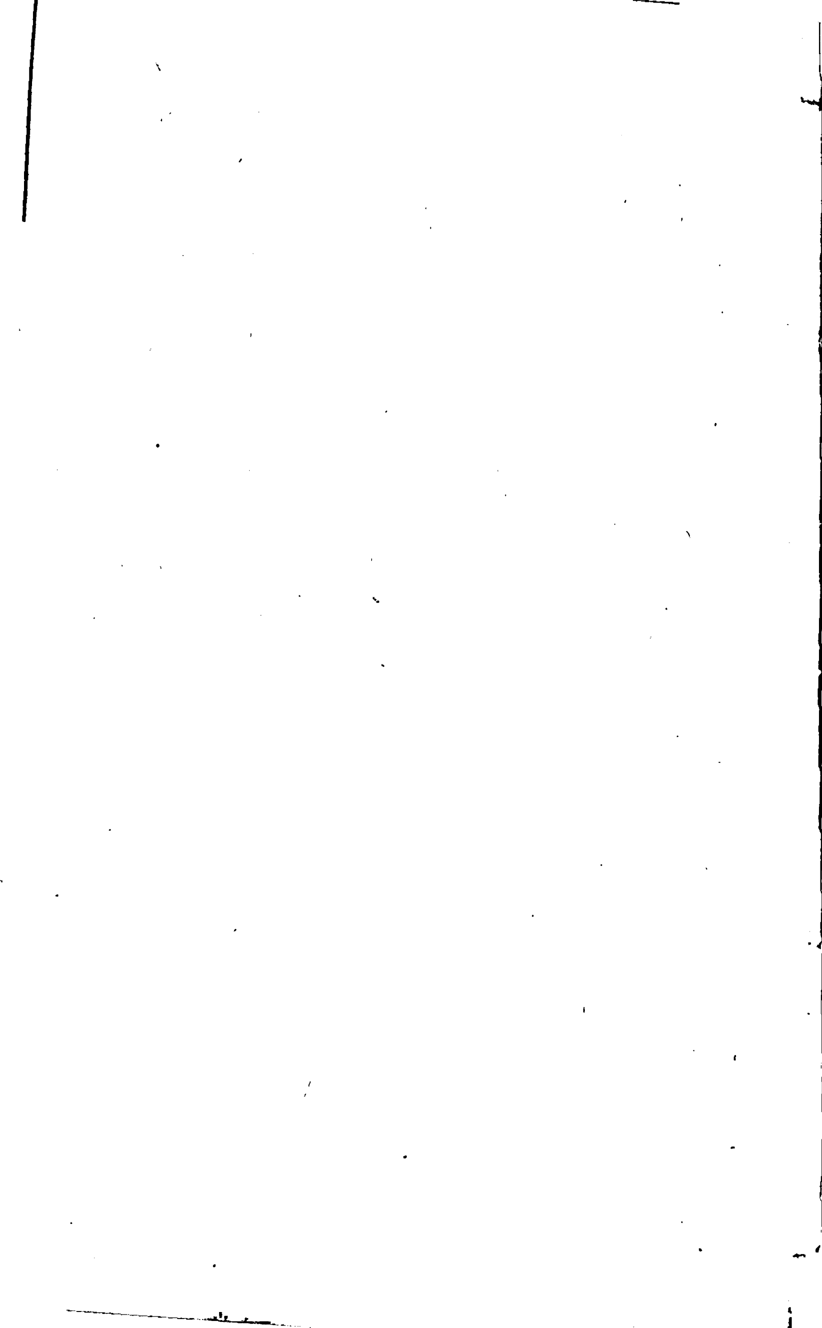




ADICIONES

á la historia de

Don Quijote de la Mancha



Jara y Sánchez de ...

ADICIONES

á la historia del ingenioso hidalgo

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

en que se prosiguen los sucesos ocurridos
á su escudero el famoso

SANCHO PANZA

escritas en arábigo por

CIDE-HAMETE BENENGELI

y traducidas al castellano con las memorias
de la vida de éste, por

DON JACINTO MARÍA DELGADO



BARCELONA
—
Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES
—
Maucci Hermanos
Calle, Cuyo, 1070

1905

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

AL LECTOR

Hace algunos días, entretenidos en dar un vistazo á libros viejos, cayó en nuestras manos uno antiquísimo y rebosante de interés, del cual quedarán por el mundo contadísimos ejemplares, y en cuya portada se lee: *Adiciones á la Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, en que se prosiguen los sucesos ocurridos á su escudero el famoso Sancho Panza, escritas en arábigo por Cide-Hamete Benengeli, y traducidas al castellano con las memorias de la vida de éste por don Jacinto María Delgado. Con licencia: en Madrid: En la Imprenta de Blas Román.*

Este libro fué impreso allá por los años 1775 á 80.

Como todo lo que se refiere á la portentosa obra de Cervantes llama en estos momentos tan poderosamente la atención, y como, por otra parte, las *Adiciones* dichas no merecen, ni con mucho, el

olvido de los que al estudio de las buenas letras se dedican, hemos considerado oportuno publicar la presente edición en la seguridad de servir de este modo á las letras patrias.

No es nuestro intento detenernos en hacer un prólogo para explicarle al lector bellezas que con volver la hoja puede empezar á saborear á su antojo; únicamente queríamos hacer constar que al publicar una nueva edición de este curiosísimo é interesante libro, no nos guía otro propósito que el de no dejar en el olvido en estos momentos, tan sabrosas é interesantes *Adiciones*.

El Editor



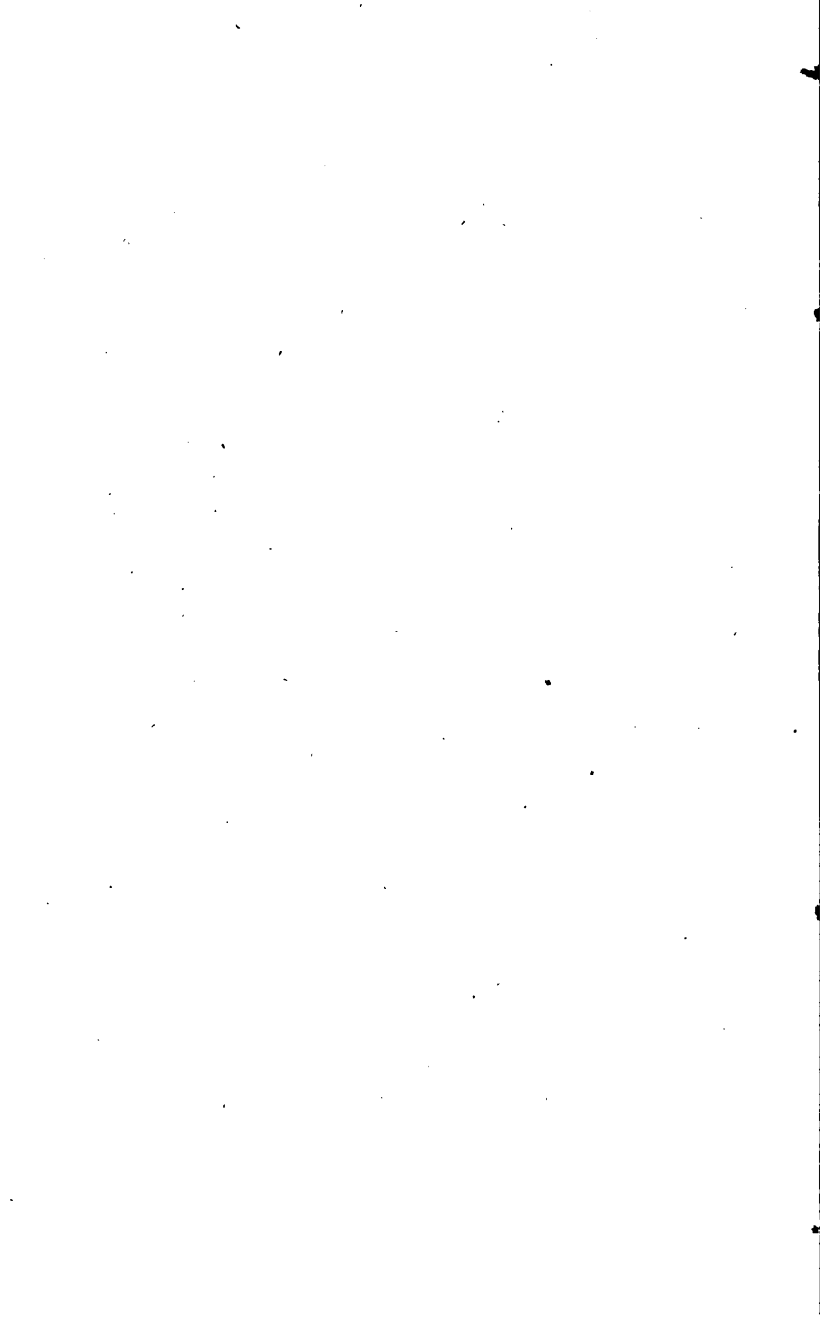
Al público de Madrid

Poderosísimo y respetabilísimo señor:

Por lo mismo que es usted (como el Pueblo que hace cabeza á los del Reino) el Legislador y declarador más privilegiado de las obras, se ampara de usted ésta que por su demérito, en comparación de otras, necesita de un Mecenas nada menos prudentísimo y benignísimo que usted á cuya sombra espera triunfar de las persecuciones.

Bien conozco, Señor, que la obra puede no merecer tan alto patrocinio; pero también conozco, que si por un efecto de benignidad se digna usted tomarla debajo de su poderosa protección, será bien recibida de una gran parte de los que componen el tan antiquísimo, como nobilísimo *todo* de usted. De quien soy con el más profundo respeto= Poderosísimo Señor, vuestro mínimo individuo

Jacinto María Delgado.





CENSURA

del doctor don Celestino Antero

Á LA TRADUCCIÓN DE LAS ADICIONES Á LA HISTORIA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Y VIDA DE SU ESCRITOR CIDE HAMETE BENENGELI

Muy señor mío: ¿Vuesa merced me ha enviado las *Adiciones* á la historia de Don Quijote, que ha traducido, y la vida de su autor Cide-Hamete Benengeli, para que yo las censure?

Hablemos claro: ¿me las envía vuesa merced á la censura, ó me las remite para que ésta la convierta en elogios, que es la moda hoy de censurar los escritos? Si para lo primero, las retendré y leeré, y diré mi sentir; si para lo segundo, las leeré y callaré mi censura, y también el elogio de vuesa merced á su trabajo.

Dirá vuesa merced y dirá bien, que soy hombre raro, adusto, metido en mis calzones, poco graciable, y más, cuanto vuesa merced quiera ponerme de aditamentos en mi genio; pero yo le responderé, y no mal, que si vuesa merced me titula don Celestino de la verdad, ¿qué razón habrá para que me llame don Celestino de la adulación y de la mentira?

La verdad siempre debe decirse á todos, mucho más á los amigos, si hemos de dar crédito al adagio: *amicus est alter*

ego: no sería bien visto, y sería extraño que uno se mintiese y se adulase á sí mismo, ó á su *ego.*

Las censuras que vuesa merced me pide recaerán sobre la traducción, que es lo único en que vuesa merced tiene parte, y en que resulta reo: (por dos veces) no las pondré sobre el original, porque la comisión de vuesa merced está reducida á la traducción.

Póneme vuesa merced en el capítulo primero de su carta estas palabras: *Porque si en ellas halla vuesa merced voz mal sonante, extraña, ó de cualquiera modo no propia de ponerse al público, podrá á bien (porque así se lo suplico) substituirle otra, porque no quiero pasar plaza de ridículo, que harto siento tener tan limitados alcances, aun versándome con hombres de libros, y aditamentos de literatura; pero los alcances no suelen pegarse aunque se solicite.*

Nuestra amistad, su humilde confesión, y la justa causa que para ella tiene, me ha hecho obedecer á vuesa merced ciegamente en su precepto; porque me acuerda aquel divino: *á tu prójimo como á ti mismo* (y para mí sería muy doloroso, que por mi culpa pasase vuesa merced una plaza en cuyo terreno no quisiera yo estar ni por un minuto), pudiendo con él y con vuesa merced cumplir á un mismo tiempo.

Dice vuesa merced en el tercer capítulo de su carta de remisión esta cláusula: *Es cierto que el carácter de Don Quijote no fué otro, ni su oficio de caballero andante se redujo á más que á enderezar tuertos y vengar agravios: Del mismo modo sus Adiciones quieren enderezar algunas ridiculeces que se han introducido insensiblemente, de que á la nación le resulta una cierta burla, que nos hacen los extranjeros, agravios que pueden cortarse con las Adiciones.*

¡Cuántas y cuántas veces hemos tocado este punto, y cuántas y cuántas veces hemos visto con qué justo motivo las naciones extranjeras, y aun nuestros mismos nacionales se bur-

lan de cierto gremio de calaveras, hombres que se han tomado por empeño hacerse ridículos por autoridad propia, sin querer saber, que lo que hacen causa una general burla, que se pone por universal á la nación, y se incluyen en el dicho aún los que están opuestos al hecho!

Cada uno en esta parte tiene derecho para rebatir el perjuicio, y evitar el daño, y á esto pueden mucho contribuir las *Adiciones*: hizo muy bien el señor Don Quijote de tomar la plaza que tomó: hizo muy bien el señor capitán Hamete el adicionar y seguir lo que el dicho señor manchego no siguió por no alcanzarle el tiempo.

Pero vuesa merced ha hecho muy mal en él donde se solicitan con esmero desterrar de nuestro trato y lenguaje las voces extrañas que no son de él, haberme puesto en el libro *Adiciones* algunas extranjerísimas, y no inteligibles para el común, que tiene derecho á que se le hable claro, y no en griego.

Yo aseguro á vuesa merced, amigo mío, que si el tal señor Don Quijote viviera, y hubiese visto, como yo en las *Adiciones, el Quijántropo manchego* (que por el permiso de vuesa merced lo he enmendado y puesto *el valeroso manchego)* tal vez, no obstante su juicioso pensar, su madurez en las determinaciones, y su circunspección en no sacar la espada contra los no armados caballeros, tal vez, vuelvo á decir, se hubiera dispensado la ley caballeresca, como se la dispensó cuando las jacas galicianas, y hubiera hecho con vuesa merced lo mismo ó más que hizo en aquel entonces; porque se lo merecía vuesa merced por haberle arrimado la vocecita griega á un hombre como Don Quijote.

También empuerca vuesa merced su escrito castellano con la voz *filarmónica-gaita*, que dice vuesa merced va delante de la colocación que hace la Academia de la Argamasilla de las armas de su académico manchego: ¿y no repararán todos,

señor mío, que ha mudado vuesa merced en gaita griega nuestra gaita gallega, instrumento nacional, sonoro y experimentado, sin saber si la tal *filarmónica gaita griega* será ó no será así, y la que llevó acto tan lucido? yo con el permiso de vuesa merced y mientras hallo en los pocos escritos griegos que tengo, y en los escritos en griego que guardo (de muchos escritores que escribieron así en muchas lenguas) si fué con efecto la tal gaita, y si era griega ó gallega, le he dejado sólo la voz *gaita*, le he borrado lo *filarmónico* con la expresión de *por ahora.*

Amigo mío, me compadece mucho el modo de hablar de vuesa merced sin necesidad ni precisión: esto no me parece justo, ni de traductor, á no estar tocado de locura: el traductor ha de ser legal, y si puede ser ha de entender bien la materia que traduce, y el espíritu del original (y aun las pasiones y genio del originario) de otro modo será siempre una *traducción violeta*, como las que suelen verse de algunos eruditones á ella, y aseguro á vuesa merced que cuando oigo: *escrito á la violeta, ó traducido á la violeta,* me desvanezco en querer saber qué tiene esta florecita con las ciencias, con los escritos, con las traducciones, con el andar, y llevar el cuerpo, etc., que luego dicen, *es, va, escribe á la violeta,* pero me quedo con la gana de saberlo; ya ve vuesa merced que esto de saber uno todo lo que hay que saber, es materia algo difícil.

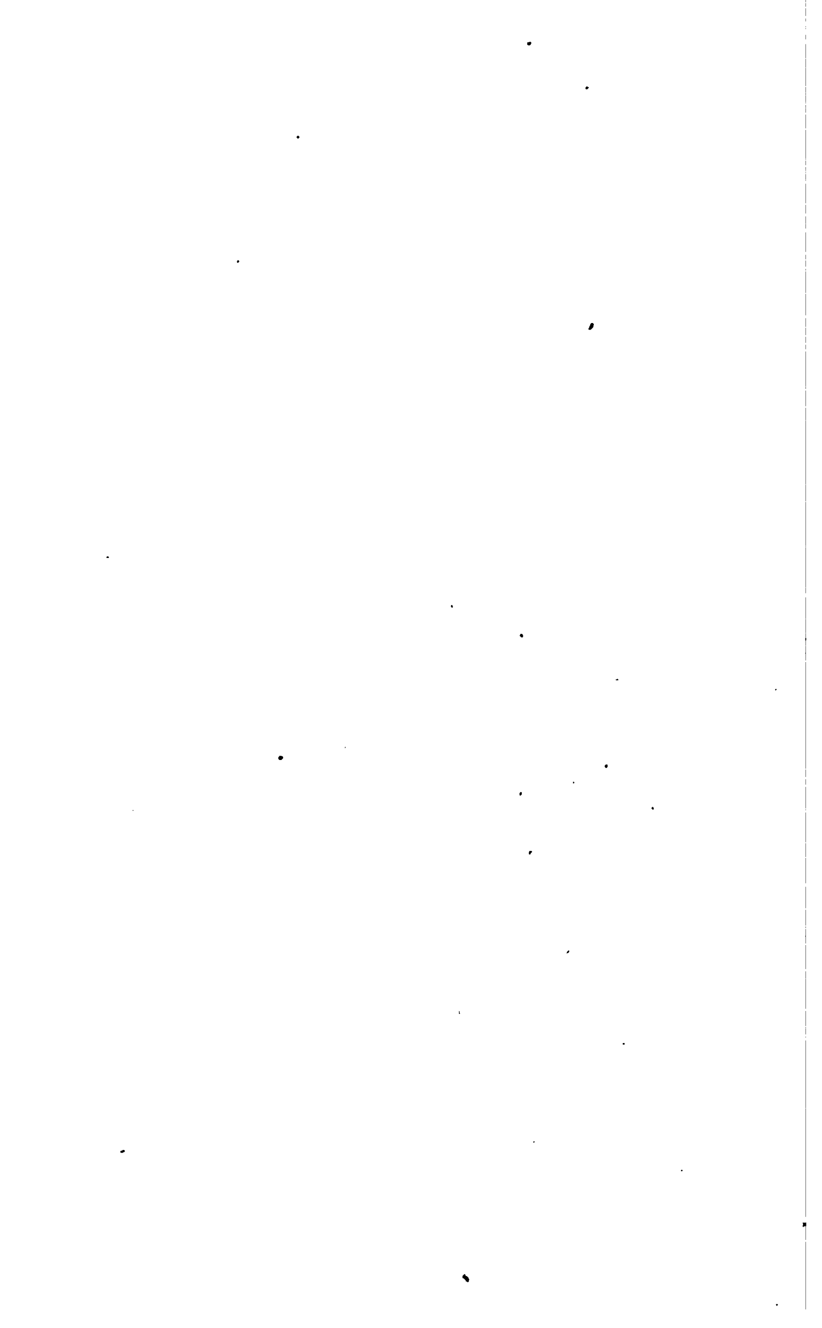
Ultimamente, amigo, vuesa merced se ha expuesto á un chasco, si han salido al público sus dos dicciones, ó voces de rigorosa *grecatura.* Por la voz que imprimió de buena fe un cierto quidam, que dijo que *estábamos sin civilizar*, yo mismo le vi convertido en héroe de un sainete, que se representó algunas veces en el Coliseo de los Polacos, de donde la ancianidad y la repetición lo hizo del número de los jubilados; y ya ve vuesa merced lo que va de cetro á cetro. Es menester

pulso en estas traducciones y expresiones verbales contra su original idioma. Cada lengua tiene bastantes voces para explicarse, la nuestra no necesita de las extrañas, ó en este caso poner donde cada uno acuda á saber lo que significan las extranjeras que no entienden, y se dan escritas y de molde.

Este es mi parecer y censura, salvo, etc, deseo que quede vuesa merced satisfecho y desengañado, que es lo que á mí me vale.

DOCTOR ANTERO

Señor traductor de las *Adiciones á Don Quijote.*





CARTA CRÍTICA-LEGAL

impugnatoria contra la censura puesta por el doctor don Celestino Antero en la traducción de las Adiciones á Don Quijote de la Mancha, que hace el Licenciado don Gómez de Villoria, Ex-Archi-Mayordomo en la Hermandad de las benditas Animas del Purgatorio de la Villa del Padul de Oliva, Proto-Consultor civil de su Concejo, Justicia y Regimiento, y Agente-General de sus negocios municipales.

Muy señor mío: He leído la traducción que vuesa merced ha hecho de las Adiciones de nuestro Don Quijote: y también la censura á ella del doctor don Celestino Antero, etc., que uno y otro me envía vuesa merced ad efectum videndi, *para que sobre todo le diga mi sentir; y habiendo visto el escrito Censura* Anteriana, *digo: que el susodicho critica, y injustamente vulnera el referido escrito, quitándole la propiedad con que vuesa merced le puso las dos voces* Quijántropo *y* Filarmónica *(gaita) una y otra digna de ser puestas en cualquiera escrito público ó privado de cualquiera tamaño y* foliatura.

El genio melancólico hipocondriaco del suso doc-

tor Antero, su oposición á los escritos que contienen la moderna literatura verbal, le han hecho incurrir en una crasitud suspecta *de injuria, cuya vindicación* estimatoria *tiene la acción* Palinodiata ipso facto, *y su defensa la traen nuestros autores Regnicolas que escribieron de* injuriis, *máxime cuando estas* Tropales *y* Filarmónicas *voces ya se estampan en Tipógrafas prensas.*

La voz Tropo ut dictum est, *que sapientísimamente agregó á Don Quijote, y la voz* Filarmónica, *con que adictó la gaita que antecedía en los aplausos académicos de la Argamasilla, con los cuales se conducían los trofeos* Armisticios *de dicho señor manchego, deben dejarse* sicut erant in principio *del referido escrito; porque de su supresión se le quita á vuesa merced aquel debido aplauso con que se reciben por los* eruditos verbales, *y se le despoja de aquella admiración con que el pueblo bajo mira y admira la penosa ocupación de este estudio, despreciada de ineptos.*

La tal censura es injusta, temeraria, etc., scriptoribus *ofensiva, y por lo mismo digna de que se borren y tilden las enmendaturas puestas á ellas por el expresado censor y doctor Antero, como de que se le requiera que en lo sucesivo se abstenga de ellas, sin pleno conocimiento de causa, y oír en su defensa las partes.*

Que así es de hacer por lo común, favorable y siguiente=Y porque es bien aplicado al dicho Don Quijote lo Quijántropo Manchego; *lo primero porque la tropeidad está admitida, y muchas veces*

vista en escritos públicos; lo segundo porque siendo tropo *y* figura *una misma cosa, la separa de su significado el dicho doctor Antero sin tener presente que el dicho Don Quijote la usó, y se tituló Caballero de la triste figura*, id est: del tropo triste, *cuya tropez posteriormente cambió por ser aquél caballerato fúnebre, con el de Caballero de los Leones, quedando titulado así, y ex de la triste figura, ó* tropo triste.

Y porque aunque la voz tropo *fuese mal puesta que es caso* negado *y* no confeso, *debió el dicho doctor Antero haber presentado para el despojo de ellas unas razones sólidas y convincentes, que no hizo, sino* autoritate Doctoris, *procedió á la mutilación verbal, reduciéndola á valeroso manchego, como expresa la censura* ut supra.

Y porque se agrava mucho más lo dicho, habiendo hecho lo mismo con la voz filarmónica (gaita) que también impíamente mutiló en la mejor parte de su término altisonante; desentendiéndose también de la justa causa y propiedad con que se puso en la traducción hecha: Porque siendo cierto que el todo de la gaita es compuesto de partes distintas entre sí, como son pellejo de perro, pitos, filos pendientes del cañón del bajo, ya sean de hilo, de estambre, seda, ú otra cosa, lo cierto es que su flecatura *es compuesta de materia filosa* (y aérea) conditio sine qua non potest dicere *(gaita) ¿pues qué extraño fué que al nombrar el todo se hubiese puesto y expresado alguna de las partes de su composi-*

ción, *y aun pudo también* Aérea Galia, *siguiendo el estilo moderno de expresar en el frontis de las obras y carteles de esquinas convocatorios para la venta las partes de que se compongan: como v. g.* Obra--Crítico--Médica--Físico--Química--Quirúrgica-Farmacéutica, *etc, con cuyo solo golpe de ojo (equivale á primera vista que se decía antiguamente) se conoce la composición de la obra*, *y aun deja campo para el conocimiento de la ciencia del autor?*

Y porque está plenamente probada la adversión del dicho doctor Antero á estas nuevas voces que se establecen para mayor lucimiento de los escritores, *su censura misma manifiesta esta oposición*, *pues aun en duda procedió según dice*, que tiene para salir de ella que reconocer sus libros para dejar la addita grecatura á la filarmónica gaita, *en cuyo perjuicio se trataba, habiendo faltado á las reglas del derecho que el mismo doctor Antero profesa*, *y sabe bien, en especial á la* 56 de diversis regulis juris, *que expresamente dice*, semper in dubiis benigniora præferenda sunt, *cuando la benignidad única que puede en el caso darse, y la ley dispone, era que el doctor Antero hubiese dejado las susodichas voces como llegaron á sus manos, pues así procedía de justicia*, *etc. Así lo juzgo salvo, etc.=Otrosí á vuesa merced pido y suplico se sirva mandar á su muy siempre seguro servidor*, *etc.*

Licenciado
DON GÓMEZ DE VILLORIA

Señor traductor de las *Adiciones á Don Quijote.*



PRÓLOGO

Estas Adiciones (que pudieran titularse *Libro noveno del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha)* llegaron á mis manos por un acaso, y habiéndolas leído, me pareció puesto en razón no dejar sin memoria posterior los sucesos de Sancho Panza, segundo héroe de aquella inimitable y jamás bien celebrada historia: á este fin las traduje al castellano del árabe en que estaban, y haciéndolas ver á un doctorado en Gandía hombre versado en libros y en historias (después de confirmar mi dictamen) dijo: Que ésta no tenía cosa que se opusiese á lo que se manda guardar en punto de libros, y que la juzgaba digna de la luz pública: En efecto el gran concepto que me debe la literatura de éste en todas líneas verdaderamente Doctorazo, me hizo

caer en esta tentación; mas como las hay buenas y malas dejo su declaración al lector amigo, enemigo é imparcial: advirtiendo que si la colocase en el número de las malas debe tenerse por flaqueza humana, y si de las buenas, por acierto de lo que deseaba y vale.



NOTA

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

El señor doctor don Celestino Antero, que censuró esta obra, traducción, ó lo que fuere, advierte, como puesto en razón, que se manifieste en las traducciones ó escritos públicos el verdadero significado de las voces extrañas; para cuyo caso discurría en su defecto el establecimiento de una oficina declaratoria de nombres (á quien los eruditos nombrarían de Nomenclatura): vista por el traductor esta justa causa, en útil público le ha parecido empezar el estilo declaratorio antes ó después de la fe de erratas, señalando las voces y su equivalente.

Hállase en el principio del escrito en boca del señor Cura Licenciado Pero Pérez, hablando con el señor don Sancho ya declarado consultor del duque, la voz *alta guisa,* que es gótica.

El equivalente en castellano es *alta elevación,*

según doctísima y expresamente lo manifiesta el celebérrimo manchego el reverendísimo padre Cidra en su Florilogio: Flor Espuela de Caballero, tomo II, fol. 424, sigue y dice: «Que en la Mancha »llegaron unos caballeros, que se decían los *des-* »*aguisados,* que eran de *elevación,* que estos deja- »ron la semilla de esta flor que imita á una espue- »la, que su destino era servir al rey con caballo y »lanza, y que su *alta guisa* se manifestó en el tiem- »po que allí estuvieron, y eran de unas compañías »ó tercios que había en Castilla, donde fincaban »su residencia.»

Si esto es así, la *alta elevación* es aplicada por la respectiva que tiene á caballo, respecto del de á pie; y tenían estos *desaguisados* con todos los demás que no lo estaban: pero otros dicen que la voz *guisa* no viene de tales *desaguisados,* sino de los condimentos, ó de sus profesores; y que monsieur Eutém que era hostelero, usó, sin ser caballero de lanza, de la *guisa,* pues en una tablilla pública puso M. E. Aquí-*guisa,* y sólo al *guisa* le añadió el adjetivo *aqui* para señal de estar allí la *guisa de monsieur Eutém.* Este punto y su declaración le corresponde á los *eruditos á quien me remito en su decisión de la voz guisa,* que será la más segura, si es la más bien probada.

Halliábase cuando la posesión del señor Panza en su consultoría, que el secretario del duque le

dijo: *Ebad*, consultor del duque mi señor. El ebad es gótica voz, su equivalente es *tomad*, porque le alargaba el título de su nombramiento; pero el advertidísimo capitán Hamete le puso *Ebad* con mucho estudio, porque el *tomad* en los oídos de uno que iba á ser juez, era mal sonante, y como el señor don Sancho era novel en el oficio, y no tenía toda la instrucción correspondiente, temió que podía discurrir que el *tomad* es lo que dicen *libertas accipiendi*, y él mismo conocía, y había oído, que *libertas accipiendi non datur in judice*. El modo de pensar del señor capitán fué siempre celebrado en los AA. mahometanos, aun en los del primer orden.

También se usó en la colocación de las armas del señor Don Quijote en el Museo Biblioteca de la voz *sendas melenas* y *corbatas* (que se dice que llevaban los académicos) que es el equivalente de *largas melenas*, y *corbatas*; pero como en la línea de largas hay más y menos, se usó de la voz *sendas* que es el superlativo, y voz antigua (también de origen gótico), y de esta razón de largueza igual con que todos las llevaban, tomó ocasión el expresado reverendísimo Cidra para decir (dicho tom. II. fol. 482. en su obra) eran cabelleras postizas que se pusieron aquellos señores académicos por ser función del primer orden, procesional y de armisticio; y con mucha sal, dice su paternidad reve-

rendísima, celebrando el lucimiento, gozo y alegría de la Academia, estas palabras (dicho folio) «No »podían tenerse ni contenerse los académicos, no »obstante el acto serio en que se hallaban, y olvi- »dándose de esto algunos, saliendo de su lugar, se »incorporaban en la danza: *Et pilosi saltabunt ibi*: »de modo, que de académicos se fueron y pasaron »á danzantes; para dar á entender cómo celebraron »á su académico el señor Don Quijote de la Man- »cha.» Y siguiendo el noble pensamiento del señor don Celestino Antero, el traductor ha puesto esta nota, y sigue de las demás voces extrañas el

ÍNDICE

1.ª Guisa: *su equivalente elevación alta.*
2.ª Ebad: *tomad ó recibid.*
3.ª Sendas: *muy largas ó larguísimas.*
4.ª Chichigua: *en América ama de leche.*
5.ª Pilmama: id. *la que entretiene el niño.*
6.ª Pepenao: id. *los que se ahijan, ó se sacan de la pila bautismal.*



TABLA

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENEN ESTAS ADICIONES

Á LA HISTORIA DE

«DON QUIJOTE DE LA MANCHA».

Páginas

Capítulo I.—De lo que el Cura, el Barbero y Sansón Carrasco hicieron para sacar á Sancho Panza de la miseria en que estaba después de la muerte de Don Quijote, y cómo lo consiguieron por medio de los duques.. 29

Cap. II.—En que se resuelve la duda que tantas veces se ha tocado en esta memorable historia acerca de discurrir Sancho unas veces como sabio y otras como ignorante, y cómo la fortuna le deparó un maestro de civilización. 41

Cap. III.—Prosigue el civilizado maestro sus embustes. 51

Cap. IV.—Empieza Sancho á tomar las lecciones pedeográficas, y un inaudito suceso hace no quede perfectamente instruído en ellas. 61

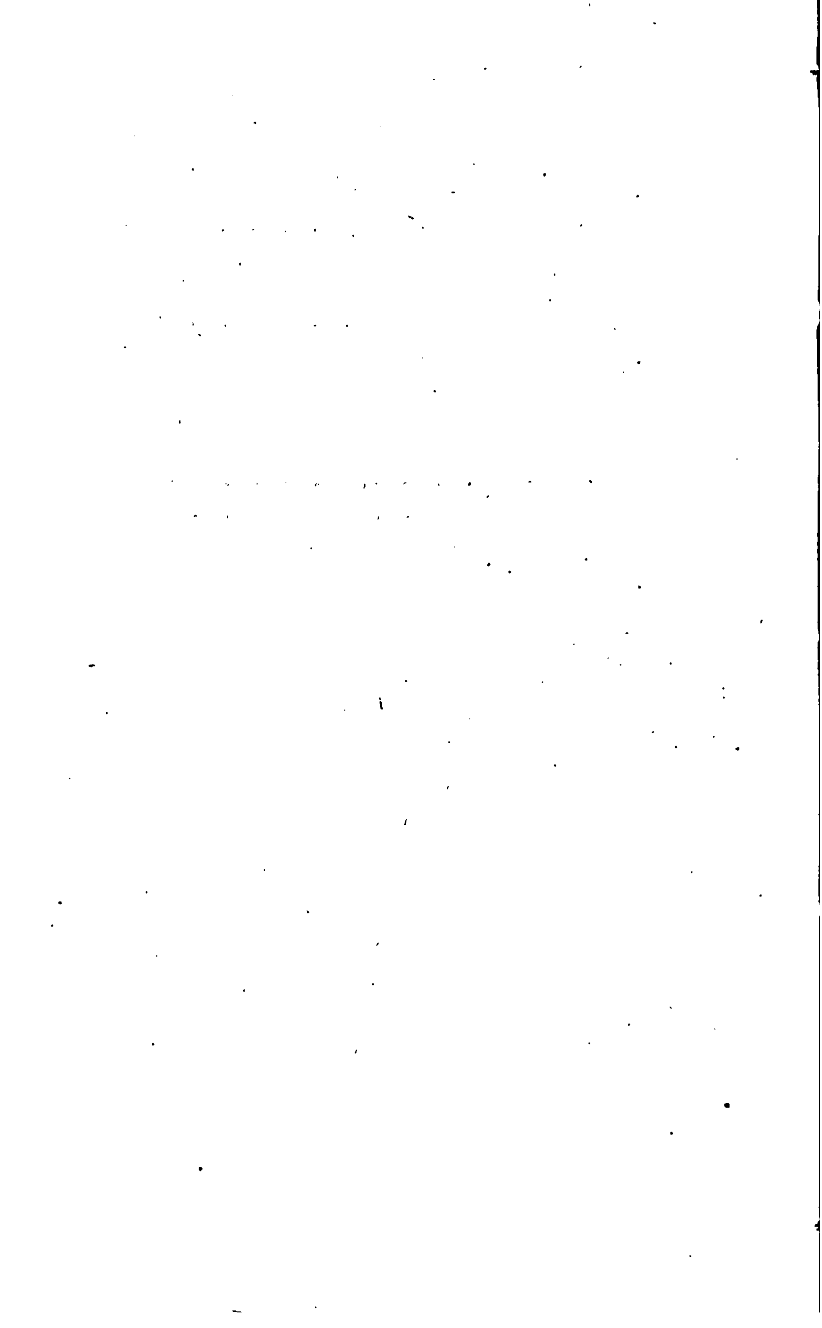
Cap. V.—Cuéntanse algunas cosas que deben tener-

Páginas

se presentes, y cómo Sancho marchó al castillo de los Duques. 73
Cap. VI.—Dase cuenta de lo que pasó en la venta, y cómo encontró Sancho al mayordomo que le salía al encuentro.. 85
Cap. VII.—En que se encuentra la llegada de Sancho al castillo, el ridículo recibimiento que se le hizo, los admirables blasones que allí vió, y tierna despedida de la dueña doña Rodríguez.. . . 93
Cap. VIII.—Pasa Sancho al Palacio de la residencia de los Duques, y toma posesión de la Consultoría con el más extraño y rigoroso ceremonial que se ha visto. 107
Cap. IX.—Cuéntase el grave y majestuoso razonamiento que la Academia de la Argamasilla dijo en loor de Sancho, y otras cosas dignas de tenerse en memoria. 117
Cap. X.—En que se cuenta cómo salió Sancho á inspeccionar los pueblos del duque: las maravillas que vió en la casa de un beneficiado: las acertadas providencias que dió, con otras cosas que deben saberse. 127
Cap. XI.—Donde se cuentan las discordias ocurridas sobre la adquisición del yelmo de Mambrino, y cómo se colocaron en la Academia de la Argamasilla las armas de su individuo Don Quijote con gran pompa y regocijo. 139
Cap. XII.—En que se prosiguen los sucesos de Sancho, y se apunta la tentación en que el mal dimoño le tuve á pique de caer; y lo que pasó entre el Cura y el Barbero para salir del empeño en que les puso la mala tentación de Sancho. 147
Cap. XIII.—En que se sigue la materia del antece-

Páginas

dente. y se da razón de la alcurnia panzina, y de otras cosas tan inauditas como verdaderas, que sucedieron hasta que Sancho fué creado barón. 157
Cap. XIV.—Cuéntase el marcial aparato con que se celebró la baronización de Sancho, con otros sucesos que sabrá el que los leyere. 167
Cap. XV.—En que se satisface la curiosidad de los lectores con la continuación de los sucesos del capítulo antecedente; y uno tan cierto como no esperado pone fin á esta grande y verdadera historia.. 175
Memorias de Benengeli. 183



ADICIONES

Á LA HISTORIA DEL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

CAPITULO PRIMERO

De lo que el Cura, el Barbero, y Sansón Carrasco hicieron para sacar á Sancho de la miseria en que estaba, después de la muerte de Don Quijote; y cómo lo consiguieron por medio de los duques.

Descolgó su bien cortada pluma el prudentísimo Cide-Hamete Benengeli (porque le pareció no tenerla ociosa, y colgada según la dejó en el capítulo LXXIV, de su ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha), para seguir la historia de su escudero Sancho Panza, lustre y blasón de su patria, y digno por sus buenos servicios y famosos hechos, de que no quedase al olvido este segundo héroe, de cuyo calibre, como del de su señor, se hallan muy pocos en el dilatado ámbito de la tierra: no quiero decir que en todas no se halle abundante número de Quijotes y Sanchos, que el pensarlo sería mucho agravio; sino que de aquel calibre de valor en el uno y entendimiento en el otro, con dificultad se hallarán.

Empezando á escribir los sucesos de este escudero, inseparable del valeroso Don Quijote, dice el veracísimo Benengeli así: Fueron tantas las demostraciones de sentimiento que hizo el buen Sancho, que el Cura y maese Nicolás temieron más de una vez le acabaran con la vida.

Quejábase amargamente de la fortuna (como si ella fuese capaz de oír sus quejas), porque habiéndole levantado de un pobre porquerizo á escudero de un caballero andante, y, lo que es más, á la alta dignidad de gobernador insulano, lo había despojado de estos honores, reduciéndole otra vez á guardar puercos y cabras, sin que hubiese dado motivo para este abatimiento. Pero como la fortuna se burla de los hombres, de sus quejas, y de sus reconvenciones cuando quiere, también cuando se le antoja atiende á sus clamores y suspiros. Así lo hizo con Sancho, como se verá en el discurso de esta verdadera historia; porque todo lo dispone de un modo tan raro, que á dos que igualmente caminan por una senda con pasos iguales y concertados, al uno improvisamente lo despeña, y al otro lo eleva hasta la más alta cumbre de las felicidades humanas.

Pero como para esto se vale de algunos medios, dispuso que el mismo Cura que le consolaba en sus cuitas, le dijese un día, que más que otros le vió afligido: No hay que echar la soga tras el caldero, Sancho amigo, buen ánimo, y no desconfiar de la fortuna; escribiremos á los duques el estado infeliz en que habéis quedado; y como vos al fin les servisteis de gobernador baratario, y ellos por práctica de su grandeza, siempre atienden á sus criados, habiendo sido vos uno de los que les sirvieron tan á su satisfacción y gusto, ¿por qué no habéis de esperar que os atiendan y amparen? A lo que Sancho, lanzando

un profundísimo suspiro, dijo: Señor Cura, creo que si les pido lograré mi alivio; porque son, además, caritativos y piadosos, como se ha echado de ver, solicitando el desencanto de Altisidora, en que no tuve yo poca parte: ¡qué de hachas de cera ardían, cuyo costo sería muy grande! ¡qué de reyes no vinieron á este desencanto! ¡y qué de música no costeó el duque mi señor para este caso! Y en verdad que fué la misma Altisidora la que tuvo la culpa de su mal; pero en el mío, en que no la tengo, ¿con cuánta más razón procurarán socorrer mis cuitas? Alégrome, respondió el Cura, de veros tan conforme, y más de oír vuestras bien fundadas esperanzas; y me extiendo á deciros, que pienso que los duques vuestros amos han de tener á mal el que no les aviséis para socorreros en el infeliz estado en que os veis de guardar cabras, no porque esto os deshonre, que el ser pastor á ninguno afrenta; sino porque habiendo sido gobernador insulano, y militado escuderilmente en la Caballería Andante; como que de lo uno y de lo otro quedasteis hidalguizado, las gentes tendrían que decir, si viesen que sin buscar otros medios, os habéis ocupado en estos ejercicios campestres, opuestos á la hidalguía moderna; porque en la antigua, los hombres todos sin distinción de clases guardaban los ganados y labraban las tierras; y esta consideración tuvo presente vuestro amo cuando quería ser el pastor Quijotiz, y que yo le acompañase con el nombre de pastor Curiambro, para hacer ver con su ejemplo, que no se oponía esto á la caballería, porque si se opusiese, ó pudiera empañar sus brillos, ¿cómo vuestro amo había de incurrir en esta afrenta?

En esto estaban, cuando llegó el Bachiller Sansón Carrasco, á quien el Cura comunicó su pensamiento

de escribir á los duques el estado de Sancho su ex-gobernador, y no sólo lo aprobó, sino que se ofreció á escribir la carta, que se aceptó, y habiéndose despedido todos de Sancho muy contentos de verlo tan consolado, cada cual se fué á su casa, quedando citados para la de Sancho en el siguiente día por la mañana, en que el Bachiller ofreció llevar la carta á la censura del mismo Cura, y maese Nicolás, que era practicón en cartas misivas, por estar condecorado á más de sangrador y sacamuelas del partido, con el título de Agente de Curial Romano, cuyo ejercicio con los otros lo hacían habilísimo y fecundo de voces y cláusulas epistolares, según pública voz y fama.

Al siguiente día por la mañana se juntaron todos tres en la casa de Sancho, y sacando Sansón la carta, se la dió al Cura, que la leyó muy despacio; y diciendo, está como debe estar, la alargó á maese Nicolás, quien también la leyó con mucha atención, arqueando dos veces las cejas, según afirmó después el mismo Sancho, y habiéndola vuelto á la misma mano del Cura, dijo á éste, que según su leal saber y entender, estaba en todo y por todo como en ella se contenía; y que se buscase sujeto que la llevase por no fiarla al extravío de la estafeta; á más de que las cartas de aquella clase debían presentarse en mano propia, por las razones que daría, si le fuesen preguntadas. El Cura, el Bachiller, Sancho, Teresa (que también estaba con el oído alerta) y maese Nicolás, empezaron á discurrir quién la conduciría, y después de un maduro examen recayó la elección á pluralidad de votos sobre Tomé Cecial, co-escudero andante, en el servicio del mismo Bachiller, cuando fué Caballero del Bosque, cuyo nombramiento se hizo saber por el mismo Bachiller al Tomé Cecial,

como enviado extraordinario de esta comisión en beneficio de su compatriota, la que el dicho Tomé ofreció cumplir con toda legalidad; y habiéndole entregado la carta, reduciendo á ella sus credenciales, partió Cecial al castillo donde los duques se hallaban en aquel tiempo, visitando y arreglando sus pueblos.

No dice Benengeli, qué hubiese acaecido en el intermedio de llevar la carta al castillo; sólo sí que la recibió la misma duquesa, y que vertió algunas lágrimas cuando supo la muerte de Don Quijote, y el estado miserable de Sancho; que se la dió al duque, pidiéndole atendiese al pobre Panza, pues había quedado tan desdichado con la muerte de su amo Don Quijote.

El Duque se informó de Tomé, acerca de la enfermedad y muerte de aquél, y dijo á la duquesa quedaba á su arbitrio el disponer en cuanto á Sancho; á que la duquesa respondió, que pues lo dejaba á su voluntad, quería que á Sancho se le socorriese con alguna cantidad al pronto, y que se le mandase volver al castillo bajo de algún pretexto, y nombre especioso, para que le sirviese de diversión, respecto de hallarse algo triste por falta de las que regularmente hay en las cortes y grandes ciudades. Sea así, dijo el duque, venga Sancho luego, que quiero ocuparlo en algo en esta visita de mis pueblos; porque él en el gobierno de la Insula Barataria manifestó su discurrir acertado, y aquí podrá sucederle lo mismo.

Esto dijo el duque en voz alta, y oyéndolo aquel eclesiástico grave que tenían en casa, y tuvo con Don Quijote aquellas pesadas razones que se dijeron en su historia, no pudo reprimirse, y con voz trémula, colérica y atropellada, dijo:

Señor, todas las cosas tienen su tiempo, y fuera de él son como irregulares: cuando vuestras excelencias estaban en la diversión de la caza, ya como que podían pasar las sandeces de Sancho; porque aquellos días se dedicaron puramente á la diversión; pero en estos que vuestras excelencias han destinado justamente á la inspección de sus pueblos, con el loable fin de quitar abusos, y exterminar desórdenes por su propia obligación, parece cosa extraña dar motivo con la venida de este simplón, á que sindiquen á vuestras excelencias de que mezclan las burlas con las veras: desde que este socarrón, y el loco de su amo aquel Don Quijote, entraron en el castillo, todo se mudó de suerte que parecía más bien casa de orates que de unos duques: ¡cuántos gastos se hicieron inútilmente! ¡cuánta cera se gastó en encantamientos! (que aun está por satisfacer): las doncellas, y todos los sirvientes, con motivo de la libertad de las burlas, se tomaron muchas licencias en ofensa de Dios, y de su estado: no se permita en tiempo de quitar desórdenes, el que se hagan los que se harán precisamente, y serán del mayor tamaño. Luego vos, respondió el duque, habéis discurrido que Sancho viene para burlas; pues no es como lo discurrís, viene para veras, y muy veras; porque su procedimiento en el gobierno de la Insula Barataria lo tengo muy presente, y habrá pocos gobernadores en todas las insulas que obren tan limpiamente como obró Sancho. El viene á ser mi consultor, y así pienso yo, con su dictamen, poner en orden mis pueblos, en lo que estuviesen desarreglados.

Vuestra excelencia, respondió el religioso, creo que me tiene á mí por tan simple como es Sancho, pues quiere crea que viene para aconsejarle: no soy tan tonto como se me hace, tengo dadas pruebas de

lo contrario, pues en mi comunidad he sido demandante de partidos, sacristán mayor, procurador interino y Administrador de casas, y unos y otros empleos en ninguna parte se dan á simples; y con licencia de vuestra excelencia, si Sancho viene me retiraré á mi casa, porque no quiero ver este desbarato, que no puedo remediar.

Nada respondió á esto el duque, dice la historia, sino que llamando al secretario le mandó escribir la siguiente carta:

A SANCHO PANZA

MI EX-GOBERNADOR INSULANO

Teniendo entendido, buen Sancho, vuestro desamparo, y condescendiendo con vuestra súplica, he resuelto, que luego que recibáis ésta, os pongáis en camino para mi castillo, en donde hallaréis mi segunda orden del modo como habéis de entrar en él á ejercer el empleo de mi consultor de cámara, y para vuestro viaje y socorro os envío con el que ésta os lleva doscientos escudos, de cuyo recibo daréis aviso á mi secretario.—El Duque.

Con esta carta, y los doscientos escudos, que en moneda de oro se le entregaron á Tomé Cecial, marchó á llevar á Sancho la noticia, tan contento como bien despachado, habiendo sido regalado todo el tiempo que allí permaneció, como cuerpo de rey.

Ya, Sancho, no te quejarás de tu fortuna (exclama Benengeli) pues te ves consultor de un duque, cuando menos podías discurrirlo: ruégote, Sancho, que no pierdas la memoria, que no desprecies á los que antes de serlo te conocieron; y tú, ¡oh ilustre

matrona Teresa Panza, gloríate de que la suerte te dió por marido un hombre, que ha merecido de la fortuna tan alta elevación!

Caminó Tomé Cecial aceleradamente para dar á Sancho la buena nueva, y los escudos; pues debiendo tardar dos días, llegó en uno, pero tan puesto el sol, que casi puede decirse llegó de noche: fuese en casa del Cura, así por estar más á la mano, como también porque su comisión había sido dada por él, y era consiguiente, dar al mismo la respuesta y noticia de sus resultas. Estaba el Bachiller con el Cura, y ambos admiraron este acontecimiento tan fuera del orden regular: miraban la carta, la leían una y muchas veces, y contaban los escudos, sin quererse persuadir que estaban despiertos, sino que soñaban lo mismo que veían: Tomé Cecial repetía con la carta la verdad del nombramiento publicado á su presencia en el castillo; y, con casi duda de ser cierto que estaban despiertos, fueron todos tres con pasos acelerados y semblantes de la mayor alegría á casa de Sancho, que acababa de llegar de recoger unos sarmientos, que traía sobre el rucio.

El Cura habló el primero, diciendo: Ya señores llegó el día de placer para esta casa; ya señor Panza sois consultor del duque, que esto responde á vuestra carta, y acreditan doscientos escudos que os envía por señal de su generosidad: yo he tenido en ello mucho gusto; porque del extremo de infelicidad os veo pasar al otro de honor y abundancia, sin tocar en los medios de este camino tan escabroso y dilatado con tan alta guisa.

Teresa, antes que Sancho dijese una palabra (porque parece, según después se vió, que Sancho había quedado con el gozo en uno como letargo, que no fué extraño no se notase antes por la escasa luz que

daba un candil que hacía la iluminación) dijo: Señor Cura, no hay para qué burlarse de nosotros, ¿Sancho consultor? Vaya, señor, buena está la burla. No soy hombre que me burlo, señora Teresa, ¡Sancho consultor! y el cómo es esto, ni á vos, ni á mí nos toca averiguarlo; porque estas materias son hondas, y muy hondas para nosotros; la carta y el dinero están aquí, y ellos dirán la verdad, y yo quiero ser creído con tan buenos testigos. Ya en esto había vuelto Sancho, y con ademanes de hombre que vuelve de un parasismo, dijo: Señor Cura: ¿yo consultor del duque? paréceme que no puede ser, porque según mi magín, el consultor debe ser leal, y tratar verdad, y esto no á todos gusta. En este tiempo, y sin saber cómo, cundió en el pueblo la novedad, y á ella ocurrió maese Nicolás, que como facultativo conoció síntomas insultorios en Sancho, y habiéndole aplicado algunos lenitivos, y entre ellos un par de tragos de vino del país, de que hizo donación el señor Cura, mandándolo traer del tonel de su mismo uso; con este refrigerio provincial, que todos disfrutaron, quedó el nuevo consultor libre del amago, y muy contentos los concurrentes.

Pasáronse en bulla y alegría algunas horas, y habiendo Sancho quedado solo con el Cura, porque los demás se retiraron á sus casas, éste con voz grave encaminó á Sancho el siguiente razonamiento:

Ya, señor Sancho, que hemos quedado solos, bueno será que salgan de mí, como vuestro párroco, algunos consejos útiles para vuestro gobierno, y la permanencia en la gracia de los duques, que, si los tenéis en la memoria, sin duda seréis feliz en vuestro cargo. Sea el primero tener á Dios presente, que es la principal causa de obrar bien todos los hombres: el temor á Dios abre camino en las mayores

dificultades, atrae amigos y conserva ágiles los entendimientos: procurad visitar todos los días su santo templo; pues allí mejor que en otras partes le podéis pedir su gracia para vuestro encargo, é implorar su gran misericordia.

No olvidéis á los de vuestro linaje: pero no los tengáis para todo tan presentes que seáis notado; y ni á ellos, ni á ninguno ofrezcáis lo que por vos mismo no podéis cumplir, ni dilatéis el favor, de modo que se malogre el mérito de dar, que sucede así cuando se ofrece y se retarda.

Cread amigos, principal caudal del hombre; pero amigos que sean de buena inclinación y limpio trato, tomad de ellos sus consejos, que es el modo seguro de acertar: no os fiéis de ninguno que sea adulador, ni charlatán, pero sin despreciarlos; porque si así lo hacéis, criaréis en cada uno muchos enemigos.

Advertid con el mayor cuidado á los que el duque quiere y favorece, para distinguirlos en el aprecio de los demás; pero cuidado con guardar de ellos vuestros sentimientos, si alguno tuviéseis.

Nunca pretendáis en la casa del duque nuevos puestos, ni encargos; pues si tenéis su gracia, y la de los que quiere y favorece, los tendréis todos para disfrutarlos, y ninguno para servirlo.

El ser callado es un dón muy particular, que da Dios á quien quiere, y suele muchas veces consistir en esto la felicidad humana, y mucho más debéis de ser callado en las materias que se disputan, y tal vez no entendéis; pero preguntadlo en ellas, entendiéndolas, decid siempre la verdad.

Cuando intentéis alguna empresa, ponedla, antes que al público, á la censura de quien os la pueda contradecir; y si no fuese de su aprobación, olvidarla luego al instante de vuestra memoria.

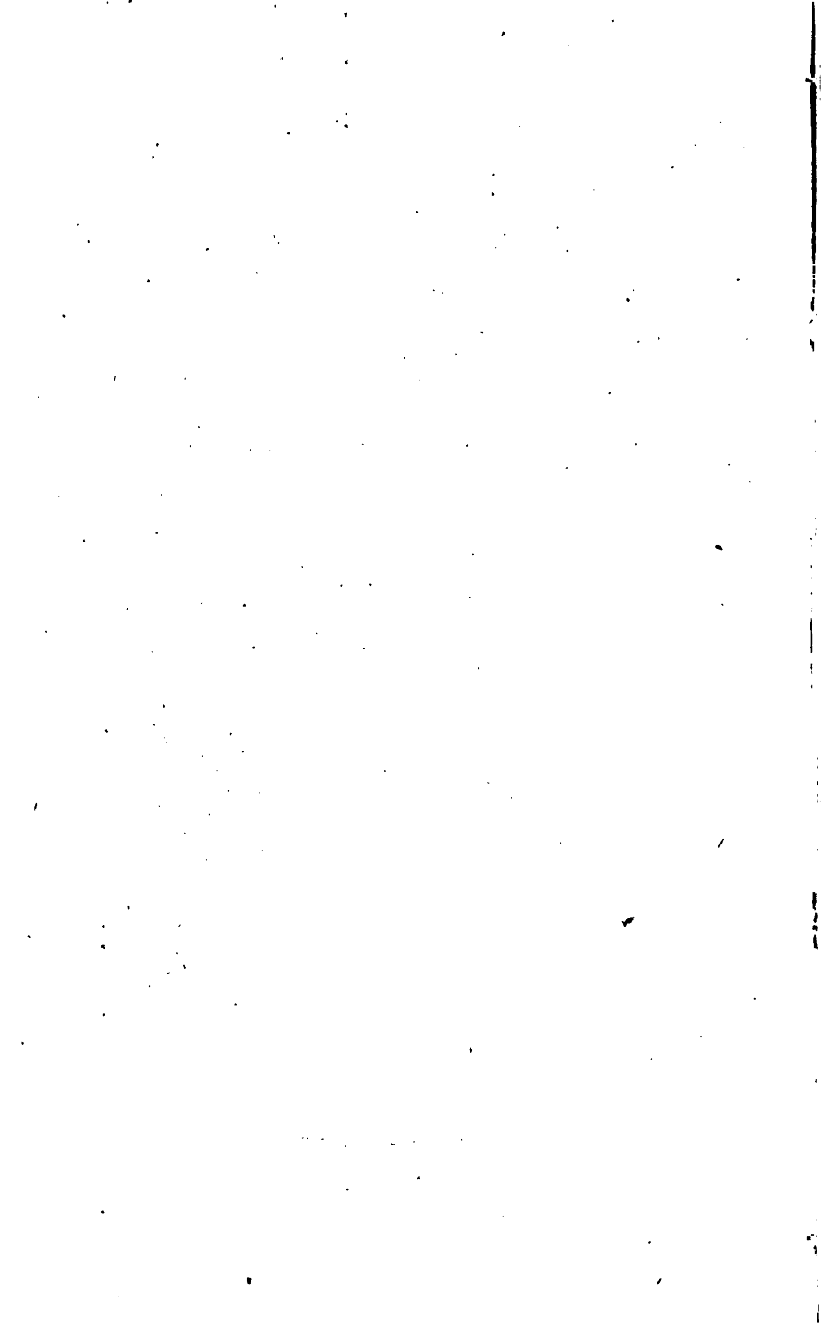
Sed muy comedido en vuestra persona, en vuestro gasto, y en vuestro vestido, huíd de la profusión y el lujo, origen de muchos males, y ruina de opulentas casas: porque es deshonor vuestro querer sobresalir á fuerza de gastos inútiles, y poco respeto á los que con este modo os queréis igualar.

Cuidad, Sancho, muy mucho de las contribuciones que se pagan al duque, y que se le recojan sin violencia: celad de sus colectores el modo de versarse en estos encargos, y si gastan más de lo que prudentemente se regulan sus salarios y emolumentos; si así es, apartad del duque estos hombres, destinándolos á otros encargos, que no sean de este manejo: poned, si está en vuestra mano, por escala estas comisiones, experimentando en poco, para confiar en mucho.

En todas materias mirad por los vasallos del duque, regulándolos como unos árboles que fructifican cada año; porque si en uno se les apuran los jugos, se acaba el fruto para los siguientes, quedando seco el árbol, y su dueño pobre, y precisado á no contarlo en el número de los que le contribuyen.

En todos tiempos cuidad de distinguir los buenos, y extinguir los malos, y también de tener presente estos consejos que os doy para vuestro encargo y vuestra segura permanencia.

Acabó el Cura su razonamiento, al que estuvo atentísimo Sancho, y teniendo aquél por conveniente dejarlo descansar hasta otro día se retiró á hacer lo mismo á su casa.



CAPÍTULO II

En que se resuelve la duda, que tantas veces se ha tocado en esta memorable historia, acerca de discurrir Sancho unas veces como sabio, y otras como ignorante; y cómo la fortuna le deparó un maestro de civilización.

Apenas, dice el autor arábigo, había vuelto de la iglesia á su casa el Cura, la mañana del día que se siguió al que dió los cristianos y prudentes consejos á Sancho, entró en ella el Bachillér Sansón Carrasco, quien después de los ordinarios acatamientos, dijo: Verdaderamente, señor Cura, que todo cuanto oigo y veo en el caso de Sancho Panza, me parece cosa de sueño. ¿Cómo es posible que se pueda creer que el duque, no estando fuera de todo juicio, haya nombrado á Sancho para comunicarle las cosas de su confianza? Por cierto que me temo no haya aquí algún misterio, y sea este caso como el gobierno de la Insula Barataria. A fe, á fe, señor Bachillér, respondió el Cura, que Sancho cuando gobernador no hizo cosa desproporcionada, y que si pensaron burlarse de él en el gobierno, él se burló de todos con sus sentencias y oportunas providencias: ¿quién podía discurrir fuese de Sancho la que dió en la causa

de la mujer forzada en el campo, y la que pronunció en el caso del viejo perjuro de la caña hueca, cuyas advertencias y discursos son de un hombre astuto y no de un rústico, como Sancho, á no decir, que un hombre puede algunas veces, siendo mentecato, discurrir como sabio; y esto á la verdad es duro de creer.

Este reparo que pone el Cura (dice en nota Cide-Hamete) me hizo consultar la especie al gran físico moro instruidísimo, quien respondió con la carta siguiente, que pongo para noticia de mis lectores.

»No es extraño, ¡ho esclarecido Benengeli! (dice Be»nanzel) que un hombre pueda mudar en un instan»te su entendimiento, pasando éste de sabio discu»rrir al extremo contrario, y de éste á aquél, bien »que no es cosa muy común; pero se ha visto mu»chas veces, y de ello hay ejemplares, que el no es»tar en la memoria general de todos pende de omi»sión y descuido, y no de su imposibilidad, en que »está la común creencia.

»Estas mutaciones vienen de causas naturales, »aunque no siempre son unas, ni su disposición de un »mismo modo; yo te haré ver en lo que pueda, cómo »ésto puede ser.

»Las almas todas son de una misma especie, aun»que haya alguna particular excelencia que les dió »el Todopoderoso Criador de ellas; porque como ab»soluto é independiente de toda otra voluntad, dis»puso con la poderosa suya esta obra; pero en todas »puso las tres potencias: memoria, entendimiento »y voluntad, que algunos dicen es la misma alma; »y todas que estas potencias son inseparables, como »que están unidas á ella con imposibilidad de sepa»ración.

»Distínguese el sabio del idiota, no en la mayor

»excelencia de su alma, sino en la mayor ó menor
»proporción y agilidad de los conductos del cuerpo,
»por donde pasan á ejercer sus funciones las poten-
»cias.

»La igualdad de entendimiento pende en la igual-
»dad de conductos, y la desigualdad de la diferencia
»desigual de ellos: lo mismo sucede con las demás
»potencias; porque siendo la máquina y fábrica del
»hombre igual en todas sus partes, y desde el pri-
»mero que formó la poderosa mano del gran Dios,
»hasta de presente, que se ha ido sucediendo de
»aquella misma disposición primera, no hay lugar
»para dudar, que unos tengan distinta disposición
»que otros. Lo mismo es el león, el ave, el pez, etcé-
»tera, cada uno concuerda en todo con el primero
»(no se habla de los mismos de dos especies, sino del
»que conserva su primera, como sucede al hombre)
»que crió aquella poderosa mano, en cuya obra res-
»plandece su sabiduría, y su poder sin término: los
»insectos, los árboles, los arbustos, son todas perfec-
»tas copias del primero de su especie, así nos lo en-
»seña la experiencia y anatomías.

»En este supuesto, nos queda que averiguar, en
»qué esté la diferencia de entendimientos, cuando las
»almas son iguales, y las potencias de ellas tienen en
»todos la misma fuerza: está, sin duda, en los órga-
»nos de la máquina por donde hacen sus funciones,
»y por donde pasan á ejercer sus destinos las poten-
»cias; pues los que se hallan entrapados con algunos
»sueros ó vapores, y la fábrica no tiene todos sus
»conductos libres, es preciso que impidan á la poten-
»cia su operación, ó se la limite más ó menos, según
»el más ó menos estorbo. La potencia, que halla co-
»rrientes sus órganos, opera, como espirituosa, á
»ejercer su destino, y éste es el entendimiento, que

»decimos claro, sublime, del primer orden, y otros
»nombres, que tienen los que discurren sabiamente;
»(así las otras dos, memoria y voluntad) pero si su
»paso por los órganos se impide con algún accidental
»estorbo, opera según la más ó menos fuerza de él,
»torpe, confuso, bajo en discurrir, y de un orden
»casi como irracional: estos sueros, ó vapores se
»hacen más visibles en los sueños, en donde, por esta
»causa, las potencias, que nunca duermen, se mani-
»fiestan en la imaginación posterior á ellos, con unas
»torpezas de discurrir tan extrañas y extravagantes,
»lo que no sucede despierto, donde estos sueros, ó
»vapores están quietos; pero si despiertos hacen su
»estanque, ¿cómo cuando se duerme, se piensa, y se
»discurre del mismo modo que dormidos? No son
»siempre estos vapores fijos, ni provienen siempre
»de una clase, varían más ó menos, según causas
»naturales de la masa de la máquina de que provie-
»nen, se disipan y ahuyentan de muchos modos, y
»por muchas causas, de que sería preciso para ex-
»plicarlo un crecido volumen, y no puedo reducirlos
»á esta carta.

»Vé, Benengeli, á Sancho con igual alma y má-
»quina que el hombre más sabido; pero nótalo en
»este tiempo en algunas ocasiones destapados los
»órganos del entendimiento potencia; y en este caso,
»haciendo ésta su oficio sin estorbos, discurre como
»sabio: tápale su naturaleza al órgano, su conducto
»libre, y entonces como entrapado, aquél discurre
»como idiota y rústico, porque la potencia del alma
»no encuentra el paso franco: así sucede en el sol, no
»le quita nada de la fuerza de sus rayos la nube
»interpuesta de él á nosotros, quítale ésta solo el paso
»de aquellos á nosotros; y pues del sol me acordé
»para ponerte ejemplo, te digo que la poderosa mano

»de Dios nos dejó muy limitada vista para acertar á
»punto fijo y seguro el porqué de sus providencias,
»cómo obra nuestra naturaleza en su fábrica, de qué
»partes se compone, y su uso porque nosotros no
»necesitamos saber para nuestro último fin, lo que
»para él nada nos interesa: él solo, como Criador de
»todo, y de la máquina del hombre, sabe su compó-
»sición y sus piezas, su uso y resortes: á nosotros
»sólo toca usarla bien, sin querer penetrarla; porque
»esto lo reservó sólo para sí, en señal de su supremo
»sér, y poder para nosotros; porque aunque lo inten-
»temos, no conseguiremos otra cosa que conocer á
»cada paso nuestro limitado saber en todo: igual que
»nos sucedería si quisiésemos saber, por qué el sol,
»que desde el principio del mundo es el mismo, sin
»alteración, no se disipa su fuego, no teniendo pábulo
»que lo mantenga; ó por qué no varía su línea y pa-
»sos siempre iguales, que esto es mayor dificultad,
»y de mayor consideración, que la de que Sancho,
»teniendo una alma racional con sus tres potencias,
»discurra unas veces como sabio, y otras como idio-
»ta. El Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob te
»guarde, Benengeli, como le pide tu amigo,—Be-
»nanzel.»

Mientras pasaban en varios discursos el Cura, y el Bachiller sobre si Sancho, siendo idiota, podía ó no discurrir como tal, ó como sabio, dice la historia pasaban otros bien diferentes entre Sancho y Teresa; porque habiendo madrugado á dar recado al rucio, que con la buena nueva se habían olvidado de dársele aquella noche, hallándose solos en casa, gozando la libertad de no ser oídos (pues Sanchica, por haberse desvelado con la alegría, dormía á pierna suelta) acometió Teresa á Sancho, entre furiosa y halagüeña, y dándole un abrazo, le dijo: Bendito

seas, Sancho, bendita la madre que te parió, bendito sea el duque mi señor, y la duquesa, y bendito antes que todos sea Dios que ha hecho en este lugar un milagro tan grande, como hacerte consultor del duque, como quien no dice nada; pero temo, Sancho mío, que si vas á la Corte te has de olvidar de todos nosotros, y mas de tu hija Sanchica, que está ya en punto y sazón de darla estado. ¿Pues qué, Teresa, os puedo yo olvidar? Lo que has de hacer es ir previniéndome lo que te he de enviar luego que llegue, dijo Sancho entre grave y sacudido.

Quiero que me envíes lo primero un coche, porque ya teno grandísimas ganas de tenderme en él, y no es cosa de andar á pie, por el que dirán: Más dirán si te lo envío, respondió Sancho, porque te aseguro, que una persona como tú en coche, es como sacada á la vergüenza en él, y hará reír y hablar á quien lo vea: mira, Teresa, si Dios nos ha criado humildes, ¿porqué quieres que salgamos contra su voluntad, pareciendo lo que no somos? no, Teresa, no piensas bien, pregúntaselo al señor Cura, y verás como digo lo mismo que le he oído muchas veces; todo menos eso, Teresa, no demos que decir á quien nos conoce. Teresa, replicó Sancho, sólo quiero lo que tú quieras; pero mira, Sancho, ¿no has oído al Barbero, que cuando fué á la Corte á hacerse sangrador, vió en coche que era suyo á un compadre de parir, y nadie le decía nada? ¿pues por qué habían de decirlo de mí, que al fin soy mujer de un consultor, y no consultor así como quiera, sino del duque mi señor? Es verdad, respondió Sancho; pero primero es pagar lo que se debe, que traer coche. Calla, Sancho, ¿no has oído al señor Cura, que el deber y no pagar es de caballeros? pues si lo hacemos así, nos tendrán por tales; y si por tales nos tienen, ¿qué importa que no lo sea-

mos? Además que dijo cuando predicó la cuaresma pasada: los coches, á cuantos por traerlos los hace no comer; y si esto es así, porque sí será cuando el señor Cura lo dice, no sabemos cuál será más barato, comer por no traer coche, ó tener coche, y por ello no comer: es menester, Sancho, mirar lo más barato, porque los tiempos no están para desperdiciar nada: á lo que sea más ahorro es preciso estar; piénsalo al fin, que como dice el sacristán, bueno es consultar con la almohada cuando se haya de hacer.

Así debe ser, dijo Sancho, y vamos á almorzar que es tarde, y hay que hacer muchas cosas. Así lo ejecutaron con mucho gusto, tanto por los doscientos escudos que tenían asegurados, cuando por hallarse de un instante á otro con la consultoría, que nunca pudieron pensar.

Separáronse el Cura, y el Bachiller, después de haber gastado inútilmente el tiempo en sus disputas, para atender éste á sus quehaceres, y aquél á su rezo, el cual concluído, con el cuidado del nuevo consultor Sancho Panza, iba á salir de su casa para la de éste, cuando se halló con un hombre con traza de caballero en modos y en adornos, que venía de paso, según su declaración, y le traía memorias y expresiones de Cardenio, á quien titulaba su primo, y ya se dijeron sus aventuras de Sierra-Morena, muerte de su mula, locura, y demás que el tal caballero traía de memoria, como que había leído la historia de Don Quijote, publicada aún antes de su muerte: pidióle por merced con muchos cumplimientos le permitiese por pocos días alojarse en su casa, respecto de no haber en el pueblo ninguna correspondiente á su carácter, que satisfaría todos sus costos al llegar su recámara y criados, que habían salido después de él, mediante á haberse visto precisado

por un lance de honor en que mediaba una señora, á tomar la marcha tan á la ligera, y casi disfrazado con solo una maleta, y aquella mula que lo conducía; y que después le contaría los motivos estando seguro de que aprobaría su determinación.

Como el Cura era sano de embustes, de natural caritativo, y conoció á Cardenio, sin tener presente que sus locuras andaban impresas, creyó ser su recomendado don Aniceto, que así dijo llamarse, hospedándole desde luego en su casa como primo de Cardenio.

Era el tal don Aniceto hombre de corta edad, despejado, de genio agudo y alegre, de eco afrancesado; su traje, peinado y ademanes de última moda, y al fin, de estos que llaman de aspecto recomendable; pero, según después se manifestó, era realmente un caballero franco, petardista, de profesión embustero, que vivía de la industria y socarronería, haciendo uso de la cual, se había informado del carácter, y bondad del Cura, y tomado el pretexto de Cardenio, cuyos sucesos tenía presentes por la razón que se ha dicho; y la justicia por esta causa, sus muchos créditos sacados con engaño, había tomado á su cuenta el cobro de ellos, á instancia de los acreedores, y el de su persona para quitar de entre gentes dóciles esta polilla de bolsas y de mesas, cuyo número en todos tiempos y lugares no es corto.

Como el Cura le dijo se hallaba con la precisión de pasar á la casa de un feligrés, llamado Sancho Panza, á quien un duque había hecho su consultor, le fué fácil confirmar su bondad y ninguna malicia, y con este motivo recargando cortesías y expresiones de su propio oficio, se ofreció muy cumplidamente al obsequio del Cura, y á servirlo en lo que gustase, principalmente en el particular de su feligrés.

Parecióle al Cura que nunca estaría demás, pues don Aniceto venía de la Corte, que instruyese á Sancho en las urbanidades y cortesías que son anexos á ella, y de que Sancho estaba tan sin noticia; por lo que aceptó la oferta de don Aniceto, cuyo caso le ofrecía buen éxito en la instrucción que debería llevar el consultor, y pidiéndoselo como por favor al don Aniceto, aseguró éste su partido de alojamiento, bien que el Cura le dijo quedaba para ello poco tiempo; porque la orden del duque no daba mucho, pues decía que muy luego se pusiese en camino, y que solo tardaría aquel preciso para hacerle vestido correspondiente, para lo que el mismo duque había enviado dinero.

Aun para que sea correspondiente, y de última moda, puedo bien desempeñar el encargo, dijo don Aniceto, porque es lo primero de mi rigoroso instituto de caballero franco, el estar enterado de ellas, y he sido por antiguo, examinador, ó definidor de las dudas que son casi diarias en nuestra profesión. ¿Cuál es esa? dijo el Cura, que á la verdad nunca hasta ahora he oído tal caballería, ni instituto. Yo os diré de ella muy por menor, pues en mi equipaje traigo en uno de mis baúles (que sólo viene lleno de papeles curiosos) las constituciones, y otros documentos, que declaran quién fué su fundador, los priores, y sub-priores que ha tenido, y el catálogo de los profesores, y actuales novicios en el estado eclesiástico, político y militar, etc., porque de todas clases se hallan profesores, y en todas partes tiene este instituto sus individuos, conocidos por caballeros francos.

CAPITULO III

Prosigue el civilizado maestro sus embustes.

Válgate tu poder, fortuna, dice Benengeli, pues cuando tú quieres todo lo allanas: ayer estaba Sancho desvalido, y ya hoy es, cuando menos, consultor de un duque: ya lo instruye en política un cura párroco: ya lo quiere poner culto y civil un caballero franco: cuando á ti se te antoja, todo lo facilitas: ¡quién supiera de ti quien te hace fuerza! Ruégote, Sancho, que aproveches el tiempo que te sea favorable, y mira que si éste se te huye, no pienses que lo hallarás después; porque tiempo que una vez se va, nunca vuelve, y el de la fortuna huye cuando menos se espera.

Como don Aniceto (prosigue la historia) sólo pretendía agradar al Cura, para disfrutar su casa, parecíale luego tarde para empezar su faramalla; y creyendo que en la tardanza se arriesgaba, dijo al Cura lo siguiente: ¿Cuándo, señor, he de empezar á serviros, ejercitándome en obsequio de vuestro feligrés? porque si el tiempo es corto, y ese se pierde, es preciso quede sin concluir la importantísima obra

de su instrucción, que no es del todo fácil. Al instante, si vos gustáis, se empezará, dijo el Cura, pasaremos luego á casa de Sancho, que ya estará vestido en nuestro traje provincial, y me parece que por vuestro cuerpo se le puede tomar medida de el de Corte, porque en carnes y altura os parecéis mucho. Pero señor, antes de todo, ya que venís de la Corte, no me diréis, ¿qué es esto de consultor de duques? Los consultores, dijo don Aniceto, son unos sujetos de la confianza de los duques, así en la capacidad como en el recto obrar, de quienes toman parecer en las cosas de importancia. Válgame Dios, dijo el Cura, siendo eso así, que así lo creo, nuestro Sancho nada ha adelantado, según creía yo: Señor, respondió don Aniceto, siempre es mucho adelanto en casa de los duques ser consultor; tienen los tales muy buenos salarios, están siempre mirados de todos los criados con respeto, hay ciertos regalos, y suelen pasar con su protección á otros cargos de muy alta guisa, que de esto hay ejemplares cada día.

En fin, sea lo que sea, y válgale lo que le valiere, dijo el Cura, ya es menester no dejarlo de la mano, poniendo de nuestra parte cuanto se pueda, para que no vaya tan rústico á la tal consultoría, que yo había creído cosa de otro bulto.

En estas pláticas llegaron á la casa de Sancho, á quien hallaron muy puesto de bata, y era una que había dado á Teresa la sobrina de Don Quijote del uso de su tío, para que de ella hiciese alguna cosa que pudiese servirla; pero el acaso hizo que no se hubiese tocado á ella, y así como traje de más autoridad, para estar en casa se la había vestido; aunque hay autor anónimo, que tratando de este punto, dice afirmativamente: que fué á persuasión de Te-

resa con dictamen de maese Nicolás, que dijo ser constitutivo del nuevo cargo el uso de la bata, según había visto en los que visitó cuando su examen de sangrador para empeño en el proto-barberato.

Entró el Cura y don Aniceto, y ambos al ver á Sancho de bata no pudieron contener la risa; pero Sancho, creyendo de buena fe que procedía de gozo y alegría, saltó con ella á abrazar al Cura, á quien preguntó, quién era el que le acompañaba.

El Cura le informó de la clase y calidad de su huésped, y del fin con que lo conducía á su casa. Enhorabuena sea, dijo Sancho, señor Cura, y vuesa mercéd, señor, ejercite en mí su arte ú oficio, que no sé cómo se llama; á que respondió don Aniceto: titúlase maestro de afectos y movimientos este arte, que yo sé bien; pero no soy profesor público, lo aprendí del celebérrimo parisien monsieur de Grañee, que vino á este fin de motu propio; porque á la verdad, señor Cura, dijo volviéndose á él, estábamos perdidos en cultura y policía, y ya con la extensión de tan prodigiosa enseñanza se ha adelantado muy mucho; de modo que él mismo dice, que puede apostárselas á movimientos y afectos el pajecillo más mocoso.

Válgame Dios, dijo el Cura, ¿qué con efecto hay maestros de este arte, señor don Aniceto? Sí, señor, hay hombres que se ejercitan en su sombra, y al espejo para no olvidarse de lo aprendido, no es cosa de mucho trabajo el aprender este nuevo modo de andar, y de presentarse en corro público: la mayor molestia está en no olvidar la media risa continua cuando se habla, los dos balances de parada en corro, y el paso de cuasi minuet, que dicen vulgarmente que es un redoblado de andadura como vuesa merced verá después.

Es cierto, dijo el Cura, que el que vive en un pueblo corto, está como en un desierto; bien podía yo porfiar con cualquiera (si tuviera este vicio) que tal cosa no había venido á España; pero ya con el seguro de vuesa merced no lo haré, sino pediré á Dios que pare en esto nuestra extravagancia, y que no nos la saquen por impreso, en fin, vuesa merced empezará su lección con este caballero cuando quiera.

Ahora mismo se empezará, dijo don Aniceto, si este señor tuviera el vestido propio para enseñarla, y que es del caso para que sea bien vista. No es tan fácil otro traje, dijo el Cura, porque aunque hay con qué, no se ha dado providencia para hacerlo á causa del escaso tiempo, que para ello ha habido, y si éste no puede suplir, paciencia.

Si á vuesa merced señor Cura, y á estos caballeros no desagrada mi pensamiento, todo está remediado: su señoría, dijo don Aniceto, señalando á Sancho, tiene mi estatura poco más ó menos, y en lo grueso nos llevaremos muy poco; y pues yo traigo un vestido sin estrenar de última moda, bastante decente, hecho á la perfección, y que no me es del caso, porque tengo otros, puede tasarse por peritos, y bajando el tercio por obsequio de vuesa merced y del señor don Sancho, su importe servirá para satisfacer el hospedaje, en cuyo concepto hice mi súplica de alojamiento en su casa, porque con la celeridad de mi viaje no pude prevenirme de dineros, y carezco de ellos hasta tanto que llegue mi equipaje.

Señor don Aniceto, yo no soy hombre, respondió el Cura, que hago posada mi casa, si á vuesa merced nada dije de ello cuando me la pidió, fué porque usase de ella con libertad todo el tiempo que gustase: estimé mucho al amigo Cardenio, soy in-

clinado á hacer bien, y en esto cumplo con mi genio y con mi obligación: si vuesa merced de buena voluntad gusta de vender el vestido por lo que sea razón, lo tomará Sancho, y los cabos se buscarán en el pueblo, que aunque corto hay en él sujeto que, por herencia de un hidalgo, tiene todos los menesteres del traje, y después se comprarán otros, si no fuesen del estilo del día, que bendito Dios hay dinero con que costearlos.

En cuanto á cabos, dijo don Aniceto, traigo yo todos los que estaban dedicados para el vestido, que también están casi sin estrenar; y pues vuesa merced, señor Cura, es bizarro en su hospedaje, yo lo he de ser igualmente en el vestido, el cual queda con sus cabos á disposición del señor consultor, y así cumplo con mi genio, y mi instituto, que dice que el caballero franco ha de estar tan dispuesto á ofrecer como á recibir: no quiero otra paga sino que se me admita mi buena voluntad: estamos en el mundo, y puede tal vez su señoría acordarse de mí si me halla en otra fortuna.

Yo entro en ello, dijo Sancho, pero el Cura respondió, yo no; pues sólo entro en que se pague á toda tasación de peritos; si así lo acepta el señor don Aniceto, se tomará como costo de hospedaje; sólo esto quiero, y debe hacerse; cuya expresión dijo en tono serio, y como disgustado, á que don Aniceto se conformó por no desazonar al señor Cura, que quería lo justo.

Envióse por la maleta, que condujo el rucio y un vecino de Sancho que entró al tiempo de la disputa, y abierta que fué, sacó de ella don Aniceto un vestido primoroso (aunque la historia no dice de qué era) y lo presentó á Sancho, á Teresa, y al mismo Cura, diciendo, ya tiene V. S. aquí vestido y cabos co-

rrespondientes, es preciso ponerlo para empezar en el ejercicio de mi comisión.

Sea en buen hora, dijo Sancho, pero señor no tiene chupa; esta es, dijo don Aniceto, mostrándola: pues señor, respondió el Cura, ¿dónde es chupa ésta? es jubón sin mangas, como el que traigo debajo de ella: señor Cura, dijo don Aniceto, esto es hoy chupa, y vale por tal en la Corte, y en toda ciudad política, y su declaración de chupa no es mía, es de hombres muy instruídos, y para ello se hicieron muchos y exactos reconocimientos de peritos, esta es chupa de última moda, á la cual debemos estar por convenir en todas sus partes con la que trajo de París monsieur de Catiná, su introductor comisionado para ello.

A la mano de Dios, dijo Sancho, paciencia, y vamos adelante, me la pondré como chupa: para que entre la casaca, esperad un poco, señor; buscaré el calzador de mangas de casaca, dijo don Aniceto: ¿qué es eso de calzador de mangas, dijo el Cura, que no entiendo qué pueda ser ese instrumento, ni en mi vida le he visto, ni oído nombrar? el de zapatos, sí que le tengo, aunque no lo uso. Este es, señor, dijo don Aniceto, el calzador de mangas de casaca, y mostróle una cinta angosta hecha como red, que estorba se suba la camisa. Válgame Dios, dijo el Cura, qué estilos, ¿cuándo tendrán vergüenza los hombres? vamos, que deseo ver vestido á nuestro amigo: allá vamos, dijo don Aniceto, meta V. S. el brazo poco á poco: ¡ay! ¡ay, señor! dijo Sancho, que se me manca el brazo, que no puedo sufrirlo, y se queda el brazo como un palo forrado sin arruga. Así es, dijo el Cura: á que respondió don Aniceto, *optimé perorasti*: es terminante la voz de la constitución, que dice: «Quedarán los dos brazos como si

»fuesen de palo forrado, y sin que haya arruga, »*usque ad codo inclusive*, y es á la letra». No la hemos de inovar nosotros, pues no tenemos jurisdicción para dispensar la moda. ¡Ay, señor don Aniceto, dijo Sancho, que la casaca no me viene, que no junta el pecho, ni ojales con botones: *è for bien monsieur*, dijo don Aniceto, pues así ha de ser, y así se estila, y este corte lo trajo monsieur de la Marche, que bastante dió que hacer á la sastrería de la Corte, y aun hay muchos hoy que dicen que no le dan el verdadero aire. Señor don Aniceto, preguntó el Cura, ¿y para abrochar el pecho qué haremos? ¿Qué haremos? respondió don Aniceto, para este caso, que rara vez se ofrece, se dispusieron ocultos estos corchetes que aquí véis, cuyo descubrimiento costó no pequeño trabajo: (En esto dice Cide-Hamete por un paréntesis, que se los abrochó Sancho con gran dificultad, de modo, que con la opresión le salieron los colores, y con su negra barba, brazos embarazados y tendidos, quedó el bueno del consultor la más ridícula figura que puede imaginarse.) Según eso, replicó el Cura (prosigue la historia) con lo que antes se hacía una chupa, se hace ahora un vestido, no ganan nada las fábricas con estas modas. No señor, dijo don Aniceto. Los calzones faltan, dijo Sancho: aquí están, replicó don Aniceto, que los presentó, y al verlos el Cura, dijo: Señor, ¿qué calzones son estos, pues según lo largo, anchos, y altos, y el sin número de botoncitos, son calzones de golilla antigua? Es cierto, respondió don Aniceto, y esta ha sido sabia providencia para dejarnos reliquia del traje nacional, y memoria de nuestros abuelos: aunque ya va de caída esta moda, porque la substituye otra de otros más justos, angostos, y de trampa. ¿De trampa? dijo á este punto

Sanchica, que estaba como una estatua sin hablar una palabra, mirando la buena estampa de su padre. Sí, señora, la respondió don Aniceto, de trampa, de trampa; ponedlos, señor, que bien puede hacerse sin quitaros los otros: rara extravagancia, dijo el Cura, vamos señor, fáltanos el sombrero. Nada falta; aquí traigo yo del orden mínimo, y del orden máximo de que todo hombre debe estar surtido para las épocas sombreriles, de que escribió ampliamente el erudito monsieur Pit-Lemon en su célebre obrita, intitulada *Armaduras de sombreros*, que tuvo la mayor aceptación, y tradujo con mucha felicidad el abate N., cuyo nombre no tengo presente; y esta alternativa es correspondiente, y bien pensada para el útil de las fábricas; y este como escrúpulo, es de la pasada, dijo don Aniceto, riéndose.

Bendito sea Dios, dijo el Cura, qué ignorante estoy de lo que es mundo, creyéndome capaz de dar mi voto en todo: si yo no hubiera tenido esta instrucción de vuesa merced, señor don Aniceto, se reirían de mí las gentes cultas: ahora bien, yo quisiera que peinase nuestro Sancho, que gusto verlo de moda; pero en este pueblo no hay quien pueda hacerlo. Hoy, señor Cura, dijo don Aniceto, casi está por demás este arte, oficio, ó como quieran decirle; el peinado natural que sale después de dormir en pelo corto, echándole sus polvos, se llama á lo natural, y corre por muchas partes en hombres y mujeres que de esto tienen voto; pero en otros, y otras de algún juicio, lo miran con desprecio, haciendo burla. Pues á mi fe, dijo Teresa, (que estaba poseída de un cierto embelesamiento) que de todo en todo se dispone bien, porque echándose ese polvo, harina, ó cernido, que vuesa merced dice, está ya peinado mi Sancho, porque su pelo parece de erizo, ó puerco-aspín. Es-

pín dirás, Teresa, dijo el Cura. Aspín, ó espín, respondió ella, allá se va todo. A lo que dijo Sancho con voz algo fatigosa: no hay andarse en tiquis miquis por letra más ó menos; y don Aniceto prosiguió diciendo: si se da á luz una obrita que un amigo mío está trabajando, y titulará *Extravagancia capital*, (por darle algún título sonoro) verá vuesa merced en ella una colección completa de ciento treinta y dos peinados diferentes, en cuya obra lucirá el autor su buen discurso, poniendo en aplicación á los profesores de este oficio, y dándoles más gastos á los que los usaren; con cuyo modo seremos más felices y cultos, porque en esta extravagante variación están creyendo consiste la policía y buen gusto. El corbatín, que puedo poner á este caballero para darlo todo completo, lo traigo puesto; pero, mientras, hay otra providencia, supla una sábana de esa cama, que así debe tener su abulte, si ha de ser de moda. Rara grandeza de corbatas ó corbatines, dijo el Cura, señor mío; y pues esta es la moda en este siglo de oro, según dicen es, vaya adelante; y ya que Sancho está vestido, y capaz de recibir lecciones, señor don Aniceto, empiecen las primeras, que deseo oirlas y verlas para aprender lo que ignoro. Pláceme, señor, respondió aquél, y poniendo en pie á Panza (que se había sentado para tomar un poco de aliento) en medio de la pieza donde estaban, tomaron sus asientos los espectadores, y el grande, y sin igual don Aniceto, con ademanes de titiritero, y en un tono, como que sabía el idioma francés, empezó en alta voz á decir lo que se refiere en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO IV

Empieza Sancho á tomar las lecciones pedeográficas, y un inaudito suceso hace no quede perfectamente instruído en ellas.

Esta escuela, ¡oh nobilísimos señores! es la verdadera Pedeografía, que con mucho trabajo sacó á luz (para pulimento del hombre, y arrojar sus movimientos, que la desidía tenía sin orden, poner el jugo nutricio en circulación metódica, y hacer la digestión con menos costo del calor natural, en cuyo caudal sólo pende nuestra vida) el nunca bien celebrado señor Guillermo Charleton, conocido por ella, y otros escritos en todo el orbe: para que el cuerpo de quien la usa consiga tan saludables efectos, conduce siempre llevar levantada la cabeza, casi como mirando al cielo, el pecho sacado, ensillándose la cintura hasta lo posible; las rodillas sin doblar, las piernas derechas, las puntas de los pies como en primera postura del minuet; y así debe caminar con paso de este que dicen tres por cuatro de compás, pero muy grave, y con mirada que dicen de protección, cuya explicación será después más amplia: cuando el caballero pedeógrafo se le ofrezca parar

en algún corro, ya sea de caballeros francos, de pretendientes á este orden, ó de cualquiera clase de sujetos hábiles y de Corte, lo hará de pie firme, quedando inmóvil por dos segundos minutos; pero luego mirando á diestra y siniestra á los del corro, dirá, señores, y luego hará dos balances uno á cada lado, quedando después en libertad para usar con ella el cuerpo estando allí con ellos; pero si en el corro donde parase hubiese algún superior suyo, ó alguna persona á quien quiera hacerle los honores de tal, hará la primera parada á dos pasos del corro, allí hará el plantón, inclinará la cabeza hasta lo posible, procurando sacar sus partes traseras sin doblar las rodillas; pero después, puesto el cuerpo en libertad natural, hará los dos pasos á la distancia al corro con los de minuet, y puesto de compasillo, se introducirá en él, dirá señor, al que hace los honores, y á los demás caballeros, y después hará la cortesía como hemos dicho.

Si algún concurrente sacare caja de tabaco, supongo negro, porque otro no tiene honores, y el caballero pedeógrafo lo quisiere tomar, lo hará siempre con la mano derecha, porque la izquierda es sólo usada en esto de hombres no cultos, y antes de tomarlo pondrá la mano derecha unidos los dedos en forma de piña, la llevará así hasta cerca de la boca, luego la apartará violentamente, cuya acción se dice cortesía, y encurbando el brazo entrará los dos dedos en la caja, y ejecutado esto, hará la cortesía, pero sin balances.

El tomar el tabaco ha de ser uñas arriba, y para esto se pone el cuerpo como en cortesía, para que nada caiga en el vestido, la nariz ha de recibir sin apartar la mano, no ha de volver á ella, sacudirá los dedos, sacará el pañuelo, con solo la mano derecha

se limpiará, darále vuelta al aire sobre el puño, y lo entrará en el bolsillo, procurando quede fuera como por casualidad un pico de él, como de una quinta parte. En este paso estaban, dice la historia, y oyeron golpes á la puerta, salió á abrirla Teresa, y era el Bachiller Sanson, á quien dijo aquélla: entre vuesa merced, señor Carrasco, verá á mi Sancho revestido de consultor: Dios se lo pague á un señor que ha traído el Cura, que lo ha puesto con su ropa á las mil maravillas, y le está dando lecciones para que vaya á la Corte, y le va á enseñar á andar, según diz que se estila allá.

Entró el Bachiller, y hallando á Sancho en aquel traje, preguntó al Cura con voz baja quién era aquel hombre, si era criado del duque, que venía á conducirlo; y el Cura le enteró brevemente de quién era don Aniceto, y lo que le estaba enseñando, á lo que el Bachiller dijo sin detenerse: ¿Qué es esto, Sancho, es preparación para dejarnos? pues por el traje infiero la cercana marcha. No se irá tan pronto este caballero, respondió don Aniceto, porque es preciso que antes se instruya en el modo de gobernar el cuerpo, y de algunas otras menudencias políticas, correspondientes á este señor, que como su señoría no ha tenido para qué aprenderlas de antemano, las ignora del todo: pero á Dios sean dadas gracias, creo adelantará mucho su señoría con unas lecciones de ellas que le doy, porque es hombre de penetración, y yo en esto le sirvo por mandado del señor Cura párroco de este pueblo y su jurisdicción, lo que estaba ejecutando; pero ya, señor, me suspendo en ello, hasta obtener vuestro permiso, por si venís á negocio grave; que después se hará esto quedando desocupado del todo su señoría.

Cierto que este señor, dijo el Bachiller al Cura, es

la flor y la nata de la misma cortesía. Es, respondió el Cura, el señor don Aniceto de... Flórez de Mejorana, obsequiosísimo servidor de vuesa merced, dijo don Aniceto; y siguió el Cura, diciendo: es caballero del orden de francos, maestro, aunque no público, de afectos y movimientos, que por hacerme favor y por el acaso de haber llegado á este pueblo, y honrado mi casa, se ha dedicado á enseñar á nuestro amigo: es primo de aquel Cardenio, de quien muchas veces hemos hecho conversación, y de los pasajes de su historia.

¡Ah señor! dijo Sancho, si yo viera aquí á ese señor Cardenio, y aquella señora Princesa de... Micomicona, dijo don Aniceto, señora famosísima, princesa ultramarina, que nunca será tan bien alabada como corresponde á su merecimiento: en verdad, dijo Sancho, que si aquí estuviese ahora, se había de alegrar mucho, y puede ser que la señora princesa diese á Teresa algunos vestidos suyos, ya que el señor don Aniceto con el suyo, que vuesa merced ve, ha obrado como caballero. Señor, señor, dijo don Aniceto, no me avergüenze V. S. Yo nada he hecho: desearía estar en mi casa para mejorar lo dado, y aun agregarle otros de mayor sustancia, y ofrecer á mi señora doña Teresa algunos que tengo allí hechos á la índica filipiquina, que están sin uso, y fueron de mi madre, que era una señora americana de mucho rumbo, que tenía muchos, no obstante que mi padre ha dado bastantes; pero conserva por manía y memoria otros; habiendo repartido un crecido caudal que en ellos había, entre *Chichiguas* de los *Pepenaos* de casa, y sus *Pilmamas;* pero en el día por la distancia es imposible facilitarlo; pero su señoría, mi señora doña Teresa, recibirá mi buena voluntad.

Yo la recibo, dijo Teresa, y yo y todos, añadió Sancho. ¿De dónde sois señor? dijo el Bachiller, que ese espíritu no es de estos países. Yo, respondió don Aniceto, dando uno como suspiro, soy señor de Cebú en las Islas Filipinas, población la más hermosa y fértil de todas ellas, porque allí no es sólo abundantísima la plata y el oro, sino que también se crían infinitas perlas, mucho coral, y no es escasa la pedrería fina, como diamantes, esmeraldas, rubíes, zafiros, etc., hay en casa de cosecha perlas del tamaño de huevos pequeños de paloma; y como de gorrión y otros así es casi el todo de las que se aprovechan, porque siendo menores se abandonan en las mismas pesquerías: he tenido de cosecha propia un diamante de treinta quilates y granos más; pero al venir á España lo puse en un baúl, porque me era estorbo en la mano para todo, y en una fuerte borrasca que padecimos, se echaron los baúles al mar para aligerar la embarcación, y á él fué, como el crecido número de alhajas, dinero, y demás que saqué de mi casa, que dejé, porque mi padre me quería casar con una señora de Anchin (que ya hoy es marquesa, porque heredó á su hermano que lo era con el título de marqués de Ibrosfal) y yo siempre fuí opuesto á las anchinesas, porque son tomadoras de tabaco en humo, y gastadoras sin término, y otras cosas que no son de mi genio: mi padre es uno de los más ricos comerciantes de coral y perlas, y según me avisa el cajero principal de mi casa (que hay otros cuatro que no son principales, sino sujetos á éste) la pesca de perlas el año pasado excedió de lo regular en más de ochenta quintales, y la de coral estuvo muy cerca de otro tanto; bien que hay en casa en hacienda propia el peñasco de mar, que llaman San Juan de Luz, que las cría casi

como he dicho, y son inagotables; pero es el más peligroso peñasco que hay en aquellos mares: hay año que fenecen en la pesca doscientos negros esclavos, bien que por lo común un año con otro pasan de ciento, teniendo con ellos, como se tiene mucho cuidado, por lo mucho que cada uno tiene de costo, porque la cría de negros se ha maleado mucho de poco tiempo á esta parte en aquel terreno. ¡Ay señor, yo quisiera, dijo Teresa, que el arriero me trajera unos negritos mejor que los vestidos!

No hay allá arrieros, dijo don Aniceto, que si los hubiera, mucho de esto pudiera yo daros; á lo que respondió Sancho: yo sólo por las perlas me alegraría, porque Teresa tiene mucha afición á ellas, y me temo que no las ha de hallar tan grandes. Aunque no hay arrieros, dijo don Aniceto, no es difícil traerlas, sin embargo de que tardarán por lo distante; pero en este mundo todo llega. ¿Y cómo, padre, vuesa merced sólo para mi madre pide? dijo Sanchica, que permanecía á todo embelesada; á que don Aniceto dijo: ¿Señorita, tan desconsiderado me hacéis, y falto de cortesía, que habiendo de traer para mi señora doña Teresa, no había de traer para vos, aunque no fuesen más que un par de cientos de ellas para que las vieseis, dieseis á Dios gracias por su magnitud, y después repartieseis entre vuestras criadas? poco os merezco, señorita doña Sancha.

¡Ah! Señor don Aniceto, dijo el cura, y cómo se conoce los buenos paños en que os habéis criado, que quien con miseria se cría, no tiene manos para dar. Aunque eso no fuese, que así es, bendito sea Dios que todo lo da á quien quiere, sólo por profesor de caballería franca estaba obligado á hacer estos ofrecimientos. ¡Ah! qué orden tan bella es esa, dijo el cura, que su mismo nombre dice la que es.

Estando en esta conversación volvieron á llamar á la puerta, y saliendo Sanchica á abrir, vió era el monago de la iglesia que preguntaba por el Cura, á quien dijo de parte del alcalde, que lo esperaba luego en el pórtico de la iglesia para cosa urgente; y habiéndole dicho al muchacho que iba inmediatamente, se despidió de todos, y le encargó á don Aniceto siguiese las lecciones á Sancho mientras volvía, con lo que se marchó en compañía del Bachiller.

Pero, dice la historia tratando en este caso, que luego que el Bachiller salió á la calle, dijo al Cura: verdaderamente señor que yo os tenía por hombre de algún conocimiento del mundo y sus habitadores, pero me hallo engañado, y conozco vuestra bondad para creer cuanto os dicen y cuentan: yo he estado con bastante cuidado oyendo á vuestro huésped don Aniceto, y he hallado lo que vos no habéis notado en él: hallo en él mucha infamia de veniros á engañar, fingiéndose caballero franco, maestro de movimientos, pero no profesor público, sino aficionado: nada hay de esto en el mundo; hoy los caballeros francos no es religión, es sólo una turba de petardistas de toda clase y estados, y que comen, visten, y pasan á costa ajena; nada gastan de suyo aunque lo tengan: toleran por vivir así muchos desaires de amos, y aun de criados, que de estos comensales suelen pagar las costas. Esa maestría de movimientos no es profesión pública, es sólo una gerigonza apreciada, y que usan muchos calaveras que son la irrisión de los hombres de juicio, empeñados aquellos siendo españoles, á cuyo carácter es opuesta toda afectación, imitar á algunos botarates extranjeros, que contra el parecer de sus compatriotas juiciosos y de seso, usan tales pataratas, de que

ellos mismos se burlan: este modo pedeográficó, y este arte de movimientos ridículos es siempre el noviciado de la caballería franca: ¿no notáis en su mismo nombre su malicia? llámase franca, porque francamente se introducen en lás mesas de quien no los llama, y tal vez admiten repugnantes por razón de estado que llaman, á muchas cosas, que es menester tolerar por otras. La profesión que hacen es de nunca decir verdad: ¿no notáis la grandeza que nos contó del comercio de su padre, las perlas, los diamantes de aquel tamaño, que perdió en el mar, depósito que siempre tienen muchos para engañar á muchos más? Todo esto es un arte de titiritero, y una parla como la de maese Pedro para engañar á los bobos. Por Dios, señor Cura, os pido seáis más cauto para estas gentes: él al fin se os ha metido en casa: ¿cuándo podréis desasiros de él, según sus constituciones de caballero franco? Hasta la tercera monición con malos modos, no puede por el instituto apartarse de comeros un lado, y parte del otro: mirad, señor Cura, lo que hacéis, que ese hombre puede dañaros en vuestra casa, haced que Sancho le vuelva su vestido no sea el diablo que le haya hurtado, y pague Sancho lo que no debe, y.... Callad, callad, señor Bachiller, dijo el Cura, que pensáis ligeramente; pues un hombre como Cardenio habia de enviarme un dañador como vos hacéis á don Aniceto. Pues señor, dijo el Bachiller, ¿os trajo carta de Cardenio? y si la trajo ¿conocéis su letra y firma? No trajo carta, ni yo he visto nunca la letra de Cardenio; pero trajo unas señas así de la causa de su locura, como de la vida que hizo en Sierra Morena, muerte de la mula, y demás, que en todo concuerdan con lo que yo mismo sé; y así es preciso creerlo sin necesidad para ello de carta; á

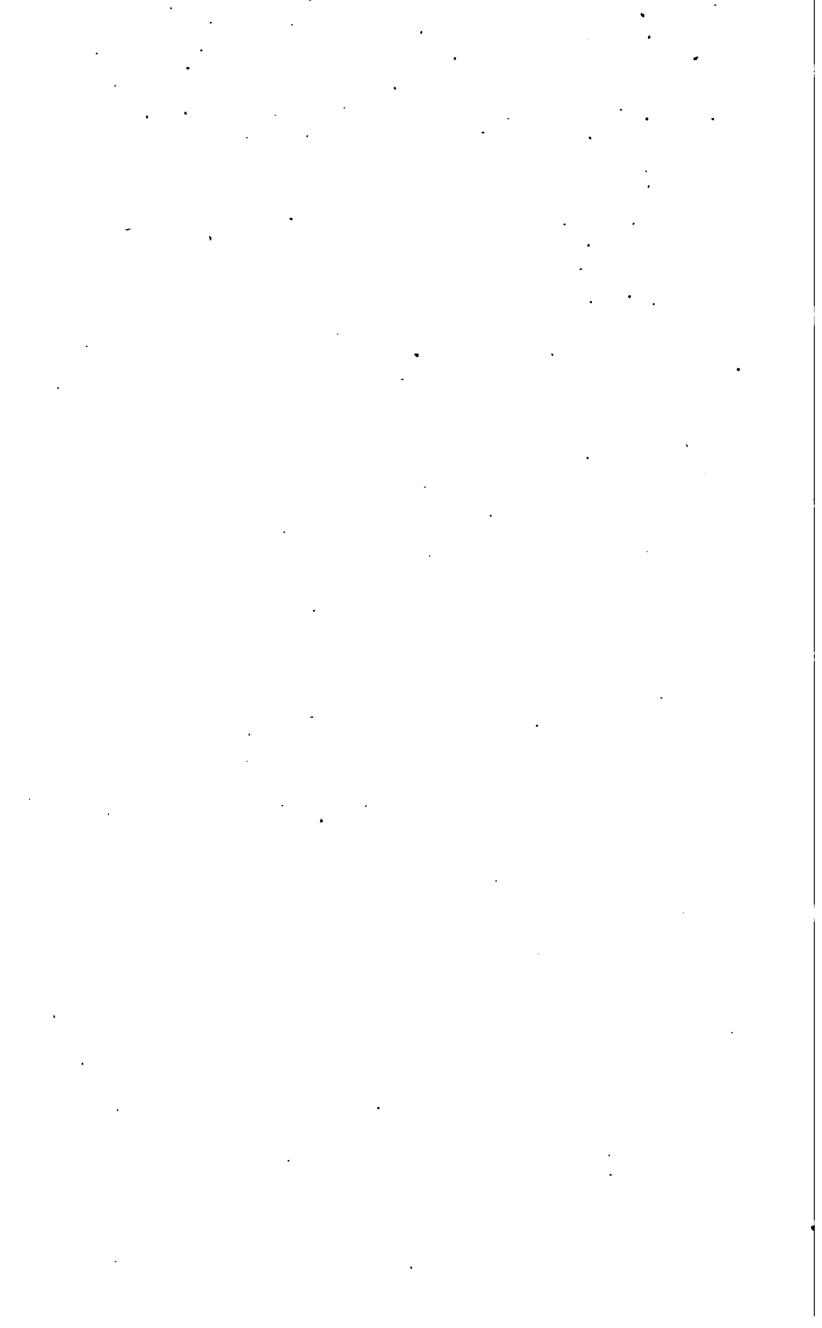
lo que el Bachiller, que había conocido la tramoya de don Aniceto, replicó, pues, señor Cura, si en esto os fundáis, todo cuanto dijo de Cardenio lo refiere muy menudamente la historia impresa de don Quijote, nuestro Alonso Quijano, por lo que cualquiera que la haya leído dará de Cardenio las mismas señas que ha dado este don Aniceto, ó don Trápala: daos á partido, señor Cura, que ciertamente siento veros con tan buenas creederas con un hombre, cuyos maliciosos embustes son tan visibles.

En estas razones iban, cuando el alcalde que esperaba al Cura en la iglesia, viéndolo venir le salió al encuentro llamándolo separadamente del Bachiller, y le dijo: Señor Cura, parece habéis admitido en vuestra casa, y tenéis en ella á un hombre llamado el caballero franco; su nombre propio se ignora, y dice la requisitoria que aquí traigo que nunca usa de uno solo, aquí están sus señas, y la orden de prenderlo por sus fechurías, que concuerdan con las que me han dado los que lo vieron parar en vuestra casa, y después andar con vos: ya, señor, sabéis mi obligación en esta parte, disponed cómo pueda yo cumplir con ésta, sin que se allane vuestra casa para sacarle de ella.

Quedó suspenso el Cura al oír al alcalde, llamó al Bachiller que estaba apartado de ellos, contó cuanto aquél le había dicho; y el Bachiller reconvino al Cura así: ¿no os lo dije yo bien poco hace, señor Cura? Aquí no hay más remedio sino que el señor alcalde disimule hoy esta diligencia: en llegando la noche se puede sacar del pueblo este hombre, á quien es preciso le valga el respetable asilo de la casa del señor Cura: convengo en ello, dijo el alcalde por servir á su merced, y honrar su casa; y pues las requisitorias andan al contorno del pueblo, la

justicia de otro podrá cumplirla. Dióle gracias el Cura por su buen proceder, y dijo al Bachiller: vamos á casa de Sancho; lo que así hicieron, y hallaron á don Aniceto dando las ridículas lecciones de paso á nuestro consultor; pero habiéndolas interrumpido la llegada de ambos, dice la historia, que el Cura dijo á Sancho reservadamente: amigo, bueno está lo bueno, quitaos ya el vestido, y descansad que bien lo habéis de menester. Y como que sí, señor Cura, respondió Sancho, porque os aseguro que nunca me he visto más fatigado que ahora, y cuando aquellos malandrines me armaron con los paveses para defender aquella malograda Insula que Dios perdone. Y vos, don Aniceto, prosiguió el Cura, recogedlo para que se conduzca á mi casa, que allí se reconocerá por peritos, y se os dará su justo valor, si quisieseis venderlo; porque yo he hecho escrúpulo de que el señor Sancho tome anticipadamente regalos de ninguno. Señor, dijo don Aniceto, hágase como vuesa merced manda, yo recibo el desaire de no admitir lo que con tan buena voluntad quiero dar á este caballero, aunque vuesa merced escrupuliza, no es tan fuera de uso que no haya ejemplares. ¡Ah! señor, dijo el Cura, no se deben buscar ejemplares de cosas mal vistas, como lo es admitir regalos los hombres constituídos en empleos, porque así con precisión de hombres libres se hacen esclavos venales; y en fin yo debo mirar por mi oficio, por la conciencia del señor Sancho, haya ó no ejemplares, que eso no quita el que sea la acción mala. Dice bien el señor Cura, dijo Sancho, cada uno su alma en su palma, porque entonces venía á verificarse aquello de no asamos y ya pringamos, y yo sólo quiero lo que el señor Cura determine. Pues, señor don Aniceto, vamos á casa, que el señor Bachiller cuidará de que se conduzca todo á ella.

Así se hizo; y habiendo el Cura y don Aniceto llegado, aquél le contó á éste lo ocurrido con el alcalde, y en lo que habían convenido por su respeto. Quedó don Aniceto, dice Benengeli, turbado, lloroso y corrido además; y también que el Cura dispuso que el equipaje y persona se condujese á la ermita, distante muy poco del pueblo, para que lo encubriese por aquella noche, y algunos días mientras las requisitorias pasaban: que le dió víveres, y una limosna en dinero; pero no pone en qué paró y adónde marchó el tal don Aniceto, de cuya persona, aunque hizo después diligencias, nada supo.



CAPÍTULO V

Cuéntanse algunas cosas que deben tenerse presentes, y cómo Sancho marchó al castillo de los duques.

Sigue la historia de Sancho, diciendo: Que luego que el duque despachó con la carta y escudos á Tomé Cecial, escribió también al mayordomo, mandándole previniese una ridícula ceremonia para el nuevo consultor, que fuese de buen gusto, porque la duquesa estaba tristísima, y quería se divirtiese, aunque tuviese costo, y que le hiciesen á Sancho una como toga carmesí, para lo que libró sobre una colgadura desechada las varas correspondientes, y de los demás trajes que fuesen necesarios: dió orden asimismo para que se le surtiese de ropas, y que provisto de todo, y con decencia le llevase al pueblo donde lo esperaba: que previniese asimismo de su orden á doña Rodríguez (que estaba en el castillo á tomar aires, por si mejoraba del mal estérico que comunmente padecen las dueñas) festejase á Sancho, y lo cuidase con el mayor esmero, porque no tenía otra persona de quien fiar este encargo: que le avisase de todo cuánto ocurriese, y que fiaba en él para esta diversión de la duquesa.

Amaneció el siguiente día de la huída de don Aniceto, y el Cura pasó á casa de Sancho: pero como éste le vió sin el huésped, le dijo: ¿Y cómo no viene el señor pedeógrafo á repasarme la lección de las cortesías, que se me olvidarán si no? ¡Oh, Sancho amigo! dijo el Cura, el caballero pedeógrafo está muy distante de nosotros, cuando ayer llegamos á casa hallé la novedad de un correo que venía en su busca, para que al instante pasase al puerto de Cádiz á entregarse en un navío que le envían cargado de perlas y coral; por lo que no tuvo más tiempo que para tomar el mismo caballo que traía el correo, tomó la posta, y el que la trajo llevó la maleta en otro caballo que venía á prevención para el viaje: el vuestro al castillo es menester disponerlo luego incontinenti, que es lo que conviene más que todo.

Válame Dios, señor Cura, mi gozo cayó en el pozo, y ¿quién lo hubiera sabido, dijo Sanchicha, para haberle encargado que enviase un negrito, que también vendrán como las perlas? Callad, niña, dijo Teresa, que no dejará de hacerlo sin que se le haya pedido, que aquel señor tenía traza de dar, y en nada era miserable. Todo puede ser, y esperad en Dios que es quien no puede faltar en lo que nos ha ofrecido, dijo el Cura; y pues la diligencia es madre de la buena fortuna, no hay que retardar el empezar con la vuestra á obedecer al duque, que ya sabéis espera á Sancho Panza cuanto antes: Yo os supliré lo que os haga falta, y cuidaré del socorro de vuestra casa, que después me lo pagaréis como vayáis adquiriendo con qué. A tanto beneficio, dijo Sancho, (queriéndose hincar de hinojos) os seré esclavo. No quiero tanto, respondió el Cura; sólo quiero seáis agradecido, y que no olvidéis vuestra obli-

gación: y vuesa merced, señora Teresa, decidle al Bachillér, que vaya en casa de la nieta del hidalgo, que si mal no me acuerdo, me dijo tenía por vender los vestidos que heredó de su abuelo, que cualquiera vendrá pintado á Sancho, porque era de sus mismas carnes y altura, y serán más propios para su empleo, que el que quería daros don Aniceto, estrecho y incómodo de todos modos; pero advèrtirle que no diga que yo lo he de pagar, porque no los niegue; porque como se fué al otro mundo sin pagarme los derechos del matrimonio de la hija, no juzgue que quiero hacerme prenda de ellos por ser de su padre.

Cuanto vos, señor, dispongáis es bien hecho, ahí están los doscientos escudos á disposición de vuesa merced sin que se haya hecho con ellos otra cosa que contarlos muchas veces, dijo Teresa, y aun cuando algo falte lo pagará Sancho después, que á buena parte va para ello; pero al llegar á ésto dieron á la puerta unos terribles golpes, y saliendo á abrir Teresa, vió era el mozo del correo que traía una carta para el Cura, y no la había dejado en su casa porque su ama le dijo dónde había ido; y que no quería tomarla por si traía algún disgusto que le recibiese de otra mano.

Pero á lo que se entendió no era disgusto el que contenía la carta, porque tomada por el Cura después de pagado su porte que traía señalado, por parte del que la enviaba, y decía, porte medio real, y raya por debajo, estilo común en aquel territorio, para quitar á los estafeteros el trabajo de señalarlo; el mismo Cura de voluntad propia abrió la carta, miró la firma, y viendo que era de otro cura, la leyó á media voz, y decía así:

»Amigo y compañero: Por fin ha resuelto la her-
»mandad celebrar la función de Animas el domingo

»23 del que empieza, y han convidado los mayordo-
»mos para predicar á aquel santo religioso, que se
»perdió el año pasado, para que se desempeñe en
»éste: para los gastos de comida, refresco y demás
»se han sacado de las arcas de la hermandad cien
»ducados, y tienen dispuestos dos juegos de seguidi-
»llas de pandero, nuevecitas que llaman del Mal-
»bruc, y ha compuesto el hermano Paba, que se bai-
»larán detrás de la ermita después de la rifa:
»quieren que se convide mucha gente para que haya
»broma, y se junte limosna, porque este año ha es-
»tado malo, malo. La justicia ha convidado al can-
»tor tuerto de habrá dos años, y al sargento invá-
»lido para los juegos de manos. El sacristán se ha
»ofrecido, con el fin de juntar limosna, á hacer la
»rifa vestido de mujer. Todavía no se han repartido
»las misas por el poco dinero que hay, y tener al
»predicador, algunas para el prelado por la licencia
»y á quien le hace el sermón, que este año es á prue-
»ba de bomba, porque tiene que traer en él las tres
»circunstancias que ocurren en el día, y son, el
»blanqueo de la iglesia, la campana nueva, y salir
»aquel día á misa de parida la mayordoma, que es
»lo que hace al predicador cerdear, para aceptar el
»sermón. Por parte del beneficiado vienen, como to-
»dos los años, la sobrina viuda, y las dos hijas, y el
»abogado Correa su primo; pero yo no traigo á na-
»die. La boticaria me ha dicho dé a vuesa merced
»memorias, y le diga que no le faltarán misas, que
»ya sabe vuesa merced, etc., con que, amigo, buen
»ánimo, y venga vuesa merced, nos ayudará en el
»coro, trayendo á quien quiera á esta su casa, que
»así lo suplica la cuba chiquita del rincón que le ha
»llegado su san Martín: hará vuesa merced peniten-
»cia, y Dios, sobre todo, que guarde á vuesa merced

»muchos años.—P. D. Envíeme vuesa merced con el »primero que venga de ahí cuatro cuartos de seda »negra fina, y una baraja nueva, que aquí se aca»baron; y mandar á su amigo don Sebastián.— »Amigo y compañero Licenciado Pérez.

¿De quién es esa carta, señor Cura, que á vuesa merced hace reír tanto? dijo Sancho; á que el Cura respondió, es de mi antecesor don Sebastián, que me convida á la función de Animas como todos los años; pero no sé que me haga, porque mi mula no está del todo buena. Si yo tuviera coche, dijo Teresa, se lo daría ahora á vuesa merced y aun por eso, y para servir á mis amigas, le he dicho á Sancho que luego me envíe uno en que poder tenderme. ¿Y qué os dice Sancho? dijo el Cura. Qué ha de decir, que lo dijera á vuesa merced, á lo que el Cura en tono grave respondió: Teresa, Teresa, presto empezáis á pedir cosas que no debéis á vuestro marido: ¡Coche! nada de eso, porque sería empezar por donde debe acabarse: ¿no véis que el coche es un gasto que debe hacerse de lo sobrante, y que sobrantes nunca puede haber en cortos sueldos, mayormente teniendo que mantener familia? El coche es propio para los reyes, y ciertas dignidades mayores, cuyo uso debió inventarse para solo ellos; pero en quien esto no es, parece muy mal el coche: mal haya ellos que han subido con su abundancia el precio de las mulas al pobre labrador, y han causado otros daños domésticos de empobrecer las casas, si hemos de creer á quien se queja de esto, y de haberse establecido como propio y preciso en muchos que no pueden, y se sacrifican á escaseces caseras, por salir ostentosamente en ellos: los hombres de juicio piensan así; y vos, señora Teresa, no teníais ninguno cuando pedísteis coche á vuestro marido sin acordaros de esto.

Dice Cide-Hamete, con aquella verdad que acostumbra en cuanto ha escrito, que luego que el Bachiller Sansón Carrasco ajustó y pagó el vestido íntegramente, por tasación que hizo un perito del oficio, se le puso en la cabeza una cosa que casi parece dura de creer, á no tener el ejemplar de otras que se le pusieron, y quedan referidas en el discurso de esta grande historia; y fué solicitar con el Cura que le llevase Sancho consigo, tanto para escribirle lo que se le ofreciese, porque no lo sabía hacer, cuanto para dirigirle en muchas cosas, que precisamente le habían de ocurrir en su nuevo cargo.

Era el Bachiller Sansón Carrasco, según se ha visto, hombre de medianas luces, picaba en historia, y no ignoraba la política moderna (todo lo cual le hacía tener más satisfacción de sí que la que debiera) y de consiguiente resuelto, determinado, y amigo de seguir sus opiniones y salirse con sus caprichos, lo que previsto por el Cura, como así bien su inclinación á cosas de Corte y aborrecimiento á las de la vida de aldea (aunque con flojedad), le disuadía de este pensamiento, aconsejándole cuidase de su corta hacienda y salud, y no se sujetase por un capricho á una vida extraña, y nada duradera, según su entender; pero como á los hombres que se precian de hábiles es difícil hacerles creer que piensan disparates, aunque el Cura le expuso lo más acertado con razones eficaces, nada consiguió, y como por otra parte sospechaba que la tal consultoría sería casi momentánea, y que Sancho y él volverían muy pronto al pueblo, no quiso empeñarse demasiado, y así ofreció á Sansón diría á Sancho lo que pretendía. Así fué porque habiéndole dicho lo que el Bachiller se interesaba en su acierto y lucimiento, pues se quería ir con él, dejando su patria y

familia por servirle de secretario, cosa en que se echaba bien de ver cuánto la fortuna lo favorecía en esto, pues le ponía á su lado un hombre tan completo como el Bachiller Sansón Carrasco; y como Sancho aspiraba á su permanencia en la gracia del Cura, y por otro lado conocía la imposibilidad de escribir, y gobernarse sin algún consejero continuo, ofreció al Cura sujetarse á lo que sobre esto le mandase. El Cura se lo agradeció, y le previno era conveniente ocultar de todos la sabiduría del Bachiller, así para que sus resoluciones pasasen por de Sancho, como para que aquél estuviera menos notado si lo aconsejaba en lo oculto; y habiéndole dicho el Bachiller que se previniese para acompañar á Sancho, quedaron todos muy contentos en esta parte, y cada uno por la suya haciendo las prevenciones de camino. En los cuatro días siguientes al recibo de la carta del convite del Cura, nada parece que ocurrió que fuese digno de contar, sino que Sancho se ensayaba á solas en hacer cortesías, y andar como le había enseñado su maestro; y hay quien dice le oyó varios discursos que formaba interiormente, los que á veces acompañaba con manoteo y visajes; que Teresa estaba llena de gozo con sus imaginarias vanidades, y que la tenían tal los doscientos escudos; que hasta el rucio con sus jaeces íntegros tenía dispuesto, lavados los cascos, hecha la carona, y peinada la cola, esperando la segunda orden del Cura, que era el director de la marcha; que Sanchica andaba de corro en corro, y de vecindad en vecindad contando las altercaciones de sus padres, sobre si echarían ó no coche, y si se harían dar el tratamiento de V. S. El Bachiller tenía pronto cuanto necesitaba, y hasta el caballo que le sirvió siendo caballero de la blanca luna, estaba como un oro, lim-

pio y aseado: aunque hay autor que afirma que el que llevó fué Rocinante, que se vendió por la sobrina de Don Quijote, y compró para este caso en precio tan corto como su andadura; pero otro lo contradice, asegurando positivamente haber muerto al mes y dos días del fallecimiento de Don Quijote de un hartazo de cebada que se dió en el granero uno de los días que se hacía el inventario, y no pudo digerir por más que le ayudó maese Nicolás. El Cura también dispuso su caminata al lugar en que era convidado, dejando su curato á cargo del teniente, y muy prevenida la casa de Sancho con el residuo de los doscientos escudos de que era tesorero, hecha la rebaja del coste de algunas camisas y otros cabos que también vendió la hidalga; y como tenía su famosa mula, aunque indispuesta levemente de un mal de ojo arraigado, no le impidió para que la montase como lo hizo, saliendo con Sancho, el Bachiller y un mozo de á pie al quinto día por la mañana todos juntos, y cada uno para su determinado destino.

No es posible, dice expresamente Benengeli, creer fuesen verdad las lágrimas que se dijeron haber vertido Teresa por la marcha de su marido, ni menos las que derramó Sanchica por la ausencia de su padre, porque si verdad fueron las que dicen que derramaron cuando los fueron á despedir al camino, no sé yo cómo hubieran podido caminar las cabalgaduras sin atascarse en ellas con los barros, que según la abundancia se harían precisamente; y después de esta bien fundada duda exclama, y dice: Ya, fortuna, has puesto en el tablero de las piezas con que juegas con los hombres al gran Sancho Panza, que sacas de un rincón de él y lo pones en una de las principales casas de España, con un car-

go honroso, distinguido, y de la mayor consideración, para hacer un papel que ha determinado tu absoluto poderío: trátalo bien, no lo eleves para despeñarlo después, porque si así lo haces, te tendrán por loca y te mirarán con miedo.

Iba el rucio enjaezado con los mismos arreos qué llevó al gobierno baratario, y le quedaron á su amo, y éste iba vestido con el comprado á la hidalga, pliegue y manga ancha, boton regular, y corte muy contrario al que presentó don Aniceto: una hora habrían caminado, cuando el Cura dijo: paréceme, Sancho, que estoy soñando, ó me están contando alguna novela extraña: poco tiempo há os ví infelizmente vestido con las ropas campestres, á poco os miré con un vestido marcial y de última moda, lleno de estrecheces é incomodidades, ahora os veo con ese proporcionado á que el cuerpo tenga sin estorbos sus movimientos, y propio de un hombre de juicio y de razón, como dicen comúnmente: ¿qué es esto? ¿quién no extrañará cómo en tan poco tiempo puede haber tanta variación? cuando se estableció, ó se estiló este presente vestido, se reformó otra corte sin duda, y para esto los hombres que cuidan en el mundo de esta comisión harían los exámenes correspondientes á tanta y tan costosa variación, porque ya es sabido en éste y todos tiempos, que una moda que empieza hace quedar desnudos á los que se vistieron con la reformada; pues, señor, ¿qué nuevo motivo, qué nueva causa habría en los cortesanos para innovación tan del todo, y tán de oculta comodidad, que no pudo ser penetrada por nuestros mayores? Esto miro sin saber cómo ha sido: por otra parte os veo un hombre sin mérito conocido, que lleváis de secretario al que lo adquirió donde lo adquieren los grandes hombres, esto es, en

una famosa Universidad, á costa de sudores y estudios, en que logró el título de Bachiller, y que vos sin estudios ni fatigas habéis logrado el de consultor ducal; que os servís de un Caballero del Bosque, y ex de los Espejos, cuyos actos militares y caballerescos despreció la suerte: pensemos en esta variación de cosas que admiran y suspenden y parecen como imposibles que sucedan sino por encantamiento. A esto saltó Sancho con viveza, ¿qué bueno sería, señor Cura, que aquí hubiese algo de esto, y cuando menos me cate me halle convertido en carne momia, como le sucedió al maestro Elisabet, á quien dicen hizo este daño el sabio Merlin, que tambien encantó á la señora Aldonza Lorenzo, mi señora Dulcinea del Toboso? No burlemos, señor Sancho, dijo el Cura, y vamos hablando con verdad y pulso: ¿por dónde encantó á la señora Dulcinea el sabio Merlin, cuando vos injustamente fuisteis su encantador, convirtiendo en una tosca labradora, hedienda á ajos, según vuestro amo dijo muchas veces, á la sin par princesa tobosina, de la antigua alcurnia de los Corchuelos? ¿Esta acción no clama, y siempre clamará pidiendo justa venganza? Vos sois verdaderamente oculto encantador, á lo que yo infiero, y plegue á Dios que como tal no hayáis encantado á los duques, para que os favorezcan y distingan. Yo tengo muy presente que vuestro amo Don Quijote dudaba haber sido el sabio Merlin el verdadero encantador de Dulcinea, en que nunca le hizo agravio, y no era regular que sin causa le hubiese hecho este tan pesado. Esta duda fué bastante para no desafiarlo por cartel, ó sin él á batalla, conociendo con su gran prudencia, que para acumular delitos á otros es menester estar seguros de ellos, con pruebas muy completas.

Nada, señor, dijo el Bachiller, se puede responder á este argumento aquilino, innegable en todas sus partes. Es clarísimo indicio la omisión del señor Alonso Quijano en el desafío, siendo tan valiente y esforzado caballero; y más que habiendo resucitado motu propio la olvidada caballería andante, no había de dejar pasar este tuerto y desaguisado de primer orden, de los que por la caballería se deben desfacer, como hecho á una mujer inocente, y asaz famosa, la sin par Dulcinea del Toboso. A esta expresión del Bachiller, dijo Sancho, vaya, vaya, señor Carrasco, que ni vuesa merced ni el señor Cura están en el caso. No desafió mi señor al sabio Merlin, porque no faltó quien le dijo era impropio de un caballero andante tomar armas contra un anciano, tan viejo que casi no se podía mover; á más de ser público estaba quebrado, y por lo mismo no podía montar á caballo, de cuyo modo había de combatirse según la orden caballeresca; y fuera de esta justa causa tuvo en parte la culpa el señor Cura, pues predicó un día en la Iglesia, y oyó mi señor esta doctrina: «Es menester perdonar al enemigo, y aun »hacerle bien, y amarlo como Dios quiere y manda »que se haga: en este caso es de mayor venganza »castigar con beneficios á quien nos agravió con in»jurias, que quitarle la vida, que de todos modos no »es permitido, ni Dios lo manda.»

Verdad es, dijo el Cura, que así lo dije, y siempre diré y aconsejaré: vuestro amo fué muy politicón, y era justo y muy puesto en razón, así por lo predicado por mí como por su caballeresco modo de pensar, no desairar, ni injuriar las largas y nevadas barbas de Merlin, y estas urbanidades sólo los profesores de la caballería las saben, estando los demás muy lejos de conocerlas. Quijano obró siempre bien á uso de caballero, y debió haber disimulado este

encanto por lo antes dicho; pero dejemos esta conversación de ellos, que hemos empezado á pisar el campo cebollar, donde es antigua tradición vienen los hechiceros á hacer sus operaciones, no sea que nos oigan y hagan alguna supercheria con nosotros.

Verdad es, dijo el Bachiller, que se alcanzan á ver los humos de las fábricas de tinajas del Toboso, que tienen la virtud de convertir el agua en vino, como la tuvieron los de Caná en aquellas bodas que allí hubo, y nos dice el Evangelio. Así es, dijo el Cura, y mejor fuera se les secara esa virtud á esos barros de la Mancha, ¿creeréis, Bachiller, que casi escrupulizo en el altar sobre el vino que me ponen, porque sé bien lo que hacen con él para sacarle el color que quieren? El campeche para el ojo de gallo y el esparto para el otro es materia usadísima en sus tinajas, y como sólo el vino, sólo y sin mezcla es el que debe usarse: creo que muchas veces hacen estas dispensas, que debieran celarse para que no trajesen las consecuencias que se producen de tales delitos: por ellos, y por el exceso con que este fruto se usa debe tenerse presente para una rigurosa reforma, que piden á gritos los fatales ejemplares que se han experimentado y experimentan cada día.

A este tiempo alcanzaron el mozo de á pie, que se había sentado á esperarles, porque les llevaba un buen tiro de bala de ventaja, y encarándose con Sancho, le dijo con socarronería: señor Consultor, la magnífica ciudad del Toboso tenemos á la vista, y es menester saludarla, y sacando la bota, después de los ordinarios cumplimientos de beba su merced, en buena mano está, pasará á mejor, y la salutación de á muerte ó á vida la costura arriba, remojaron los gaznates, y prosiguiendo su conversación, siguieron su camino alegres y amigablemente en buena paz sin el menor desmán.

CAPITULO VI

Dase cuenta de lo que pasó en la venta, y como encontró Sancho al mayordomo que le salía al encuentro.

Tan divertidos iban nuestros caminantes, que cuando menos se cataron se hallaron en la venta que tiene aquel camino, y habiendo querido el Cura que se detuviesen á tomar algún refrigerio, lo estorbó el Bachiller, queriendo se pasase adelante; y como sobre ello se porfiase en la puerta, la curiosidad movió á tres caminantes que había dentro, á que saliesen á ver lo que era. Tomó la averiguación un hombre de bastante decencia, que viendo la clase de sujetos, los saludó con la mayor cortesía, ofreciéndoles cuanto allí había que les pudiese agradar; y aunque el Cura se resistió á admitir la oferta, el de la venta porfió una y otra vez, y consiguió se apeasen de sus cabalgaduras, y les acompañasen en la mesa, que él y sus compañeros tenían puesta en su cuarto. Ya sea que el Cura quisiese que el Bachiller y Sancho comiesen algo y descansasen, ó ya fuese por no ser más porfiado en la persuasión de don Federico (que así se llamaba el de la venta) admitió el convite, y apeados, entraron al corral. El ventero, que como

antiguo en el territorio, conocía al Cura, le preguntó quién era Sancho, asegurándole haberle visto otras veces, aunque en distinto traje; no haciendo mención del Bachiller, porque varias veces lo había visto en su lugar. Este, dijo el Cura en voz alta, es el señor Sancho Panza, que va á tomar posesión de este encargo, en que se halla nombrado poco hace por un señor duque: yo le vengo acompañando hasta el pueblo primero, y el señor Bachiller Sanson Carrasco va de su secretario, desde allí seguirán su camino, porque yo me quedo en él por unos días.

Luego que don Federico oyó nombrar á Sancho, y el duque, como había leído la historia de Don Quijote, se impuso en que el duque y la duquesa por seguir su humor festivo habían dado nombramiento de consultor suyo á Sancho Panza, y avisó á sus dos compañeros llamados don Antonio y don Pedro, hombres de juicio y prudencia; pero no se dice de donde eran naturales.

Al punto que Sancho saltó del rucio, se fué con don Federico, á quien don Pedro y don Antonio salieron á recibir, y entraron juntos en el cuarto. Iba Sancho afanadísimo con su vestido, de modo que se conocía lo poco que lo había usado, y como llevaba un sombrero de marca mayor, le achicaba más el cuerpo y la cara, porque á la verdad es conveniente que corrresponda á ella el sombrero para no ridiculizarse, por cuya razón hacía el señor consultor la figura más extraña.

Don Federico que había hecho el convite, rompió la voz, diciendo: señor don Sancho, aunque V. S. estará hecho á otro aparato de mesa, y á otras ceremonias de ella, distintas de las que V. S. en esta verá, su gran discreción suplirá lo que faltase, y distinguiendo tiempos concordará casos. Caballero

mío, dijo Sancho, como no tenga las ceremonias que usaba cierto médico que había en una Insula, en donde por mal de mis pecados fuí gobernador, todo estará bueno: vuesa merced nos ha convidado con su mesa por hacernos favor, de la manera que para sí la tiene dispuesta, nosotros la hemos admitido, con que es visto la tomaremos como esté: que tenga ó no ceremonias no hace al caso; haya que comer, que esto y no las ceremonias sustentan al hombre. Dice bien su señoría, dijo don Antonio, y si todos los señores fueran como V. S. llanos y contentadizos á lo natural, poco fruto sacarían los muchos holgazanes que á título de hacer mil pataratas en la mesa, y colocar platos en ella, roban á sus amos, amén de los crecidos salarios que por ello tienen, de modo, que por obstentar el lujo han hecho oficio el poner una mesa; pero lo peor es, que los mismos que nos roban, se burlan de nuestra bondad ó sandez. Qué cierto es caballero, dijo el Cura, que vivimos engañados de ellos mismos, y con los ojos cerrados á la razón, y que murmuran otros nuestra extravagancia, diciendo, que nosotros respecto de ellos vivimos un siglo atrasado; pero qué hemos de remediar si así está el mundo, y en él se oye hoy con agrado lo que antes se tendría por agravio y desvergüenza: no ha mucho que el señor Panza tuvo un maestro de movimientos, que le enseñó la Pedeografía que actualmente se estila. ¿Qué le enseñó, señor Cura? preguntó don Pedro. La Pedeografía de última moda, respondió el Cura. Háganos vuesa merced el gusto por Dios de explicarnos qué cosa es, porque yo á lo menos no he oído tal en mi vida. Yo, señor, lo diré, dijo Sancho: es andar con pies derechos, rodillas iguales, y sacar bien las posaderas, como dicen, al hacer la cortesía, tener la cabeza er-

guida, y otras muchas cosas, que sin verlas no pueden explicarse. Yo las hago, porque no se me han olvidado las lecciones que me dió el maestro. Pues, señor, replicó don Federico, aunque es demasiada llaneza, suplico á V. S. por mí, y por estos caballeros se sirva hacernos el honor de ejecutar un par de evoluciones pedeográficas, lo que espero conseguir por su gran bondad, y porque el campo todo lo dispensa. Si haré, dijo Sancho, que basta que se me pida con tan buen modo, y no sólo esto haré; sino hasta rodar por esos suelos, porque á mí la cortesía siempre me ha obligado. ¡Oh! invicto señor, dijo don Antonio, llano, sencillo y amable, como deben ser todos los señores: viva, viva la urbanidad del señor don Sancho: viva repitieron todos á una, y animándose Sancho, como hacen todos con las aclamaciones ó adulaciones, entró gustoso en hacer un ridículo espectáculo para el auditorio: empezó por el paso puntil, esto es, andando de puntillas, levantada la cabeza, sacado el pecho, y derechas las rodillas, con las puntas de los pies tan horizontales (así se llama esta violenta postura) que á pocos pasos, al querer hacer la cortesía de parada delante de don Federico, sacó tan violentamente su trasero que cayó, de modo, que si no le detiene, cae sobre un banco que allí estaba inmediato, y se rompe la cabeza su señoría.

Basta, dijo don Pedro, que ya está entendido el pensamiento de la obra, ella es un paso de minuet veloz, y un sacar de trasero precipitado al parar, y hacer la cortesía. Mas tiene, dijo el Bachiller, tiene dos balances antes de hacerla, y después del último paso de parada.

Dos escopetazos había yo de dar, si fuera lícito, dijo don Federico, á cada monigote español, que se

hace ridículo con esos ademanes propios de un mono, ó de un arlequín: ¡que se consienta esta infamia, y no haya quien tome un palo para perseguir á esos monicongos, deshonor de nuestra nación, cuyo carácter es grave, pero sin fastidio! ¿Y qué, señor Cura, hay con efecto maestro de estas piruetas? Sí señor, dijo el Cura. Yo lo creo, porque vuesa merced lo dice, respondió don Federico: vamos, vamos, señores, á comer, que me ha irritado semejante disolución: Dios nos conserve el juicio para no caer en tan ruines pensamientos, que afrentan y desacreditan nuestra circunspección nacional.

Sentáronse todos á la mesa, y no paró en ella la conversación de la nueva maestría, y escuela pedeográfica. Concluída que fué la comida, dándose gracias unos á otros, nuestros caminantes mandaron disponer sus cabalgaduras para seguir su camino, y los de la venta hicieron lo mismo. El Cura les ofreció su casa, por pasar precisamente por su pueblo, que no admitieron; y volviéndose á despedir el Bachiller y Sancho, salieron delante, quedándose el Cura ocupado en componer una espuela que se le había roto.

En este tiempo pidió don Federico la cuenta del gasto al ventero, que según después se supo era el famoso Patricio conocido en toda la comarca por su aseo y limpieza de todos modos; pero no conviniendo en el cuánto con sus huéspedes, empezaron las voces y porfías. El Cura, como tan inmediato, entró en la venta para saber la causa de las voces de don Federico y don Antonio que alternaban con los votos, y porvidas de Patricio. Informóle aquél procedían del exceso de pedirles el ventero un despropósito, cuando no se le había hecho más gasto que el de los piensos de caballerías en que no había dispu-

ta, sino en lo que llaman ruído y asistencia; que él quería darle lo mismo que el año antecedente le había dado en igual caso por los mismos compañeros, y que el Patricio no se conformaba, alegando para doblar la partida, haberle subido la venta el ayuntamiento del pueblo, su dueño, otro tanto más por aquel año, haberle llevado el escribano por la escritura triplicados derechos, y recargado éste y los alcaldes las que dicen adéalas de pluma, que eran cuatro pavos para cada alcalde, y dos con seis gallinas para el escribano. No sabía el Cura, conociendo la formalidad de Patricio, y la razón de don Federico, á quién se inclinaría, y confesando el perjuicio que recibían los caminantes en estas alteraciones, opuestas á la conciencia, declaró por Patricio la disputa, llamándole á parte, y sin que don Federico lo notase le pagó la diferencia que era de dos tercios más de lo que le daban, con cuyo medio cesaron las disputas, y todos salieron de la venta ponderando este perjuicio público que impide el comercio de comestibles de unos pueblos á otros, por digno de enmienda y de castigo á los causadores de semejantes daños, cuyas operaciones en esta parte no están en residencia; y picando el Cura su mula hasta alcanzar al Bachiller y Sancho, lo consiguió en breve, y contó el motivo que fué origen de su detención y tardanza; á lo que Sancho dijo, que si en su encargo le caía causa de semejante clase, procuraría inclinar al duque á que pusiese precio fijo en estos arrendamientos por lo respectivo á las ventas y mesones de sus estados, prohibiendo las adealas, que suelen por aumentarlas los que administran bajar el principal al dueño; en lo que quedaron acordes, y caminaron gustosos hasta una aldea donde hicieron noche, y madrugando la mañana siguiente conti-

nuaron juntos hasta que se dividió en dos el camino que llevaban, y, vueltos á hacerse recíprocos encargos de escribirse, se despidieron, tomando Sancho y el Bachiller un camino y el Cura otro.

Gran rato caminaron Sancho y el Bachiller sin hablarse palabra; porque uno y otro iban enfrascados con diferentes imaginaciones: el Bachiller se erguía de fácil en su determinación, no teniéndolas todas consigo, y temiendo que la tal consultoría de Sancho podía parar en burlas, porque se le venían á la memoria las que á él y á Don Quijote se le habían hecho en el castillo; pero el buen Panza pensaba distintamente; y pareciendo á éste mucho el silencio, dijo: Señor Bachiller, mi amigo y secretario, ¿qué tristeza es esa que os noto? ¿voy yo alegre dejándome mi mujer y hija, y vos, que no tenéis hijos ni mujer que dejar, estáis tan melancólico? Bueno es eso para quien espera en vos el alivio de sus infortunios, si es que los puede haber en este mi nuevo estado.

En esto iban de su conversación familiar, cuando se oyó muy cercano á ellos unos tiros de escopeta, y habiendo subido una cuestecita vieron un cazador que se iba acercando á ellos, y era el mayordomo del duque que venía divirtiéndose matando pajarillos; quien ó ya fuese porque conoció al rucio, ó por otra casualidad, que no dijo aunque se le preguntó muchas veces, comprendió que era Sancho el que iba hacia él, y acabólo de confirmar porque el asno aclaró la duda que de esto podía tener, no tanto con la vista de sus arreos, cuanto porque rebuznó de falsete, que así hacen todos cuando conocen el terreno donde antes han estado, en cuya inteligencia parece que estaba instruído como se vió: pues, dijo al criado que traía, estos que vienen son los que espe-

ro, y es el consultor del amo si no me mienten las señas, adelántate y mírale, pues lo conoces, hízolo así, siguiendo el mayordomo, que casi allí llegó al mismo tiempo.

Muchas fueron las expresiones de gozo y alegría que manifestó al ver á Sancho, á quien dijo con palabras muy claras cuánto debía á sus altezas sus amos por el cuidado con que le habían mandado su buen acogimiento y hospedaje en el castillo, y las grandes prevenciones que se le hacían para que recibiese la investidura de su oficio, etc. Sancho respondió agradecido, no solo al mayordomo por el gozo que manifestaba, sino por anticiparle aquella noticia, (que á la verdad consoló mucho al bachiller Carrasco) y que viviría siempre el más reconocido á SS. AA., á quienes deseaba servir y agradar, aunque conocía en su pequeñez el desempeño de su oferta; pero que fiaba en Dios le ayudaría, y también en el mayordomo, que le advertiría las faltas á que están sujetos los hombres todos. El mayordomo despachó el mozo que traía para conducirle los arreos de caza al castillo con la noticia de estar ya en la jurisdicción de él el famoso Sancho Panza; y á más separadamente recado á doña Rodríguez, para que se previniese á obedecer el mandato de los duques en todo como habían quedado convenidos, y por menor le había instruído de ceremonias en el recibimiento.



CAPÍTULO VII

En que se cuenta la llegada de Sancho al castillo, el ridículo recibimiento que se le hizo, los admirables blasones que allí vió, y tierna despedida de la dueña doña Rodríguez.

Sigue la historia el exactísimo Cide-Hamete con mejor puntualidad que ha tenido en lo que de ella nos dejó escrito: porque desde aquí manifiesta exactamente un por menor de cosas sucedidas, que deben perpetuarse en la memoria manchega. Dice, que luego que llegó al castillo el criado despachado por el mayordomo con la noticia de estar cerca de él Sancho Panza, dió punto toda la familia en sus encargos domésticos, y sólo se pensó en fiesta y regocijo. Entró casi á media tarde en el castillo acompañado del mayordomo, del bachiller Sansón Carrasco, y seguido de muchas gentes que casualmente supieron la venida. No obstante de que había suficiente luz para que subiesen la escalera, dispuso doña Rodríguez, encargada del cortejo de Sancho de orden de los duques, que cuatro mozos en traje de pajes saliesen con hachas hasta el portalón á conducirlo: iban formados de dos en dos y presidía esta comunidad la dueña doña Rodríguez, que como

tal traía su vestido negro, tocas blancas, y calados los anteojos perdurables, que siempre usaba por la mucha cortedad de vista que tenía: el silencio y gravedad con que se caminaba en esta ceremonia, casi hiciera creer al bachiller empezaban allí las burlas que él temía, si no se le divirtiera la imaginación con otras cosas. La dueña con una desdentada risa dijo á Sancho, haciéndole tres profundas reverencias: entregad, señor, á doña Rodríguez vuestro asno, de que responderá siempre; pues le pertenece su depósito, como guarda alcaidesa de este castillo, y no debéis ser menos en esto que el famoso Lanzarote cuando de Bretaña vino, que damas cuidaban de él, y dueñas del su rocino, según nos lo canta la historia.

Yo os lo entrego, dueña y señora mía, respondió Sancho, y habiendo pasado de mano en mano, llegó hasta la de un palafranero, que ya de oficio se había entregado en los caballos del Bachiller y mayordomo, á quien el criado se lo condujo para que entrase con toda autoridad acompañando al nuevo consultor. Con esto el Bachiller vió que nada tenía que temer, asegurado en aquellas ceremonias tan serviles, autorizadas y lucientes.

Subieron el mayordomo, el Bachiller, los cuatro pajes, y doña Rodríguez, dando el brazo en la escalera á Sancho, cuya vista y paso ceremonioso es digno de dibujarse en papel de marca, y conduciéndose todos por unas galerías á un salón bien adornado de espejos, arañas, y primorosos reposteros con armas y blasones, dejaron allí al consultor, retirándose todos, menos el mayordomo que preguntó á Sancho quién era aquel criado que con él venía, cuya cercanía continua á su persona le hacía dudar del carácter con que le servía.

Sancho respondió: es mi secretario, hombre de toda confianza, hijo de mi pueblo, y muy servidor vuestro, cuyas expresiones repitió el mismo Bachiller haciendo una profunda cortesía al mayordomo, y ofreciendo su persona para cuanto quisiese mandarle. Yo, señor, os lo estimo muy mucho, dijo el mayordomo; y á la verdad no sabiendo yo tanta prevención como el señor consultor trae, le había elegido para este encargo un hijo de nuestro famosísimo médico el doctor don Pedro Recio de Tirteafuera, que sirvió á su señoría tan á su satisfacción en el gobierno de la Insula Barataria. Quedó como suspenso Sancho cuando tal oyó; pero recobrado volvió al mayordomo del duque, y le dijo: No quiero quitar una de las mejores costumbres que hay en el mundo, y es que recaigan en útil de los hijos los méritos de los padres, porque con esta seguridad sirven bien; y así no es justo que el hijo del doctor don Pedro Recio quede sin acomodo en mi familia: mirad vos, señor, el que queréis darle, que yo desde luego lo confirmo; pero este que he nombrado mi secretario y traigo conocido, no puede dejar de serlo: mas, si como los méritos de los padres suelen también heredar los hijos sus inclinaciones y costumbres, la que tenía el doctor Pedro Recio de Tirteafuera de contradecirme cuanto hablaba no era buena, y si ha recaído en su hijo, en verdad que es opuesta á buena crianza: tengo muy presente la porfía que tuvo de ser pésimas las perdices, atestiguando con el maldito aforismo de Hipócrates, siendo una cosa que ellos mismos usan, en desprecio del norte y luz de la medicina; pero dígame vuesa merced, ¿por qué el doctor Pedro Recio no ha aplicado á su hijo á su profesión, cuyo estilo debía observarse, porque ninguno enseñará mejor á los hijos que

el padre, y los secretos que cada uno en su oficio ó arte adquiere, á quién mejor los puede fiar que á su propio hijo, con cuyo estilo no se enterrarían con muchos como se experimenta, que no fian á los discípulos temerosos de que se valgan de ellos en perjuicio de quien se lo fió? No dice la historia que respondiese nada el mayordomo, y sí que pasada esta conversación se retiró, dejándolos solos en el cuarto, y previniendo le quedaba un paje de guardia, para que le pidiese lo que necesitase hasta el siguiente día, que de todo sería provisto, porque así el duque su señor lo había mandado, y que cuando gustase pidiese la cena, que el mismo paje le conduciría al cuarto donde tenía su cama, y la de su secretario, que iba á mandar se pusiese en el retrete inmediato de aquel mismo salón; y Sancho dió gracias al mayordomo por su cuidado.

En esto entró, sigue Benengeli, el paje de guardia con dos luces que puso sobre un bufete, y haciéndole cortesía dijo: Señor consultor del duque mi señor, yo estoy de guardia para asistir á V. S. con llamarme Juan Suelto, que así es mi nombre, hallará V. S. en mí un criado fiel y puntual en todo. Yo os lo estimo, Juanico, dijo Sancho, dándole dos golpecitos en el hombro, y pues estáis aquí para lo que se me ofrezca, ofréceseme que quedéis aquí para que os mande lo que pueda ofrecerse. Obedezco, respondió el paje, pero si viene el mayordomo y no me halla en la antecámara, que es mi sitio, he de deber á V. S. le diga que así me lo ha mandado: está bien, dijo Sancho; mas quiero preguntaros, Juanico, pues sois de la casa, ¿qué significan estos figurones que están aquí bordados en estos paños encarnados y azules? Estos, señor, son los escudos de las armas de mis señores los duques que están se-

gún el orden de estados: los azules corresponden á la baronía de mi señor, y los encarnados á mi señora la duquesa, en quien ha recaído la casa. ¿Y vos sabéis qué quiere decir cada cosa de estas? preguntó Sancho. Señor, respondió el paje, algo entiendo, porque he oído hablar mucho de estas pinturas á un rey de armas, que viene algunas veces á verlos, y suele copiar estas figuras que dice va á poner á otros, que parece han de ser de esta familia. Pues si es así, decid, replicó Sancho, ¿este árbol con este perrazo atado qué es? Si mal no me acuerdo, dijo el paje, el árbol significa fortaleza, y el perro lealtad, y se lo dieron á esta casa por cierta hazaña que hizo un ascendiente de ella en tiempo del rey Recaredo I, según dijo el otro rey que los miraba.

Bachiller, dijo Sancho, ¿os acordáis dónde habéis visto lo mismo pintado, el perro atado al árbol? No por cierto, no me acuerdo, respondió el Bachiller. ¿No os acordáis, dijo Sancho, de aquel cuadro del hidalgo Cerra, que llevan á una capilla de la Iglesia el día de Finados y le encienden luces? Sí, sí señor, que ahora caigo en ello, y que el beneficiado se oponía á esta cosa como ridícula, respondió el Bachiller. A lo que dijo el paje: seguro es que el apellido Cerra no es de esta casa, y si aquella tiene perro, es menester ver si tiene como éste su rabo entero; porque si le falta, ya varía el blasón, y no es todo uno. Es preciso saber mucho para distinguir esto, y poner la escudería como debe ser; pocos saben en este particular, sino los reyes de armas, quienes por su oficio deben tener en él un pleno conocimiento.

Decid, hijo mío, dijo Sancho, ¿queréis explicarme uno por uno estos para que yo me imponga? Lo haré, señor, con mucho gusto hasta donde alcance; pero mañana entra de guardia un compañero mío,

que entiende esas cosas á fondo, porque es hijo de uno que vive de escribir los certificados que dan los reyes de armas, y está impuesto como él solo. Sin embargo, tomó el paje una caña de encender, y el Bachiller una vela, y fueron mirando lo que se señalaba por el paje, que empezó su explicación así:

Estos trofeos que contiene este escudo, son blasones de la casa Alvar-Garro de Vicuña su fundador, señor que fué de Pañades, Fuente la Mora, y otros territorios: es su cuartel en jefe las cinco hojas de higuera, primera cubierta de Adán, de quien desciende por baronía, que aunque hay otros que las usan también, no es por esta causa sino por haber hecho al pie de algún árbol de esta especie una ú otra hazaña, ó por habérselas dado por haber plantado alguno en sitio donde ejecutó algún hecho de armas, muerto algún valiente moro, ó por otras causas que no es posible su averiguación en ningún tiempo.

Aquel segundo cuartel que tiene un monte, y en su falda se mira aquella yerba como marchita, es del blasón bien conocido del valeroso campeón Rui Extreñor, primer vizconde de Santa Engracia y Pozo-Oscuro, que sirvió á don Sancho el I y expuso su vida al pie de aquel monte por coger aquella yerba para forraje de sus caballos: diéronle por armas el mismo monte y las yerbas en campo rojo, por la sangre que pudo derramar en esta empresa.

Este otro que tiene este león con el rabo sobre el lomo, es escudo sobresaliente de la casa de Extreñor, que usaba como su apellido, que era Extreñor Leonides, ó León en donde hay Lides, como dicen algunos que de esa casa escribieron: él usó también de un león en el pequeño escudo de batalla, por ser conocido por los Leonides; y aunque otros usan tam-

bién del león, es con la diferencia de no tener tan empinado el rabo, ni tampoco tanta lengua de fuera, respecto de haber sido esto concedido á sólo la casa de Extreñor Leonides.

Juanico, dijo Sancho, ¿qué historia es la que trae cuánto dices, que quisiera oírla, porque me tira la inclinación de estas fechorías, por haberme hallado en batallas, y al lado de uno de los más famosos y esforzados caballeros que las sustentaban? Señor, respondió el paje, estas historias sólo la tienen los reyes de armas; no están impresas porque no había imprenta cuando se hicieron, y ellos las guardan en su archivo de memoria, y las sacan cuando las necesitan.

Está bien, dijo Sancho, dejemos esto, y decid á fuera que quiero cenar y dormir, porque he madrugado estos días, y en el presente he comido poco. Salió el paje con el recado, é inmediatamente entraron cuatro sirvientes con lo necesario, y pusieron una mesa redonda con cuatro cubiertos; y á poco entraron doña Rodríguez y el mayordomo, quien lo había así dispuesto: pusiéronse á cenar, y Sancho se halló más que embarazado con el tenedor, instrumento maldito (como dice Benengeli) que manifiesta en su uso la crianza que ha tenido quien lo maneja: el Bachiller parece se daba mejor maña, y todo lo notaba el mayordomo: sin duda, dice Benengeli, que el estudio en artes ó facultades debe de ser útil para este manejo; pero no tiene Cide presente, que hay escritor extranjero que puso su nombre en cifra en una obra utilísima que tituló en su idioma: »Uso del tenedor con cuchillo, y sin él, para el luci»miento de todo hombre de la corte;» y que se halla traducida, aunque andan muy pocos ejemplares de la una y de la otra impresión, por haber sido escasa,

y sacádose del Reino para los de Africa, donde es apreciable por la mucha manía que tienen los mahometanos de comer con él.

El mayordomo lo reía todo interiormente, á lo cual dan lugar los que se sientan á comer en mesas cortesanas, como si lo hiciesen en las pastoriles; y como llevaba la voz, pidió á un criado un vaso de vino, que inmediatamente le presentó con su salvilla pequeña, toalla al hombro, y demás que manda la ordenanza en este caso, y levantándose, y volviéndose á sentar, dijo: Señores, por la salud de los duques nuestros amos. Sancho y el Bachiller no impuestos en las ceremonias, ó porque el mayordomo estaba sentado, no dejaron de comer, y se estuvieron quietos; pero la dueña doña Rodríguez, al parecer más culta en este rito, se levantó, dejó de comer, inclinó la cabeza, y estuvo así hasta que el mayordomo depositó la víctima en su cuerpo, en lo que tardó algo por haber sido crecida porción, y ser ceremonia precisa consumirla íntegra; y aun en muchas mesas acostumbran tirar el vaso, como en señal de que no debe servir más quien tuvo el honor de ser depósito de una cosa que sirvió á tanta ceremonia.

Aquí Benengeli, hombre ingenuo, y nada instruído en estos ceremoniales, dice: ¡Oh, borracheras con pretexto de saludes! ¿qué obsequio, ó qué sacrificio es para quien se brinda, el que otro beba vino ó agua? ¿de dónde provendrá este tan raro estilo? Yo creo que la tal ceremonia tiene origen de los primeros ismaelitas, que por ceremonia de la ley se juntaban en determinados tiempos del año, siendo el primero en la luna menguante del mes en que brotan los árboles, y puestos en un campo que de un tiempo á otro se señalaba, se pasaba revista de la fami-

lia y descendencia de su varón principal: allí renovaban la alianza, que por ley debía haber, y el que hacía cabeza notaba el aumento, ó diminución de la familia; y si acaso alguno no concurría por enfermo, lo advertía al presidente de la asamblea, el que en señal de aprecio, y de que vivía, brindaba y correspondía el inmediato, como dando las gracias por su buena voluntad y memoria; pero esto á la verdad nada tiene que ver con las mesas diarias donde hay este estilo tan sin fundamento.

Tristísimo estaba Sancho en la mesa, tal vez confuso de ver en ella tanta magnificencia, cuando la que dejaba no tenía sino escaseces, ó acaso sería por acordarse de su casa y familia; pero el mayordomo que lo advirtió, hizo señas á doña Rodriguez, que estaba prevenida, para según ellas, mover conversaciones que sirviesen después para diversión de sus amos; y como las dueñas entienden este alfabeto en todas partes, habló á Sancho diciendo: Creo, señor Sancho, según veo, que la tristeza de V. S. tiene, y nos manifiesta su silencio, es sin duda porque echa menos la compañía de mi señora *madama Panza* su esposa, que podrá ser se halle á esta hora durmiendo á pierna suelta. Señora mía, dijo Sancho, ¿por qué vuesa merced trata á Teresa mi mujer como si fuera francesa, cuando es manchega, mujer de tomo y lomo, y muy hacendosa en su casa? Si ella lo oyera, yo aseguro á vuesa merced que ya la tendríamos buena, porque sé que tendría á ofensa, el que se la tratase de *madama*.

Haría muy mal su señoría, dijo doña Rodríguez, porque es estilo *madamear* con el nombre del marido á todas las mujeres, no digo yo de la clase y estado presente de mi señora doña Teresa, sino aun de muy distintas circunstancias: basta sólo estar

destinados en cualquiera empleo público, para que se les *madamee* sin reparo: el cocinero de casa por esta causa, oye sin que se ofenda, que se llame á su mujer, que casi es sexagenaria, *madama Pringót* porque él se dice *monsieur Pringót de la Rua*, y fué hostelero, que como empleo público tiene estos gajes.

Mal estoy, dijo Sancho, con estas distinciones y estilos, la madamería caería bien en las mujeres de superior clase; pero en una batera, cocinera, y otras así, me parece impropio y mal estilo: ya veo que en esto de tratar las gentes hay también modas: á mí me dan por moda señoría, y yo la recibo porque es moda admitirla quien no la tiene, como he oído decir muchas veces, y que es preciso seguir la moda, para no ser despreciado por los que se llaman hombres de Corte.

V. S. es V. S. dijo doña Rodríguez, y quien á V. S. no dijese V. S. no sabrá cuál es V. S. derecha, á más que los amos nuestros, los señores duques, lo tienen mandado así en su casa, y cada uno en ella manda lo que quiere, estilo común en todas partes.

En estas pláticas se concluyó la cena, según el diario que el mayordomo llevaba para los duques de lo que ocurría, y habiéndose retirado todos para que pasase Sancho, y su convecino y secretario Sansón Carrasco á descansar y dormir, fué alumbrado por un paje, que condujo á su dormitorio las dos luces que llevaba, donde parece durmió tan bellamente el electo consultor Sancho Panza.

A la mañana del siguiente día puso el mayordomo personalmente sobre uno de los bufetes que había en el dormitorio de Sancho un decente surtido de ropa blanca; y otras cosas para su adorno, que en nombre de los duques le presentó, y después de

haberle preguntado si había descansado, le leyó la siguiente carta, que acaba de recibir de los duques, respuesta de la del aviso de su llegada al castillo.

A vos nuestro secretario de cámara, y mayordomo del gobierno de nuestra casa y de ese castillo: Los graves negocios que han ocurrido con motivo de la residencia y visita de mis pueblos, no permite más descanso á nuestro consultor Sancho, y así dispondréis que luego luego se ponga en camino para este nuestro palacio, á fin de que tomando en él con las debidas ceremonias la investidura correspondiente, pueda empezar á servirnos; y me daréis aviso de la hora en que sale.=El Duque.

Leída la carta, dijo Sancho: Señor secretario mayordomo, yo no tengo otra voluntad que la de SS. AA. á quienes tanto debo: en vos está el disponer la marcha cuando gustaseis, porque ya deseo verme á los pies de sus grandezas, y desde ellos oír lo que me mandan para obedecerlos. Así se hará, respondió el mayordomo, y esta tarde, después de comer, pues está tan cerca, haremos el camino.

Con efecto, habiendo comido Sancho con los mismos que cenó, en cuya mesa nada parece que hubo que se notase (sino que distraído Sancho se levantó de ella con la servilleta puesta, y estuvo con ella un gran rato hasta que doña Rodríguez se la quitó, diciendo, ya está demás este barbero, señor consultor) se dispuso la cabalgata más ostentosa y lucida que vieron los campos manchegos, según lo dicen sus anales.

Iba Sancho sobre el rucio aderezado y compuesto por mano de doña Rodríguez, que lo llenó de cintas y borlones, y á más le puso en la frente una punta que dicen es contra el mal de ojo. Seguíase el mayordomo del duque en un famoso caballo, con rico

aderezo, y otro de mano que conducía un palafrenero. El Bachiller oprimía los lomos del suyo, pero sin otro adorno que el que había traído de su pueblo. Detrás iba el convoy compuesto de cuatro acémilas, que conducían algunas cosas desde el castillo al palacio, y tal vez llevarían algunas prevenciones para la función de la jura, y posesión de la plaza, porque como iban tapadas con reposteros, y bajo de ellos baúles, grandes líos, no era fácil averiguar su contenido; y para el cuidado de éstas, y demás cabalgaduras iban cuatro mozos de cuadra con sus libreas, de modo, que hacían una vistosa marcha, y más que autorizada comitiva.

No pudo contener las lágrimas doña Rodríguez cuando al pie de la escalera entregó á Sancho su jumento, y en cuyo sitio lo recibió á su llegada, y despidiéndose de él con más que evidentes señales de cariño, sacó de su seno unos hermosos y cristalinos anteojos que usaba en los días de lucimiento público, y poniéndolos en las manos de Sancho, dijo: Admitid, señor, esta señal de mi memoria, que pues ya con la vuestra cuanto mis ojos miraren serán fantasmas y vestiglos, ¿para qué quiero yo ya estos cristales? tomadlos, y mirad con ellos sin sospecha alguna, que como han sido de una desgraciada dueña, sólo os manifestarán desengaños, y nunca os harán ver otra cosa: usadlos, porque en vuestro oficio se necesitan, porque suelen perturbarse las vistas muchas veces: acordaos de mí para mandarme, y tener presente no mi edad, ni mis achaques, sino que también las dueñas aman á quien quieren; id con Dios, y pedidle sosiegue mi corazón de tanta pena; y si oyeseis decir que doña Rodríguez murió, no preguntéis la causa; y apartándose sin poder decir más, porque el mayordomo lo llamaba viendo su

tardanza, llegó ayudado el asno de un aguijón con que lo animaba un mozo de los cuatro, y se incorporó con los demás caminantes que marchaban al Palacio-Castillo de los duques, adonde en una mula de buen paso había despachado un mozo el secretario con aviso de que había de dormir en él aquella noche el consultor Sancho.

CAPÍTULO VIII

Pasa Sancho al Palacio de la residencia de los duques y toma posesión de la consultoría con el más extraño y riguroso ceremonial que se ha visto.

Luego que llegó el aviso al Castillo-Palacio, se puso toda la familia en movimiento, y aun hay autor que dice que hasta el mismo duque y la duquesa entraban en ciertas piezas donde se disponían las cosas de la toma de posesión, para que estuviese todo prevenido, y se ensayasen los respectivos papeles, de modo, que se hiciese con todo lucimiento. No parece que durante el corto camino hubiese ocurrido cosa digna de contar, porque Benengeli sigue diciendo: inmediatamente que avistaron desde el palacio la comitiva de Sancho, se coronaron de gentes las almenas y balcones á ver llegar tan lucido acompañamiento, y atropelladamente se pusieron después en las galerías, ó corredores por donde había de pasar. Apeóse en la principal escalera, donde estaban cuatro pajes esperándolo, y al notar Sancho tanto ruido y tan crecido número de gentes, dijo al Bachiller en voz baja: ¿no veis qué alegría hay en esta casa? Ya lo noto, respondió el Bachiller, y no

sé por qué algunos gustan poco de pisarlas: el mundo todo está lleno de aprensiones, y así nos lo dice la experiencia.

No pudo más la duquesa esperar á ver á Sancho: salió al encuentro á todos ellos, siguióla el duque viendo que caminaba tan veloz á la escalera, y habiendo subido ésta Sancho, y hallado á los duques que estaban al primer tránsito, se hincó de hinojos ante la duquesa, y asiéndola la mano, la dijo: Señora, aquí está Sancho criado de VV. AA. que sólo viene á serviros: seáis bien venido, respondió la duquesa: levantad, Sancho, dijo el duque, y besad la mano á la duquesa, á quien debéis el volvernos á ver. ¿Qué no deberé yo á tan alta señora, respondió Sancho, besándola la mano, si es entre las duquesas la mayor del mundo? ¡dichoso yo que puedo llamarme su criado! Hola, Sancho, ¿qué también vos sabéis expresiones de Corte? mas en vuestra boca ya veo no tienen recelo de adulación, ni de mentira. Señor, no la acostumbro, dijo Sancho, y V. A. mire bien que desde mi poca fortuna he pasado á dichoso, sólo porque VV. AA. me han nombrado por su criado, que es mi dicha presente. Decís bien, Sancho, dijo el duque, id al cuarto que se os tiene prevenido, y quitaos esas botas, que ya os dirán cuál es esos pajes, y entrad después al cuarto de la duquesa, que tiene mucho deseo de hablaros. Así lo haré, respondió Sancho, y retirados los duques, se entró Sancho en un cuarto, donde se quitó las botas, botines ó polainas que llevaba puestas, cuya especie de cuál no puede saberse, porque Benengeli dice borceguíes que es voz árabe y comprende toda especie de este calzado de camino; pero mientras esto hacía, preguntó Sancho al Bachiller si usaría del paso que le enseñó don Aniceto, ó del común, y parece que el

Bachiller le dijo: siempre el paso sentado en un personaje como sois vos, es el más propio, otro cualquiera no dice con el cargo.

Entró Sancho en el cuarto de la duquesa inmediatamente, donde también estaba esperándolo el duque, y la primera cosa que le preguntó aquélla fué, de qué había muerto su amo don Quijote, cuya muerte les había cogido sin esperarla. ¿A quién coge esa maldita que la espere? respondió Sancho. Ella es la más mala y fea persona que hay en el mundo. Señora, no quisiera decirlo, que al fin lo serví, y comí su pan, y más vale callar que mal hablar, y más de los muertos. No obstante, Sancho, aquí estamos solos, dijo el duque, la duquesa os lo pregunta, y no es justo paguéis así á quien tanto debéis. Señor, yo haré lo que S. A. me manda, y mirando á uno y otro lado, por si alguno más lo oía, con una voz como medrosa prosiguió. Mi amo y señor don Quijote se murió porque quiso, y murió loco, aunque alguno afirma lo contrario. ¿Qué dices, Sancho, dijo la duquesa, explícame eso que no entiendo? Digo, pues, señora de mi alma, que murió loco, y porque quiso, repitió Sancho, porque murió diciendo que no era don Quijote, sino Alonso Quijano, que estaba arrepentido de sus locuras, y de haber gastado el tiempo dando que reír á las gentes; y el señor cura (Dios se lo pague) iba con la corriente, y todo esto era (pero en boca cerrada no entran moscas: mal haya la codicia, y más en gente de Iglesia) porque no lo llevaran á curar á Toledo, como decían debió hacerse, porque si allí moría perdía los derechos del entierro, por eso se murió; ya veo que el pobre señor come con los muertos, y con los recién nacidos; pero bastábale ser su amigo, y más valía que el señor cura mirase otras cosas, y no que el sacristán el día que

hay muerto entra y sale tan risueño en la iglesia y casa del finado, que parece que se lo han de quitar, y llevarlo á enterrar á otra parte; y el señor cura lo mira, y calla, porque lo que la loba hace, al lobo le place. Sancho, dijo el duque: ¿y por qué dices que murió porque quiso? Señor, porque así fué; ¿quién le metió á mi amo en querer sustentar en campo de batalla, que la belleza de la señora Aldonza Lorenzo (para él Dulcinea del Toboso) era la única, y con quien ninguna otra hermosura compararse podía? Una mujer tal como ella, que ni le habló, ni lo quiso, y Dios es Dios que había de hacer porque lo quisiera, venciendo gigantes, con otras cosas, y aun hasta mi pobre cuerpo quería pagase la tontería de su desencanto; y para que más claro lo vean vuestras grandezas, sepan que esta mujer sin ningún agradecimiento, ni un mal recado de cortesía envió á la sobrina, ni á la ama cuando murió mi señor. ¿Yo me había de morir por quien por mí no se mata? patarata: no, señor, harto tonto sería yo si tal hiciese. Y más que si el sabio Merlín la tenía encantada, ¿qué sabemos por qué causa sería? No dejaría de tener alguna, porque si no, ¿cómo un señor mayor lleno de canas, y casi con un pie en la sepultura, era posible hiciese sin causa este desaguisado? El buen francés tendría motivo para ello, pues lo hizo, y á esto debemos de estar, y su alma en su palma, si no la tuvo.

Decid, Sancho, dijo el duque, ¿y vos venís contento á ser mi consultor? Sí, señor, respondió Sancho, ¿por qué no he de venir contento á servir á un señor que tanta merced me hace? Podías, dijo el duque, venir sin gana, y como por el qué dirán, porque ello es un encargo peligroso; pues vos habéis de responder á Dios sobre vuestra alma si me aconsejáis mal:

yo os traigo para que me aconsejéis bien, y por esto os doy mi salario, y así será siempre vuestra la responsabilidad á Dios, y al mundo, porque habéis de proceder sin pasión aunque sea contra mí: mirad á lo que venís, y cuál es vuestro encargo: mirad lo que ofrecéis, y que para más cargo habéis de jurar lo dicho. Y la duquesa prosiguió en esa conformidad: preveníos, Sancho, para el juramento y posesión; pero miradlo bien primero, porque después no hay arbitrio para no cumplir lo jurado: hasta mañana tenéis de término, pensadlo bien, é idos á descansar.

Así lo hicieron todos, durmiendo muy á placer (después de haber tomado una buena refacción entre graciosas y gustosas pláticas) hasta que la siguiente aurora se mostró más hermosa y apacible que nunca, entre una confusión de trinados y gorgeos, con que los inquietos é inocentes pajarillos parece anunciaban el júbilo que había de reinar en el palacio ducal.

Luego que fué hora competente, mandaron llamar los duques ante su presencia á Sancho, el cual acudió puntualmente, y habiéndole preguntado el duque si estaba en jurar su nuevo empleo, respondió: Señor, yo lo ofrezco, como todos lo ofrecen. Pues duque, dijo la duquesa, ya Sancho ha jurado su plaza; mandad que le den la posesión y el traje, que deseo verlo con él si vos gustáis de ello. Llamó el duque á su mayordomo secretario (dice la historia) y le dijo: ¿Está todo dispuesto para dar la posesión á Sancho? Sí, señor, todo está prevenido, respondió. Pues conducidle al salón de la audiencia, para que en él tome la posesión. Con esta orden del duque acompañaron en ceremonia el mayordomo y dos pajes á Sancho al prevenido salón, en donde hallaron un crecido nú-

mero de concurrentes que esperaban ver tan lucido y ostentoso acto, entre los cuales estaba en distinguido lugar el bachiller Sansón Carrasco, admirando tanto aparato. Aquí hace punto Cide-Hamete, y dice por una llamada al margen: que el bachiller tenía en su imaginación varias ideas, porque unas veces todas aquellas cosas le parecían burla y pasatiempo de los duques, y otras las confirmaba reales y verdaderas, por los crecidos gastos, y formalidad con que se hacían. Que tal vez se le vino á la memoria, ¿cómo era posible que aquellos señores, habiendo tan poco tiempo que había estado en su castillo, y contándoles la batalla en que rindió, y sujetó á cumplir las condiciones de ella al valeroso don Quijote, no se le diesen por entendidos? pero todas estas dudas (dice) las absolvía con la poca atención con que los señores pasan la vista por los que no lo son; además que la mudanza de traje, y alguna otra circunstancia que él no penetraba, podía ser causa para el olvido ó disimulo, que esto no define cuál fuese; y sigue su puntualísima historia diciendo:

Estaba el salón cubierto de una rica colgadura de color carmesí, con galón finísimo, y resplandeciente de oro: había en medio una hermosa araña de cristal, con bastante número de velas, hacia el frente se elevaba un alto tarimón, donde se divisaba una silla de brazos forrada en carmesí según la colgadura de la sala, y junto á ésta con más elevación había un regio dosel de damasco verde y galón de plata, en que estaban dos sillones magníficos iguales al dosel, para asiento de los duques, en medio del salón había un circo de barandillas con unos escaños cubiertos de unos tapetes que eran asientos de la justicia del pueblo, como las barandillas, sitio para ver y oír la familia ducal, y convidados.

Entraron los duques primero ocupando sus sillones, y el secretario mayordomo detuvo á Sancho al entrar en el salón, hasta que se sentasen, y habiéndose hecho, y luego por el duque la seña de empezár, el mayordomo tomó á Sancho de la mano, y puesto en medio, dijo: *Ebad, Consultor del duque mi señor*, y le puso en sus manos un pliego, y se retiró detrás de las sillas de los duques. Y habiéndose éste llegado tocó una campanilla de plata, y al oirla entraron cuatro pajes, y uno como maestro de ceremonias, el cual traía vestido un ropón amarillo cubierto de galones, una muy crecida y blanca barba, y ceñida la cabeza con un cendal al estilo africano. Llegóse á Sancho, y lo miró de espacio de arriba á bajo, y aun lo desabrochó unos botones de la ropa talar con que venía vestido, tomóle el papel de la mano, y lo leyó, miró al cielo, hizo sobre sí la señal de la cruz dos veces, volvió á mirar al cielo, pero mesándose su luenga y hermosa barba, con lo que hacía el personaje más majestuoso y serio que habían visto los nacidos.

A todo esto estaba Sancho tan atento como confuso sin saber lo que le sucedía; pero no esperando ningún daño, sino creyendo firmemente eran precisas ceremonias de aquel caso. Los pajes estaban puestos alrededor del tal personaje como en señal de sus sirvientes, vestidos con los trajes de la casa, y como decir se suele en traje de gala.

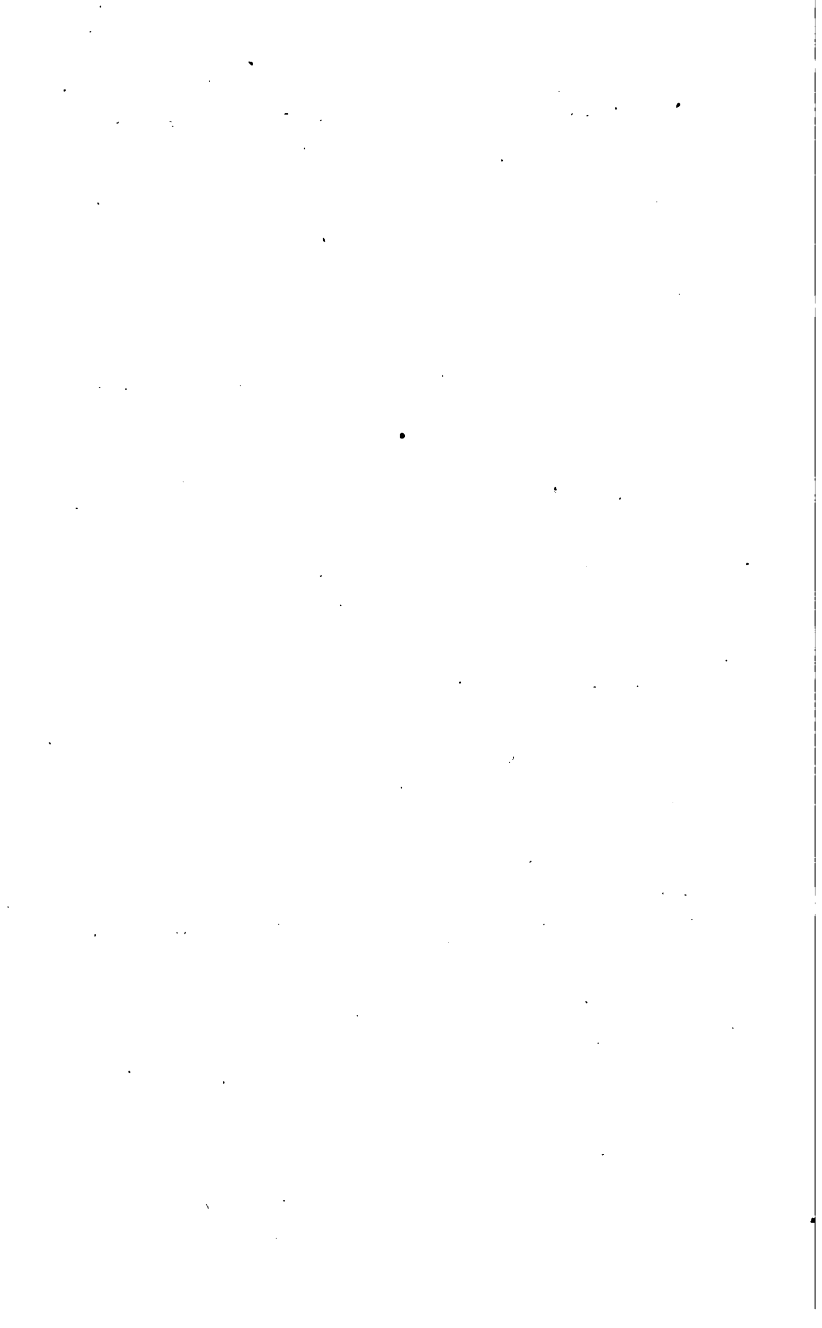
Acabada esta ceremonia entró otro personaje vestido de ropa talar blanca, y una más dilataba barba; pero negra, que con el crecido y negro pelo le hacía respetuoso, igual que temido y venerable: éste miró á Sancho más de espacio, y le levantó algo la cabeza, porque la confusión y el silencio se la tenía como caída: subió al dosel de los duques, y antes de

llegar hizo una profunda reverencia, y acercándose como para preguntar, así lo hizo, y bajando y repitiendo la reverencia á ellos, se llegó á Sancho, y dijo en voz alta: ¿Quién es Sancho? y el maestro de ceremonias respondió: Este es Sancho.

¿Sancho, dijo el de la negra barba, habéis jurado la plaza? El maestro de ceremonias dijo: decid que sí, y así lo respondió Sancho que ya tenía cara de estar medroso. ¿Ofrecéis, Sancho, á la Justicia á quien yo represento ser buen consultor, limpio, desinteresado, y leal al rey nuestro, suprema justicia de la tierra? Sí ofrezco, respondió Sancho, porque así se lo previno el maestro de ceremonias; pero como Sancho respondiese esto como trémulo, y en voz baja, el que hacía la justicia con voz grave y alta, dijo: Hombre sin espíritu, tiemblas de ofrecer lo que debes cumplir, si así lo has de cumplir, como lo ofreces, dilo, y si no dí la verdad, que menos malo es que tú lo digas, que el que otro después advierta que no cumples lo que ofreces; responde Sancho á la justicia que te pregunta. El maestro de ceremonias, dijo, Sancho en todo caso dí, yo conozco mi flaqueza: así lo respondió Sancho, y entonces el que hacía la justicia, dijo, pues dijiste la verdad; *accipe vestem*, y tomando un ropón carmesí con una gorra azul de borla verde se la vistió á Sancho. Sonaron al acto de ponerle el ropón y la gorra (que uno y otro tenían cubierto los pajes con un tafetán sobre una muy grande bandeja) un crecido número de instrumentos músicos, porque el duque traía junto á sí su bien pagada orquesta, que siempre fué distinguida en aquel tiempo de otras muchas; cuya sonata recordó á nuestro gran Sancho Panza el asalto de la Insula Barataria, en que se oyó igual á esta otra.

Acabóse esto, y entraron otros dos personajes, no tan bien ataviados, ni tan barbudos, pues sus ropas talares eran menos lucidas y más usadas, y de un color como leonado; traían sendor incensarios, en los que poniendo buena porción de incienso, incensaron á Sancho, y para que recibiese el sahumerio con más comodidad le tenían asidas ambas manos cada uno la suya, el maestro de ceremonias, y el que representaba la justicia; pero Sancho sofocado del humo y de la investidura tan ceremoniosa, dijo: Señores, no puedo tolerar este incienso, y el maestro de ceremonias respondió: esto es propio de este traje, pero ya se retirarán; y así lo hicieron, quedando el salón de modo que el duque mandó se abriesen unas ventanas como se hizo: inmediatamente después de los incensarios entraron dos doncellas de la duquesa con una concha de plata con agua la una, y la otra con una toalla que traía sobre una bandeja, y asiendo las manos al bueno de Sancho, se las labaron, y después limpiaron; y antes que esto se concluyese entraron dos dueñas á quienes alumbraban dos pajes con dos hachas, y tomándole cada una de ellas una mano le cortaron las uñas, alumbrando con todo cuidado los pajes: prevención extraña, y ceremonia rara (dice Benengeli), digna por cierto de que se usase en los climas más remotos.

Acabadas estas exactas y dilatadas ceremonias, el maestro de ellas llevó de la mano, y mandó sentar en el sillón al recién posesionado, y saliendo todos los personajes por el orden que habían entrado, dió fin la posesión de la consultoría de el gran Sancho Panza, que pudo bien haberle dado de su vida, según lo atosigado que se vió por el mucho humo, y ostentoso aparato con que se celebró.





CAPÍTULO IX

Cuéntase el grave y majestuoso razonamiento que la Academia de la Argamasilla dijo en loor de Sancho, y otras cosas dignas de tenerse en memoria.

Los duques con el mayordomo enviaron la enhorabuena á Sancho, y que le preguntasen si quería tomar algunos bizcochos y vino, ó que le trajesen chocolate, porque era preciso y indispensable siguiese la audiencia para un pleito en apelación que se había de ver; y también porque había llegado casi en posta un enviado académico de la Argamasilla á darle la enhorabuena, y era preciso resolver lo uno, y oír lo otro, sin salir de la sala, ni desbaratar la ceremonia particularmente para la academia que era muy resentida de todo, y que el personaje parece venía indispuesto, y no era cosa de detenerlo, y más no habiendo alojamiento decente que darle; y así que dijese lo que quería.

Sancho envió á decir al duque estaba el más agradecido á sus finezas; que pues lo permitían, que tomaría un poco de vino y pan, ó bizcochos, porque se hallaba del todo desfallecido, y casi atolondrado con el humo de los incensarios.

Oída esta respuesta, se mandó despejar la sala, en la que solo quedaron los duques, Sancho, el mayordomo, y un paje: le entraron vino y bizcochos con bastante abundancia, y Sancho sin cortedad, y con llaneza hizo su deber, y después de finalizado este acto, se volvió á su sillón, las ventanas se cerraron como disipado el humo, entró toda la familia que quiso, y con ella el Bachiller Sanson Carrasco, que admiraba todo el ceremonial; ocupó la justicia del pueblo su banco prevenido, y siguió la audiencia, empezando por la enhorabuena de la Academia.

Entró representando ésta un anciano personaje cubierto de un manteo y sotana negra, senda melena blanca, anteojos con su cordón á las orejas, sombrero grande, y una muleta de sostenerse, bien que para conducirlo venían dos gentileshombres uno á cada lado. Hizo en medio de la sala una reverencia á los duques, y al nuevo consultor un besamanos muy cumplido; y tomando un banquillo que se le tenía dispuesto, empezó así la oración de su embajada en nombre de la insigne Academia Argamasillesca.

SEÑOR:

«La Academia de la Argamasilla conocida en las »partes más distantes de la Europa, y de la Amé»rica por el elogio que hizo de V. S. del incompara»ble don Quijote de la Mancha, y de la sin par Dul»cinea del Toboso, que es el fin del escrito del escla»recido moro Cide-Hamete Benengeli: es la misma »que con admiración y gozo se acerca por mí llena »de respeto y amor á los pies de la alta silla que á »la vista ocupa V. S. por su gran merecimiento.

»Permita V. S. á esta Junta de patriotas suyos y »alumnos del Dios de la alegría, que refieran aquí

»por mí los hechos con que V. S. ha lucido en estos
»horizontes, no para aplaudirlos solamente, sino
»para ponerlos, no en mármoles ni bronces como
»debían, y no hacen por sus cortos medios; sino en
»papel batido y cortado, que también en él se ponen
»las hazañas grandes, que como las de V. S. han
»de dar ejemplo á los futuros siglos.

»No tendrá la Academia aquel digno estilo de
»pintar los héroes que celebra como debían ser, solo
»los pinta y los traslada con la pluma al papel co-
»mo ellos fueron, sin usar de las tintas de la lisonja,
»ni de la adulación, porque las plumas que con ella
»corren más ofenden que alaban.

»La Academia de la Argamasilla ha usado siem-
»pre de la verdad desnuda, procurando no vestirla
»con ropajes que la desfiguren: de este modo piensa
»(y piensa bien) la Academia: con este para ella tan
»plausible motivo de ver á V. S. elevado, y revesti-
»do del pomposo traje que le adorna, y dice bien
»con la decoración suya, atrae á la memoria el có-
»mo se han premiado los que fueron útiles al esta-
»do, y á la patria».

»Honró V. S. á la suya y territorio nuestro con su
»nombre, y en todas partes donde se halla la singu-
»lar historia de nuestro académico honorario y pa-
»triota el *Caballero de los Leones*, se halla más re-
»petido que el de Alejandro de Macedonia el de
»Sancho Panza.

»Honróla V. S. también con sus hazañas y con
»sus discursos: cuando nos pinta á V. S. el moro
»Benengeli (á cuya sola pluma destinó la fortuna
»tanta gloria) defendiendo la Insula Barataria en el
»asalto de sus contrarios; ¿no nos pinta un retrato
»del valeroso Aquiles, fiando á la punta de su lanza,
»como V. S. fió á la suya, el castigo de sus enemigos?

»Si la Academia, señor, le compara con aquél, lo »hace con bastante diferencia, porque mira á V. S. »para la defensa, sólo cubierto de la endeblez de un »pavés de dos simples tablas, al tiempo que registra »á Aquiles en sus lides, asido á su fuerte escudo, »cubierta de hierro la cabeza, y forrado de acero to- »do el cuerpo.

»No menos honró V. S. á su patria con sus discur- »sos, que con sus hazañas: píntanos á V. S. el mis- »mo Benengeli, gobernando la Insula Barataria, de »modo, que no se podría pintar mejor á Solón grie- »go, dando leyes y sabias providencias para deste- »rrar la ignorancia de los hombres, y acercar más y »más el conocimiento para el trato humano: díganlo »las que V. S. dió para la fingida mujer forzada, las »del perjuro de la caña hueca, y otras que hicieron »temible su penetración. Pero así como la Academia »halló en V. S. ventaja al valeroso Aquiles, la ha- »lla también mayor al sabio griego.

»A éste le pagaban los pueblos la enseñanza; pero »á V. S. como la fama dice, que todo lo pregona, »¿quién pagó estipendio, ni ofreció salario en pago »de sus desvelos y enseñanza, como á los demás »gobernadores? Nadie pagó á V. S. ni tampoco tuvo »como el sabio Solón otros doctos griegos que le »ayudasen en la empresa: con que la Academia sin »el recelo de que la titulen lisonjera, dice que V. S. »fué más esforzado que Aquiles, y más distinguido »en el mandar que el sabio griego. Así dice, y cele- »bra la Academia.»

Calló el anciano académico; y como Sancho nada decía, prosiguió: Señor ¿qué responderé á la Academia que me envía? Sancho callaba (dice la historia) en cuya vista, dijo el mismo académico: hablad,

Solón manchego. Levantóse Sancho, y haciendo una profunda reverencia á los duques, dijo: Decid buen hombre á la Academia que os cuide mucho, que estáis muy viejo, que estimo lo que en su nombre me habéis mentido, y qué le pida á Dios que sea como decís que soy.

Retiróse el académico sostenido de su muleta, y los gentiles-hombres con la misma torpeza que entró haciendo antes á los duques una reverencia, y un besamanos á Sancho; pero al salir el académico de la sala tocó el duque una campanilla por medio de un cordón que tenia pendiente junto á su asiento, y al instante se oyeron unas voces fuera de ella que decían: *Audiencia pública de apelación*, que repitió tres veces el portero que las daba.

Entró por la puerta un hombre mozo, decentemente vestido, y con mucho desenfado, dijo: Señor, aquí estoy en grado de apelación de la sentencia dada contra mí por la Justicia que está presente, y levantándose uno de los alcaldes, dijo: Señor esta es la causa de don Lázaro Tramoyas, á quien se le ha mandado salir del pueblo desterrado: la causa es ésta, y alargó un escrito al secretario, que leido decía: Señor, don Lorenzo Tramoyas por cuyo nombre se conoce en este pueblo, y es forastero, tiene una renta limitadísima, cuyo importe se halla averiguado no puede mantenerlo un mes, del modo que mantiene la casa sin incluir los gastos de adorno de su mujer, funciones, bailes, etc. Debe á las tiendas y artesanos algo de lo que gasta; pero se ignora de dónde sale el resto: su mal ejemplo en esto ha viciado muchos vecinos, que por emulación, y no parecer menos, se hallan empeñados: dice que lo hace con su industria; pero no se sabe cuál sea, ni la justicia puede saberla: por esta causa, y que no extienda

este oculto modo de adquirirlo, se le manda salga de este pueblo. Vos, señor, como justicia principal de él, determinaréis esta causa.

El duque preguntó: ¿Don Lázaro es verdad lo que la justicia dice de vuestra renta y gasto? Es así, señor, respondió Tramoyas, pero ninguno se queja de mí, y no haciéndolo, la justicia no es parte para quitarme mi industria. *Visto:* dijo el Duque: ¿Sancho, qué debe resolverse? Levantóse Sancho, y haciendo á los duques el debido acatamiento, dijo: la justicia, señor, es siempre parte por su oficio para quitar perjuicios al pueblo; éste lo es por el mal ejemplo que otros han empezado á imitar, y el daño del mal ejemplo es superior á todo daño. Don Lázaro debe ser arrestado, obligándole á que manifieste esa industria en el término de cuatro días (por escrito) á cuyo fin la justicia le dará en la cárcel papel y tinta á costa de los propios; y si pasados no lo hiciese, sea remitido á uno de los presidios de S. M. donde esté hasta que lo ejecute; y la justicia en la primera audiencia presente el escrito de la industria, ó testimonio de haberse cumplido la segunda providencia, que así lo juzgo se debe mandar por V. A. *Confírmolo*, dijo el Duque, y despejad. Con lo que se concluyó la audiencia, porque los duques conocieron que Sancho estaría cansado, pues ellos lo estaban de tan larga función.

Sigue la historia, diciendo: que retirados los duques á su cuarto, y Sancho con el Bachiller al suyo, donde les esperaba la mesa, le dijo Sancho al Bachiller: ¿qué os parece, Carrasco, de lo que habéis visto? Señor respondió Sansón, como que no lo creyera, si me lo hubiesen contado. Paréceme, Bachiller, dijo Sancho, que hubo algunas ceremonias que podían haberse escusado. Señor, respondió el Bachiller,

¿quién sabe el rito propio de estas funciones? Lo que á V. S. pareció demás, sería tal vez muy preciso. Hola, señor Bachiller ¿qué es eso de señoría estando solos? ¿no os he dicho que me habéis de tratar en secreto como amigo, porque aunque me veo en este estado, me acuerdo del consejo del señor Cura, de nunca olvidar el que tuve, para no ser soberbio? El incienso me atolondró la cabeza, y el personaje que junto á mí estaba me dijo que era propio del traje; pero yo no sé que tenga que ver lo uno con lo otro. Ello es seguro, dijo el Bachiller, que muchos gustan del incienso particularmente los que tienen las cabezas endebles. Yo estuve con mucho gusto oyendo al académico; pero qué bien le respondisteis. Bachiller, dijo Sancho, la verdad le dije, porque en público y en secreto debe decirse siempre; ¿cómo me quería hacer creer que era valiente y sabio? ¡Cómo se pintan las cosas, Bachiller, cuando se quiere! Estas enhorabuenas, las dedicatorias, y elogios que suelen hacer y darse, está el arte de la composición en que la mentira parezca verdad; pero siempre se distingue ésta de la mentira. Respondió el Bachiller prosiguiendo: lo que me pareció mejor fué lo de aquel Tramoyas. De eso, Bachiller, hay que darle gracias al señor Cura, que predicando un día decía, que la justicia debía perseguir á esos industriosos, que suelen ser tahures, ladrones, ú otras cosas: yo me acordé de ello, y me vino de perlas para el caso; pero no creo que pueda él cumplir lo que se le ha mandado.

Mientras estas cosas pasaban con Sancho, entre los duques hubo otras iguales, ó casi parecidas, porque le dijo la duquesa al duque: Señor, he estado divertidísima en la posesión de Sancho, y sus ceremonias, que todo parecía verdad: no hay duda que

el mayordomo tiene idea para estas composiciones; pero estuvo algo picante el lavado de manos, y cortadura de las uñas. Fué muy del caso, respondió el duque, porque don Roque, juez de apelaciones, consultor nuestro, que ha dado en llamarse consejero, es algo puerquecillo de manos; él tomó el papel de maestro de ceremonias, y el mayordomo vió la suya para decírselo claramente, porque está mal con él, á causa de recibir regalos por las sentencias: yo supe la especie, y no me dí por entendido de ello; y á la verdad que si él y su padre no fuesen criados tan antiguos, ya me hubiera deshecho de él; pero es menester disimular algunos defectos, porque es honor nuestro tener criados antiguos. Duque, ¿quién era aquel viejo académico, que no conocí como tenía tan desfigurada voz y persona? Don Roque, respondió el duque, tenía primero este papel, y se lo dió á don Anselmo, porque tiene vanidad de hacer esas composiciones, que es origen de los disgustos con el mayordomo, que le titula palabrota, y como él habla tan mal de la Academia de la Argamasilla, dispuso que de ella también hubiese este paso de su parte, y enhorabuena á Sancho, quien le respondió como yo no esperaba; pero él lisamente dijo la verdad: es cierto que la adulación, y la lisonja la conoce el más apasionado de si, solo que suelen no hallar voces para darse por entendidos de las mentiras que oyen en sus alabanzas, esta es flaqueza humana, que no tuvo Sancho, porque la verdad se suele manifestar cuando menos se piensa, y por la boca, al parecer, más distante de decirla.

Es menester, dijo la duquesa, que siga con Sancho el hacerle creer que es consultor nuestro, porque me divierto con él mucho, y yo no tengo duda en que él se lo ha creído, según se presenta y habla, y

ni más ni menos su secretario el Caballero de la blanca Luna, con quien es menester un tanto más de disimulo, porque parece algo socarrón, y sintiera que tropezase con él, ó con Sancho, nuestro eclesiástico su contrario, y le dijese que lo engañan. Yo os daré gusto en ello, dijo el duque, y le advertiré me le dará en no introducirse en el asunto; pero ahora según me ha dicho el mayordomo, está ocupado haciendo un sermón de encargo para un su amigo, que lo ha de predicar en la función de Animas del pueblo donde os traen las flores; y por lo que me han informado creo se ha de volver loco con él, porque quieren poner por circunstancia del día de la fiesta de Animas una campana nueva que se ha estrenado, y el salir á misa de parida la mujer del mayordomo, que hace la fiesta, y no halla modo de introducir esta verdaderamente ridiculéz, y si no lo hace parece no le pagan el trabajo, motivo porque sólo piensa en buscar, y hojear libros, y no en las cosas de Sancho, bien que seriamente le diré que gusto de ello, y que no os dé que sentir, introduciéndose en el caso.

En este tiempo los pueblos del duque viéndolo de visita en ellos, y oyendo había nombrado un consultor nuevo, á quien habían hecho una función de recibo muy magnífica, se animaron á representar algunas cosas que debían remediar por su residencia. Y aunque Benengeli no pone por menor las que eran, ni si fué por escrito, ó legacía la súplica, no obstante, por lo que se estableció en ellos, se viene en conocimiento de lo que se pedía; y para ello fueron enviados con plénos poderes el mayordomo secretario, el consultor Sancho Panza, y el acompañado Bachiller Sanson Carrasco, llevando repuesto de todo lo necesario. En el intermedio no sucedió otra cosa particular que una que pudo turbar el gus-

to que reinaba en el palacio ducal, y fué, que como la ociosidad es madre y productora de todos los vicios, subió tanto de punto el del rucio con el regalo y buen trato, que queriendo holgarse (como lo solía hacer por las florestas con su compañero rocinante) con uno de los potros que se adiestraban para el servicio del duque, le volvió en torno de sus caricias tantos pares de coces, que á no acudir los mozos de caballos, allí mismo hubiera dado fin á sus rebuznos. Causó á Sancho gran pena el aporreamiento de su asno, porque lo quería sobre las niñas de sus ojos; pero informado de la sandez que le había ocasionado el coceo, dijo á los duques, habiéndole preguntado por la salud del rucio, le estaban bien empleados los golpes, porque juzgaba que era grande atrevimiento el subirse á mayores un borrico, y que no estaba tal que no pudiese hacer el viaje á los pueblos; con lo que solo se trató de ponerlo en ejecución.

CAPÍTULO X

En que se cuenta cómo salió Sancho á inspeccionar los pueblos del duque: las maravillas que vió en la casa de un beneficiado: las acertadas providencias que dió, con otras cosas que deben saberse.

A la hora determinada salieron los tres comisionados, llevando dos criados, y un repuesto tal como quien le costeaba sin escaseces: caminaban divertidos, ya viendo campos eriales, ya advirtiendo tierras mal aprovechadas por la desidia ó pobreza de los pueblos; que todo esto y más se halla cuando se camina si se observa y mira con cuidado. En esto descubrieron que por una vereda que daba vuelta á un repecho les salía al encuentro un clérigo de edad madura, el cual venía en una poderosa mula castaña con su quitasol y alforjas, aparatos propios de caminantes acomodados.

Éste á lo que se vió después era un clérigo de juicio volante, que gozaba un beneficio simple, que así suelen llamar algunos á las rentas de iglesia, que no tienen cuidado, ni residencia; mas no dice Benengeli de qué pueblo ni iglesia era, sólo sí dice que conoció al secretario del duque, por cuya causa se deja conocer sería del territorio inmediato al castillo, y

que llegándose á él parando su famosa mula, le dijo, que pues tenía la fortuna de haberlos encontrado tan cerca de su casa, le habían de hacer el favor de descansar en ella, donde comerían con él, y tendría la satisfacción de manifestarles su primoroso Museo, que tal vez habrían oído celebrar, por las muchas y raras alhajas antiguas que en él tenía, seguro de que no habría en la Europa ni fuera de ella quien tuviese sus semejantes: que tenía dispuesto hacer de él una colección arreglada, y dejarlo por su muerte á un convento de religiosas descalzas, donde tenía una sobrina siendo prelada, para que allí se guardase, y siempre se custodiase con el cuidado y decencia que merecía un cúmulo tal de preciosidades, que le habían costado tanto dinero y trabajo su adquisición.

El mayordomo le dió gracias por su oferta, y ya por descansar, ó por ver tan raras cosas como le decía, aceptó el convite, y siguieron juntos el camino, porque era el mismo para todos, pues según el itinerario de nuestros caminantes, habían de pasar por el pueblo y casa del que los convidaba.

Al fin llegaron á ella, y vieron una casa llena de comodidad, con buenos muebles, surtida de aves, y con bastante número de sirvientes y mozos de campo, en lo que conocieron ser nuestro beneficiado hombre rico. Empezóse la conversación común de cortas cosechas, muchos pobres, el ningún cuidado de poner arboledas, construír puentes, allanar caminos, el abuso de beber vino, y otras cosas que siempre, y en todas partes hacen la primera conversación, después de hablar del tiempo según su estación. Siguióse la hora de comer, y fué en una abundante mesa, que á no haber sido tan inmediato á su llegada, podría discurrirse se habían dispuesto

tantos y tan distintos platos para cortejar los huéspedes; pero el mismo beneficiado les aseguró era su comida ordinaria la que veían, y que aun faltaban algunas añadiduras de pescado fresco y frutas, por haber caído malo un criado que sólo tenía para esto con una buena mula andadora; pero que su genio poco aficionado á profusión, ni excesos, lo tenía reducido á sólo aquello que les ofrecía con voluntad siempre que quisiesen, y pasasen por el pueblo.

Comieron todos abundantemente, y en el intermedio hubo vino común manchego, en que el señor beneficiado hizo su deber; pero al finalizar la comida se presentaron al eco de un silbido que dió dos mozas rollizas iguales en edad y traje, conduciendo un salvillón con vinos generosos, un azafate lleno de tiernos y blancos bizcochos, y un formidable pipón de tabaco de hoja para el señor beneficiado, quien hizo la salva con un vaso del primer orden, á que correspondieron con otros más pequeños nuestros caminantes; pero el beneficiado, como creyéndolo cortedad de buena crianza, dijo: Señores, señores, la cortedad de vuesas mercedes es igual en el comer y beber: en mi casa no deben vuesas mercedes tener ninguna, respecto de mi voluntad y llaneza con que los he tratado, repetiré al favor que de vuesas mercedes recibo, y pasemos á ver mi museo, y tomando otro de los vasos de á folio entero, lo depositó en su vientre que era capaz de contener otros muchos, porque era grueso de cuerpo, aunque pequeño; pero el vientre aun era mayor de lo que correspondía á él.

Tomó la pipa ya llena de tabaco por una de las dos doncellas, y conduciendo la otra en unas tenacillas pequeñas un ascuón grande, empezó el humo, las toses, y salibones, y entre ellas, teniendo el

señor beneficiado encendido el rostro, dijo: aunque vuesas mercedes no se admirarán de las muy particulares cosas que hay en mi museo, tengo por cierto les dará mucho gusto el registrarlas, advirtiendo á vuesas mercedes ha tenido las mayores laudatorias mi buen gusto, por varios sujetos que lo han visto.

Yo no he querido gastar mi dinero en pinturas, aunque son propias de estas piezas Museos y gabinetes, porque en empezándome á mí con Ticiano, Rafael de Urbino, Micael Angelo, Murillo, Rivera, y otros célebres pintores, me parece que me engañan, y quieren valerse de su nombre para llevarme mi dinero, que sólo guardo pára cosas seguras y ciertas, y no para dudosas, como se nota en las obras de estos pintores, que siempre hay disputas sobre su verdadero autor: así lo hago, y así lo juzgo, *salvo meliori*, etc. Y para evidencia de lo dicho: *Operibus credite*, *etc. non verbis*, y sacando de una gaveta que tenía en una papelera en su cuarto mismo una llavezuela de bolsillo, dijo: ésta es hecha de una herradura del famoso caballo Babieca, que sirvió en sus campañas al señor Rodrigo de Vivar, con quien yo tengo algún entronque por el apellido Cid que me viene de una abuela, pues ya saben vuesas mercedes que fué llamado el Cid Campeador; y aunque hay quien dice que el Cid es equivalente á Capitán, y aquello de Campeador como que dice Capitán de campo, en realidad fué héroe grande en el campo y en poblado mi pariente, por cuya causa estimo hasta las herraduras de su caballo: esta me la dió un predicador valenciano, oriundo de la capital, que tuvimos aquí hace tres cuaresmas, hombre grande, predicador sin segundo, quien habiéndole dicho mi parentesco con el Cid me hizo

este regalo, porque siempre se muestran agradecidos á los curas y beneficiados que les hacen favor; pues deben saber vuesas mercedes que si cuando predican no hacemos admiraciones, nos miramos unos á otros, y como que nos reímos, creen estas gentes que no lo entienden, que el predicador no dice cosa de provecho, y no juntan limosna en el lugar, yo hice lo que pude, y me dió lo que estimo más que cuanto tengo.

Abrió la puerta nuestro beneficiado, y se dejó ver una sala bastante capaz, y en ella no con mal orden, y sobre repisas colocadas varias urnas de todos tamaños y formas, con sus coberturas de lienzo como gasa por razón de las moscas, y manifestando la primera, dijo: Esta urna que vuesas mercedes ven contiene un pequeño pedazo de la tinaja en que estuvo metido Diógenes, que además de no tener en ello duda por habérmelo dado persona segura, se conoce ser suyo, porque tiene en aquel extremo, como vuesas mercedes pueden reconocer con este cristal de aumento (y les presentó uno), un como escupido de sangre, porque según autores murió de mal de pecho echando sangre por la boca.

En aquesta ven vuezas mercedes, y señaló otra, una raspa del pez rémora que detuvo la nave de Alejandro, junto á sí tiene un palillito de limpiar dientes, que fué del uso del emperador Motezuma, y también es suya aquella correa que está con él, y le acompaña aquel manojo de plumas que son de los pollos de Marta, á quien la polilla va consumiendo, no obstante mi mucho cuidado.

En esta otra está un pedazo de la redoma en que dicen se hizo picar aquel célebre mágico-químico, que dijeron era marqués de Villena, cuyo caso manifiesta la antigüedad de este marquesado, pero no

sé si dirá verdad: dicen que hay historia de ello, y yo lo tengo por no seguro, aunque en cuanto á la parte de redoma no hay duda, pues si no sirvió para aquello, pudo servirle para otra cosa, y está á vista de vuesas mercedes, yo es cierto que hasta ahora nada de esto he visto escrito, ni impreso, ni de mano; pero dicen que hay historia muy extensa de cómo fué el caso.

Aquí en ésta tengo, dijo señalando á otra: un pedazo de la bolsa en que tenía Judas Iscariote los peines, y aquel zapato que está junto á él, es del arzobispo don Opas, que tenía puesto el día que se perdió la última batalla, que ganó el prudente y esforzado general Tarif, según nos dicen, y á la verdad que el tal arzobispo usaba de remiendos en los zapatos, señal de que aunque fué malo, como dice la historia, en la parte de no ser desperdiciado ni vano cumplió bien.

En esta cajeta están cinco agujas que fueron de las hijas de Dario, vencido por Alejandro, un manojo ó madeja de hilo de calcetas deshechas, de las que usaba Alejandro, á quien componían la ropa, á cuyo estado vinieron, como dicen que lo afirman varios autores antiguos.

Todo esto lo hube de un espolio de un monseñor italiano, que vivía en Roma, curiosísimo, vendiómelas un milanés amigo del padre predicador valenciano, que con carta suya llegó aquí, hospedéle en casa, y él, más necesitado de dinero que de preciosidades, me las dió en muy poco; pero no tanto que no pasase de mil ducados, con lo que él pudo mantenerse algún tiempo en la Corte á donde pasaba á solicitar su acomodo: era un hombre muy sabido, había viajado mucho, y tenía gran propensión á la ciencia anticuaria que profesaba. Quedó en

escribirme y no lo hizo, sin duda hubo de morir á poco de haber llegado á la Corte; porque si no no hubiera dejado de hacerlo, según lo agradecido que fué. También me dió gratis dos cabos de vela de las que sirvieron en el sacrificio de Efigenia, que están en ésta, y asimismo hay en ella un pedazo de la lanza de Aquiles, que metida en agua, lavando con ella la picadura de la tarántula, la cura instantáneamente.

Y en esta última tengo una manga de la camisa que tenía puesta Lucrecia cuando Tarquino la hizo aquella supercheria. A mi fe, dijo á este punto Sancho (que había estado con la boca abierta y como fuera de sí oyendo la maravillosa explicación del beneficiado), que si nuestro Don Quijote viviera en aquel tiempo, que no se hubiera reído el señor Tarquino de semejante fechoría, porque uno de los principales institutos de la orden de caballería era acorrer á las cuitadas doncellas: así es verdad, respondió el Bachiller Sansón; y el beneficiado prosiguió: Y de ser de ella da testimonio una sonadura de mocos que ahí se manifiesta, pues con la pena de caso tan extraño, no se acordó, sin duda, que tenía pañuelo. Esto lo compré á buen precio á un caballero, que supo, según me dijo, por el padre predicador, mi afición á las antigüedades, venía de paso, y aunque se lo rogué, no pude conseguir se detuviese, porque llevaba la máquina de la cuadratura del círculo, que había de servir para un plan de navegación aerostática, que decía estaba haciendo otro caballero francés, y corría prisa su llegada para hacer el cómputo.

¿Quién son esos señores retratados, señor beneficiado? preguntó el mayordomo. Este es, dijo aquél, Guillermo Rutimbau, que fué el primer conde de Pe-

rruc en Francia, cuya dignidad le dieron por haber ideado las pelucas, de que ha resultado el aumento de un nuevo gremio que no había, que tienen habilidad para hacerlas y peinarlas, y otras correspondientes á esta utilidad extendida en hombres y mujeres; y este otro es el famoso Juan Bautista Mailde, inventor de la máquina de amolar tijeras y cuchillos, que ha producido á sus patricios mucho dinero, porque los nuestros no quieren aplicarse á esto que tienen, como á cosa de poca estima, y se están en esta creencia, y los otros se alegran mucho de que lo estén, y de que no despierten de su sueño.

Concluyóse por entonces la visita del especialísimo museo, por parecerle al mayordomo era ya hora de seguir su camino; y dando al señor beneficiado muchas gracias, le celebraron su buen gusto, y utilidad que recibía la nación en tener dentro de sus dominios tan importantes alhajas, despidiéronse de él, ofreciéndole Sancho cuanto valiese, y siguieron su camino al pueblo á que se dirigían, sin que en todo él hubiese sucedido cosa digna de contar, sino lo que á Sancho y al Bachiller se les ocurrió de la locura del señor beneficiado, que aunque el moro lo apunta, no lo dice, sólo sí que llegaron al pueblo, que fueron bien recibidos de la justicia, con buen alojamiento en sus casas: que el mayordomo se informó de todo, y oyó á los alcaldes, y que después de esto se determinó se hiciesen y fijasen como por residencia y nuevo gobierno los edictos siguientes:

Que todo vecino pudiese labrar cualquiera tierra erial dando á su dueño la sexta parte de cosecha en especie, y no en dinero, después de pagado el diezmo á la Iglesia: que no pudiesen ellos, sus hijos y nietos por línea recta, ser despojados de estos terrazgos pagando su tributo al dueño: que pudiesen

poner en los zarbes, veredas y pedazos útiles de la misma tierra erial, árboles de toda especie, cuya propiedad fuese de quien los puso, y en caso de dejar la tierra se le pagasen á justa tasación.

Que todas las tierras que estaban á dinero fijo se redujesen á frutos por la misma sexta parte de cosecha, y que no pudiesen pedir en juicio arrendamientos en dinero, con privación de empleo al juez que admitiese la instancia.

Que los padres de familia recogiesen de las calles los muchachos y muchachas, destinándolos á las casas de misericordia, ú hospicio inmediato los que se hallasen, donde se les aplicaría á algún trabajo proporcionado á su edad y sexo; y en caso de que los padres reincidiesen en permitirles la libertad que hasta de presente habían tenido, de donde se producían muchas culpas, malas voces y otros daños, se les multase ó impusiese otra pena corporal á beneficio de los alguaciles encargados de esto; para cuyo fin se nombraran hombres de buena conducta y acreditadas costumbres; pero que bajo ningún pretexto fuesen artesanos, para excusar de este modo el mismo daño que quiere remediarse, pues algunos dejan sus oficios sin causa legítima, y sólo por sus fines particulares.

Se mandó que todos los artesanos señalasen con cintas sus respectivos ejercicios, y se multó á los que sin tenerlo usasen la divisa, con cuyo modo de gobernarse serán conocidos los vagos, y su persecución se encargó á dichos alguaciles.

Se nombró un juez que sólo entendiese en el procedimiento de éstos, y se le dió facultad para castigarlos según su delito, haciendo por sí y ante sí las sumarias, sin condenación de costas, cuyo salario y gastos se librasen de penas de cámara y gastos de justicia.

Estas ordenanzas se extendieron á los demás pueblos de la jurisdicción en el breve término de seis días que tardaron en inspeccionarlos, y dirigidas al duque las devolvió aprobadas, hechas aquellas diligencias y pasos que para ello eran precisas, y quedó gustoso de que sus pueblos hubiesen quedado contentos con estas providencias, que no dice Benengeli si fueron dadas por el consultor Sancho, por el mayordomo ó por el Bachiller, pues el tal moro á la mejor ocasión calla, y no dice lo que se desea saber; sólo afirma que se llenó de gozo el castillo, sabiendo lo bien que Sancho había desempeñado su comisión, y lo cercana que estaba su llegada, que, en efecto, se verificó con general regocijo de todos en el término de tres días; pero que quien le tuvo mayor fué la duquesa, porque al propio tiempo recibió una carta de Teresa Panza, respuesta á otra que le escribió Sancho por medio del Bachiller el día de la posesión, cuya carta-respuesta dice así:

Sancho: Llegó tu carta tan lindamente; tu hija está buena, y el señor Cura que recibas memorias de todos, y que no te olvides de lo que te pedí, que me hace falta, y si mi señora la duquesa tuviese alguna ropa vieja que no le sirva, que me la envíe, pídesela, porque Sanchica está que es una mala vergüenza el verla.

Maese Nicolás ha vendido el potrillo fiado, y ahora ha tenido que sentir con la sobrina del amo la Antonia Quijano, sobre una bacía que dice se llevó de su casa, y la piden para no sé quién, y ha venido justicia de no sé dónde, y está que toma el cielo con las manos, y no quiere que se diga, llora como una Magdalena por la tal bacía, y se ha puesto mala.

Me ha dicho que á las monjas donde tiene sirvien-

do á su hija, les ha caído heredado un marquesado que era de una religiosa, y lo ha dejado para que se venda, y se componga el convento, que se cae sin remedio: lo quería el señor Francisco el albañil, que, como sabes, según dicen, se halló un tesoro en el cerrillo, y ya quiere marquesear; pero no quieren vendérselo, porque lo quiere á cuenta de obra, y las monjas quieren dinero: dicen que lo darán por muy poco, bien pudieras tú comprarlo, y hacerte marqués, que eso no es como el coche, que come: por amor de Dios, Sancho, que lo compres, que no te pediré más en mi vida si lo compras; porque quiero ser marquesa. Sancho, respóndeme, y que no se te olvide esto, ni lo otro de la ropa, y si has de comprar la marquesía, avísamelo para mi consuelo y el de tu hija, que ipa por señoría. Recibe memorias de Julián, que escribe ésta, que el señor Cura lo ha hecho monaguillo, porque el otro se fué con los soldados.

Sanchica dice que cuidado con la ropa, y que el señor de las perlas no ha parecido, ni ha escrito al señor Cura que te envía memorias, y dáselas al Bachiller; y adiós, que hubiera querido verte vestido de consultor; pero Dios querrá, que todavía hay sol en el peral dándote Dios vida; y á sus altezas que Dios se lo pague, y cuidado con el marquesado, Sancho mío.—Tu mujer la consultora doña Teresa.

Leída una y dos veces la carta, mandaron los duques se enviase á Sancho como si tal cosa se hubiese hecho, y dieron nuevas disposiciones para seguir las burlas, empezando la duquesa por la de esperanzarlo en la compra del marquesado, y que Teresa sería socorrida con ropa para ella y Sanchica. Así lo hizo; pero esto se lo dijo en parte donde nadie lo oyese, advirtiéndole lo callase, y que el duque esta-

ba muy empeñado, y para comprárselo era menester mucho dinero, que vería cómo podía juntarlo, y que cuando no fuese marqués, no faltaría qué ser, que todas las cosas no pendían en el ser marqueses, pero que disimulase, porque así convenía.

Sancho lo ofreció, aunque sentía ciertos impulsos de no poder hacerlo por su natural flaqueza, y hallándose con el Bachiller, que lo esperaba entretenido en una antesala mirando unos cuadros, en que bajo de diferentes figuras se veía el mundo al revés, porque en unos servían los hombres de bestias y las bestias de hombres, y en otros las mujeres parecían hombres y los hombres mujeres, se retiraron, y haciendo varios discursos sobre ellos, les vino el sueño y se recogieron. El duque y la duquesa, por otra parte, hablaban en el modo como habían de divertirse, tomando el pretexto del envanecimiento de Sancho y Teresa en querer ser marqueses; por lo que acordó el duque era preciso seguir á Sancho su humor marquesil; pero ocultándose su consentimiento, porque era cosa seria, y no quería ser sindicado en este caso, aunque era preciso conociesen todos era una comedia, bajo la cual se reprenden los vicios.



CAPÍTULO XI

Donde se cuentan las discordias ocurridas sobre la adquisición del yelmo de Mambrino, y cómo se colocaron en la Academia de la Argamasilla las armas de su individuo Don Quijote con gran pompa y regocijo.

Mientras estas cosas divertidas y alegres pasaban en el palacio-castillo de los duques, dice Benengeli, pasaban otras tristes y melancólicas en la famosa célebre población de Argamasilla, depósito de la sin igual Academia, archivo de los Anales manchegos y célebre Museo-Biblioteca, conocido y aplaudido por las naciones más remotas. Fué el caso, que reconocida la sobrina y heredera de Don Quijote al nombramiento que la Academia le había enviado de su individuo honorario, cuyo título ó patente se halló entre sus papeles, le pareció como justo y correspondiente á ella hacerle una graciosa donación de las famosas armas que á su tío habían servido y dado tanto lustre á toda la Mancha, y aunque hay quien dice fué instancia que sobre esto le hizo la misma Academia, también hay quien asegure fué donación de motu propio, y en calidad de intervi-

vos irrevocable, y este asegurador que así lo expresa, es el celebérrimo manchego el reverendísimo Cidra, conocido por su *Florilogio manchego* que dió á luz con tanta utilidad pública, y lo pone más extenso en el segundo tomo, hablando de la Flor Dulcinea Tobosina, su virtud y propiedades, fol. 432.

Como quiera que esto fuese, y por las causas que lo motivaron, lo cierto es que la señora Antonia Quijano se desprendió de las armas, y las envió á la Academia, nombrándolas, á saber: «Un peto y es»paldar de acero sin colar con algunas abolladuras, »al parecer de golpes de lanza. Un morrión liso, y »sin babera ni encaje; pero plumado con tres plu»mas dos encarnadas y una verde. Un lanzón con »lengüeta de hoja de oliva algo despuntada. Una es»pada de jinete también despuntada con vaina de »pellejo de culebra.» Las mismas que dijo ser, y haber servido á su tío el hidalgo Alfonso Quijano, y que no enviaba el famoso yelmo de Mambrino que usaba su tío, y ponía sobre su cabeza, á causa de haberlo sacado clandestinamente de su casa maese Nicolás, actual sangrador y barbero de Montiel, á quien aunque se lo había pedido muchas veces, se desentendía de su entrega con risas y pretextos; pero que quería que la Academia lo recogiese también y demandase al dicho maese Nicolás, para que, unido todo, fuese de dicha Academia, á quien repetía la dicha donación, en que se afirmaba del expresado yelmo y armas.

Con cuyas preseas apreciables, la misma Academia dispuso se aumentase su museo de cosas particulares, y se colocasen en la misma biblioteca argamasillesca; para cuya solemnidad y colocación dispusieron, después de una junta general de académicos, el cómo y cuándo habían de ponerse y colocarse,

para perpetua memoria de héroe tan valiente, que se le diese poder y comisión en forma al licenciado Cachidiablo, académico de la Argamasilla, para que demandase, y pusiese en cobro del dicho maese Nicolás el expresado yelmo; para lo que le dieron su poder en forma, que se sentó en la acta de aquella junta (que según parece es la 23 del tercer tomo de ellas) y se le librase el costo que dijese tener y haber gastado en ello, y la colocación que de las armas se había de hacer públicamente, para que constase á todo el orbe el paradero de las armas del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, Caballero de los Leones, y ex de la triste figura. Parece, según el original de esta puntual y verdadera historia, que con efecto se requirió á maese Nicolás para la entrega del famoso yelmo, despachando para ello requisitoria judicial á instancia y pedimento del licenciado Cachidiablo, que hizo ver la donación de la señora Antonia Quijano, y el poder particular y comisión que tenía del Plañidor ex-presidente, y de los señores Paniaguado y Caprichoso, académicos de honor de la propia Academia argamasillesca, para el cumplimiento de entrega de esta donación; y hecho el requerimiento á maese Nicolás, y tomado el juramento del contenido en dicho requisitorio: dijo que era cierto que había tomado de la casa mortuoria del hidalgo Alonso Quijano el expresado yelmo, no como tal, sino como bacía barberil, que había adquirido con el justo título de ser perteneciente á él, como práctico en su oficio, de que todas las herramientas de hacer la barba, como bacía, paños y navajas, que son propios de un hidalgo muerto, recaigan en posesión y propiedad del barbero que lo sirvió vivo, aun cuando sean de oro ú fina plata, de que pudiera producir muchos ejemplares,

y ninguno de que en contra de dicha práctica haya ley que lo desdiga; y más cuando el dicho hidalgo Quijano le debía tres años de iguala concejil, que eran seis ducados, como constaba por el libro de sus asientos sin incluir algunas asistencias de su persona y familia, y varias curas de contusiones de palo ó piedra que había curado á su caballo llamado Rocinante; cuya deuda ascendía en mucho al valor del dicho Baci-Yelmo que se le pedía; y que el estar en su poder causaba un beneficio público, que fuera de él y en manos de la Academia no causaría; porque el expresado hidalgo en varias conversaciones que con él había tenido le había sigilosamente declarado, que según afirmaban varios libros, y particularmente el *Despertadorcillo* y otros, cuyos nombres no tenía presentes, que el dicho Yelmo-Bacía tenía entre otras muchas una virtud igual á la que para ahuyentar nubes tormentosas tenían las campanillas que traen de Italia, y llaman de Caloto, que tocan y tañen en los días tempestuosos, cuya virtud también se comunicaba á todas las copias y semejantes al dicho Baci-Yelmo, cuya codicia le había movido á cobrarle de aquel cobarde follón, que sin duda lo llevaba robado: y que todo el tiempo que estaba en su poder se había ejercitado en tocarle, lo que sería extraño, y tal vez mal visto, que una Academia compuesta de varones sabios y empleados en cosas de otra substancia y literatura se entretuviesen, dejando las utilísimas ocupaciones de su instituto, tocándolas para que se hiciese común la tal virtud de los tales Baci-Yelmos. Que era público y notorio los que había tocado no sólo en la provincia de la Mancha, sino en otras, y se habían verificado al parecer tan saludables efectos, mediante á que se veían por esta causa en casas de muchos vecinos

colgadas al aire en las puertas y ventanas de ellas; por cuya detención y impedimento que al dicho útil público se le hacía, en toda forma se oponía á la entrega del dicho yelmo, y estaba pronto á pedir más ampliamente en juicio, cuya declaración hizo y firmó, devolviéndose con ella el dicho requisitorio al expresado licenciado Cachidiablo, quien habiendo parte de todo á la Academia, y tener dispuesta la colocación de las armas como estaba resuelto, le parecía que ésta se hiciese sin el expresado yelmo, mediante á que *suadente diabolo*, se había opuesto á su entrega el expresado maese Nicolás, y que en la decisión y sentencia del recurso se gastaría mucho tiempo por ser punto controvertible, y casi interminable, en lo que la Academia podía resolver lo conveniente.

Esta, habiendo oído al licenciado Cachidiablo, visto y leído por dos veces la repulsa y alegatos de maese Nicolás, y la expresión y práctica que decía haber de adquirir en posesión los barberos los instrumentos barberiles de un hidalgo muerto, habiéndolo servido, el adeudo de igualas y curas de Rocinante, etc. resolvió que se hiciese la colocación de las armas que en el día tenían para el día domingo primero por la tarde, sacándolas de la casa del dicho Cachidiablo donde se hallan depositadas, y que se dispusiese con toda solemnidad y decoro la colocación en el Museo-Biblioteca, así por el carácter de dicha comunidad, como por las mismas armas, que debían ponerse en forma de trofeo.

Dispúsose como lo mandó la Academia, y con el siguiente modo se hizo tan plausible función, á que con la noticia de ella concurrieron muchos de los pueblos vecinos, y otros distantes.

Iba primeramente la gaita gallega, requisito pre-

ciso en toda función mancheguil, con un crecido número de muchachos bailando en confusión al toque de ella: seguíanse los dos académicos Monicongo y Porfiado, coronados de pampanas con varas en las manos apartando los muchachos, y otros que impedían el paso: se seguían como unas ocho ó diez mujeres con sus panderos y castañuelas bailando al son de la gaita que alternaba de uno en otro: venía después la Academia como en el número de cuarenta, todos con sendas melenas y corbatas, capas del mejor paño de Chinchón, y unas monteras que se hicieron para este día del mismo paño y vuelta de felpa, parecidas en todo á un morrión alzada la visera, cuya moda acordó se estableciese, y después se siguiese en remembranza del de Don Quijote su patricio y héroe manchego, traía en bandejas los mismos académicos el peto y espaldar; y el Moscardón actual presidente traía puesto el morrión, ceñida la espada que colgaba de un tahalí de cuero, y la lanza en la mano; pero éste no traía capa, sino una sotana negra ligada al cuerpo con un ceñidor encarnado con flecos que caían á la parte izquierda. Este lucido acompañamiento, y esta formación llevaron para su colocación las armas quijotinas, dignas sólo de guardarse por tan distinguida Academia.

Colocáronse con gran pausa encima de la segunda puerta del Museo-Biblioteca, y se suspendieron con un cordón grueso de hilos de seda que afianzaban unos fuertes clavos que ya estaban prevenidos, y se pusieron por la mano del propio moscardón presidente, quien simétricamememente colocó en el extremo superior del cordón un pergamino con unos caracteres góticos que escribió el donoso académico, poeta entreverado, y decían... «Estas son las armas »de nuestro académico honorario el señor Alonso

»Quijano, conocido en todo el mundo por Don Qui-
»jote de la Mancha, Caballero de los Leones. Hizo
»con ellas muchas hazañas y enderezó muchos tuer-
»tos que había en perjuicio de pupilos y doncellas:
»fué honor de esta provincia y envidia de todas las
»demás.»

Concluido este acto, y tomado el correspondiente testimonio de depósito que dió en toda forma el secretario de la Academia, se retiraron con la propia ceremonia á la casa del licenciado Cachidiablo, donde se sirvió á los académicos un espléndido y exquisito refresco, y á los demás se agasajó con un cucurucho de tostones y vino del país: al día siguiente hubo baile público, y al otro novillada, y por la noche función de pólvora.

Mas como el enemigo común no puede ver que reine la tranquilidad, y sólo piensa en los medios de turbarla, para que los vivientes racionales se precipiten, y gocen las humanas glorias, dispuso que el que cuidaba de la Academia, que ocupaba la vivienda baja del gran salón donde se conservaban, no sólo los anales manchegos, sino otras cosas tan importantes y preciosas como las armas del bravo Don Quijote, diese alojamiento á unos manchegos extraños que conducían la yerba y palo de tinte para fortalecer y dar color á los vinos, cuya operación consiste en cierto cocimiento y mistura de aquellos ingredientes; y como la antigüedad de la casa, lo reseco de las maderas, y mucho fuego con que se hacía esto, dispusiesen la materia para arder con poca llama, en una noche que se hacía uno de estos cocimientos, quedándose dormido el que cuidaba del fuego, se comunicó á la leña inmediata, tomando tal fuerza que despertando al dormido manchego, sólo tuvo tiempo para hallar la puerta, pero

no para evitar la ruina que desde luego fué irremediable.

Envuelto todo en voraces llamas, quedó reducido á cenizas cuanto contenía el edificio, y se creyó valer más que cuanto se quemó en la abrasada Troya. No pudieron las armas quijotinas deshacer este tuerto que les hizo el inconsiderado conserje: creció el dolor argamasillesco, habiéndose cundido haber sido vecinos de Montiel los incendiarios, sentidos de que se hubiesen sacado de su pueblo las armas de tan valiente patricio: no bastaron providencias políticas ni militares para contener á los de Argamasilla, que combatieron á los de Montiel, alegando que Don Quijote no era de aquella población, por cuya causa no debían parar allí sus armas, sino en la Argamasilla, donde era académico y tenía su alcurnia, como hijo de Antón Quijano, cuadrillero de la Santa Hermandad. Ultimamente, el juez á quien se encargó la pacificación de estos pueblos, fijó un cartel declaratorio que decía que el valeroso Don Quijote no tuvo patria, que sólo se supo había nacido en la Mancha, según lo cual, todos lo podían llamar su patricio; y que maese Nicolás entregase el yelmo, dándole la Argamasilla seis ducados por una vez, el cual se custodiase en las casas de ayuntamiento para memoria de las armas pertenecientes al famoso Don Quijote: en esto pararon armas tan lucientes y Academia tan brillante y respetable.



CAPÍTULO XII

En que se prosiguen los sucesos de Sancho, y se apunta la tentación en que el mal dimoño le tuvo á pique de caer; y lo que pasó entre el Cura y el barbero para salir del empeño en que les puso la mala tentación de Sancho.

Juro, dice Cide-Hamete, empezando este capítulo, que estoy por no creer lo que escribo; porque, ¿cómo he de creer que no contenta la fortuna con haber hecho consultor á Sancho, lo asomase á la ventura de poder ser marqués, y luego por fines que se dirán, lo pasa al gremio de barones? Fortuna, fortuna ¡cómo te burlas de los mortales! haces bien pues puedes, y ninguno tiene arbitrio de caminar en este mundo miserable sin tu gusto.

Dice la historia, que á pocos días del recibo de la carta de Teresa, entró Sancho en el cuarto de la duquesa y le dijo: Señora, estoy como fuera de mí con lo que dice Teresa en su carta de que compre el marquesado de las Monjas, sin pararse esta mujer en si tendré ó no para comprarlo. Ahí es nada lo que las madres mías pedirán por él, y cómo he de juntar yo prestado lo que sea, porque aunque vuestra alteza me ayude con algo, siempre será mucho

lo que habrá que dar: ¿con qué la vestiré después, si lo que gano se me va en pagar á quien debo? Dejarla de vestir no puede ser, porque andar desnuda una marquesa es cosa muy fea, y parece mal. Dices bien, Sancho, dijo la duquesa; pero al fin reconoceré mis alzados, y puede ser que halle para prestaros algún dinero, que á bien que en casa nos quedamos, y tú me lo pagarás poco á poco calladamente, porque no es justo que se sepa ni el préstamo, ni haberlo comprado así; pero es menester saber primero lo que vale para hablar en ello: en cuanto á ropa no tengáis cuidado que yo tengo muchos vestidos desechados que están por repartir, y supliré enviando á Teresa y Sanchica los bastantes para presentarse como corresponde: cuando le escribas no le toques nada de esto, que yo en mi carta se lo diré, y si lo haces encárgale mucho el silencio, que importa más de lo que pensáis en este caso: mañana haré disponer un baúl con la ropa que les pueda servir, y le enviaré con Ginesico, que además de ser muchacho de mi confianza, sabe el camino y conoce á Teresa, por ser quien le llevó la sarta de corales, y demás que la remití en otra ocasión, con eso va seguro, y tú puedes escribirla lo que te parezca.

Quiso Sancho arrojarse al suelo para besar los pies á la duquesa; pero no lo consintió, antes le dijo: vete y escríbele, que yo voy á lo mismo antes que el duque venga del otro castillo á donde ha ido para disponer se me traigan algunas cosas con que adornar éste, y que venga doña Rodríguez que me hace bastante falta.

Quedó Sancho como pasmado, y con tanta humedad en los ojos, que hilo á hilo le caían las lágrimas, porque mejor que un pesar suele á veces provocarlas cierto interior regocijo, y el que él sentía era

grande, así por la generosidad de la duquesa, como por la llaneza y sencillez con que le hablaba en sus propios intereses y acrecentamientos. Al siguiente día se dispuso el baúl con las ropas, y la duquesa, de su propio puño, escribió la siguiente:

CARTA

Á TERESA PANZA

Amiga Teresa: Sancho me ha hecho leer vuestra carta, y en cumplimiento de ella envío esas ropas mías que podrán bien serviros y á Sanchica. En cuanto á marquesado se está trabajando con adelantamiento, pues hay quien preste el dinero, que no es poco; pero no sabemos cuánto es lo que las monjas piden por él, que es menester me lo digas prontamente: también es preciso decirle al señor Cura que haga sus oficios con el convento, para que lo dén con equidad, y que diga cómo os habéis de llamar en marquesando, que eso es cosa que allá se ha de hacer, procurando que no se halle otro marqués del mismo título, y decidle de mi orden que haga dibujar vuestras armas de familia con expresión de campos y colores para hacer los reposteros y el escudo en mayor, que es regular que esto como hombre instruído podrá enviarlo según debe venir: nada más tengo que decirte; adiós Teresa.—Tu amiga La Duquesa.

Con dicha carta fué otra que escribió Sancho, y decía: *Doña Teresa mi esposa, salud, etc.: S. A. presta el dinero para el marquesado, pero punto en boca que conviene. A maese Nicolás que vea á las monjas al instante, que sé ha tenido un disgustillo como me has dicho, que no tenga cuidado que en habiendo salud todo es menos. Al señor Cura mis me-*

morias, también á Sanchica, y no puedo escribir más, porque el Bachiller ha salido, y un paje que me escribe no puede detenerse: en otra seré más largo. Dios te guarde, como le pide tu esposo.—El consultor, Sancho Panza.

Despachóse á el conductor con el baúl, su llave y la carta de la duquesa, á quien Sancho entregó la suya para que la pusiese en él, como lo hizo: encargósele el mayor cuidado, y que no se detuviese en la vuelta. Dice la historia que también se le previno lo que había de hablar, y que cuando llegó al pueblo estaba Teresa peinándose á la puerta de su casa con un desdentado peine de boj, y que Sanchica salía del gallinero trayendo en el halda siete ú ocho huevos, cuyo número fijo nunca pudo averiguarse, porque al oir las buenas nuevas de su padre se olvidó enteramente de sí, y levantando las manos para encrucijarlas, y decir como dijo, bendito sea Dios que tanto nos favorece dejándonos volver á ver este señor, se le cayeron al suelo: su madre quedó ni más ni menos absorta viendo el baúl y oyendo al gentil-hombre la traía carta de su señora la duquesa, y que cuando abrió el baúl pensó perder el juicio de contento, porque ya tomaba uno, ya probaba otro, y Sanchica quería para sí los más pintados. Avisó Teresa al cura la novedad y cartas que habían venido de Sancho para que las leyese; pero hay quien dice que Sanchica fué de voluntad propia, porque su madre en realidad estuvo muy cerca de perder el juicio á la vista de los vestidos, y no se acordó de las cartas. Llegó el Cura inmediatamente, y luego que vió las tales vestiduras, y leyó las cartas, al llegar á lo de marqués se paró, y limpiándose los ojos con ambos puños, porque hubo de creer soñaba, volvió á leerlas muy de

espacio, vió la firma de la duquesa, miró de arriba á bajo al conductor, volvió á leer la carta, se santiguó, arqueó las cejas, y se quedó confuso sin poder hablar en un rato.

El paje, que como se ha visto era desenfadado y advertido, vió la suya, y empezó á hacer su deber como se le había prevenido, señoreando á Sancho con Teresa, y cuando ésta hablaba de las ropas, decía, poquito me encargó su señoría el que no se mojasen, y aun don Sansón el caballero secretario de su señoría también me lo encargó eficazmente: es cierto que cuando su señoría tomó posesión fué una función que no se ha visto otra; pero ¡qué gordo se ha puesto su señoría en el poco tiempo que allí está! no hay quien le conozca, es un contento ver á su señoría: con esto el pobre Cura no obstante sus órdenes, estudios, y reverendas creyó y más creyó que la fortuna que hace sus picardigüelas, había hecho la de hacer señoría á Sancho Panza, y más se ratificó en ello, porque habiéndose llevado á el paje á su casa por la estrechez de la de Teresa, le contó la ceremonia y jura de la plaza, lo que el duque lo quería, y las bellas providencias que había dado en los pueblos del estado de donde acababa de llegar.

Maese Nicolás, sabiendo la venida de aquel gentilhombre, pasó á ver al Cura: y como oyó lo de los vestidos y las señorías, tuvo por cierta la tal consultoría de Sancho; pero cuando oyó de la mismísima boca del Cura la diligencia que había de hacerse con las monjas para la compra del marquesado, quedó extático, y recobrado un poco empezó á hacerse tantas cruces que el paje temió, y se le puso en la cabeza, que el tal que las hacía, cuyo barberil carácter no había llegado á su noticia, veía alguna

legión de espíritus infernales, y precipitadamente hubiera huído de la casa, si el Cura no lo hubiese detenido.

No se las tenía todas consigo el incrédulo barbero, y para que se cerciorase acompañado del Cura pasó á casa de Teresa, donde vió las ropas que aun se estaban esparcidas. No pesó la venida á aquella, porque deseaba hacer de ellas alguna prueba para que la viesen galana: allí fué la confusión del cónclave para atinar la verdadera aplicación de cada cosa: allí fué donde los entendimientos del señor Cura y del barbero se oprimieron como en un grande caso impensado y difícil de resolver: creció la confusión al llegar á los adornos capitales, cuyas raras elevaciones, caídas y formas las creían propias de otras gentes, y de otra marca más agigantada: todo era admiración, y nada se resolvía, hasta que por fin se determinó que todo ello se fuese alzando, mientras llegaba de la Corte una persona que se esperaba, la cual podría informar el uso de cada una de ellas, por haber estado en París.

Despedidos ambos de tan penosa operación sin sacar fruto, dice la historia que el Cura llamó á su casa al barbero, y estando en ella leyendo la carta de la duquesa á Teresa, le dijo: verdaderamente, maese Nicolás, que os llamo por quien sois, por vuestros estudios y por vuestra inteligencia en esto de encargos Romanos en lo que habéis hecho patente á todos vuestro entendimiento y discurso, para que reuniendo todo esto á un punto céntrico de resolver bien, me ayudéis á la mayor empresa que hasta de presente me ha ocurrido en mi ocupación parroquial, porque la carta de la duquesa que habéis oído, y el marquesado de Sancho me tienen fuera de sentido: decidme vos, maese, ampliamente para sosiego mío,

¿qué debo hacer en este formidable caso, de que no he visto ejemplar?

¿Qué sé yo de duques ni de condes, dijo el barbero, y mucho menos del marquesado de Sancho Panza, en quien no hay aquellas cosas que dicen debe haber para esta dignidad? pero sí las habrá siguió diciendo, porque á no haberlas, ¿cómo la duquesa había de querérselo comprar? Todo es confusión lo de este mundo, y es lo que puedo responder como hombre de bien.

No obstante, maese, dijo el Cura, vos mejor que yo podéis hablar sobre esto, que al fin habéis estado en la Corte cuando vuestro examen, y allí todo se habla y dice, y mucho más en vuestro ejercicio, en quien es indispensable la conducción de novedades y noticias de una á otra parte. Señor Cura, dijo el barbero, repásese la carta de la duquesa, y por partes iremos discurriendo: hízose así, y en vista de ello maese Nicolás habló al Cura de esta manera:

Tres son los encargos que se presentan en esta carta: el primero que se le dé título al tal marquesado; el segundo que se compre con conveniencia, y el tercero que se envíe un dibujo de las armas de Sancho: nada más hay, dijo el Cura; pues si nada hay más, digo, señor Cura, que es punto concluído, respondió el barbero.

¡Oh, maese mío, si eso fuese, qué feliz sería yo en este día! replicó el Cura, y maese Nicolás sin detenerse prosiguió: para dar título á un marquesado, no hay campo más ameno que unos almanaques donde los santos del cielo están dispuestos para que los elijan, sin que ninguno hasta de presente se haya sentido de ello: el segundo de que se dé con conveniencia, no es difícil conseguir, porque el vicario que las gobierna será visto y hablado por la tendera su

devota, y por su mano bajo de secreto se le ofrecerá algo que abulte poco, y valga mucho; y creo que se conseguirá, porque es un bendito: yo le visitaré, y haré conversación casual, y diré... Verdaderamente, reverendísimo padre vicario, que es una vergüenza lo que se habla en el pueblo sobre ese marquesado que tiene el convento; y aun hubo quien de él dijo: nada me espanta más, sino que teniendo esa santa comunidad un padre vicario tan docto como santo, permita que haya en los claustros religiosos de él, adonde se acogieron esas siervas del señor, huyendo del mundo y de la vanidad, una cosa tan profana como es un marquesado, cosa que debían desterrar de su santa comunidad, aunque lo diesen por paja á pagar por Agosto; el diablo que es sutíl como él solo, ¿quién sabe cómo tentará á las pobrecitas almas de aquella casa con la ocasión marquesil, de que no está libre la mujer más recatada.

Esta arenga se esforzará por mí, como que la digo por su propio crédito en el pueblo, y me temo que ha de surtir efecto, y más si la tendera esfuerza también por su parte el que el padre incline á las monjas á la tal venta. En cuanto lo tercero las armas, los escudarios de ellas dirán al instante las que son, porque viven de eso, y es su oficio.

Respiré, amigo maese, respiré, y siempre creí, dijo el Cura, que me sacaríais de mi conflicto: tengo por amigo y por paisano uno muy conocido, y mañana, pues se va el correo, llevará carta para él: en esto se quedó, y al siguiente día escribió el Cura esta carta:

«Muy señor mío, mi amigo y paisano, salud y gra-
»cia, etc., los que estamos con estos cargos de curas
»párrocos, no estamos libres de impertinencias de
»unos y de otros: un amigo feligrés mío piensa en

»hacerse marqués porque le ha salido un marquesa-
»do de lance, que como tal lo darán barato: quisiera
»que me dijera vuesa merced qué título tomaría que
»fuese altisonante, y llenase la familia. También
»me ha de decir vuesa merced el origen y armas del
»apellido Panza que tiene este amigo, y todo cuanto
»sea de esta casa, porque hay que hacer escudos en
»grandes reposteros; y avíseme vuesa merced de
»todos los costos de la diligencia; porque, amigo, mi
»encargo no quita los derechos parroquiales corres-
»pondientes que enviaré al instante: vuesa merced
»perdone, y mande, como puede, á su afectísimo
»paisano, su amigo.—El Licenciado Pero Pérez.—
»Señor don Casimiro.»

Puesta la carta en la estafeta, habló el barbero al padre vicario, hízole fuerza el argumento que le puso: la tendera fué también hablada y persuadida, ofreció el sí del padre vicario, porque conocía la fuerza de sus palabras con él, respecto de su bondad; y á pocos días de todo esto llegó la respuesta de don Casimiro á nuestro Cura en los términos que verá el que leyere lo siguiente:



CAPÍTULO XIII

En que se sigue la materia del antecedente, y se da razón de la alcurnia Panzina, y de otras cosas tan inauditas como verdaderas que sucedieron hasta qué Sancho fué creado barón.

CARTA

AL SEÑOR LICENCIADO PERO PÉREZ

«Mi estimado amigo, y más querido paisano: Reci»bí en los últimos del pasado la carta de vuesa mer»ced á que no he respondido hasta hacer la diligen»cia de su encargo; y hecha, me he alegrado de ha»ber hallado tanto bueno en la esclarecida casa de »los señores Panzas, casa gallega, y una de las pri»meras familias: su fundador fué Ruger-Lanza, que »hizo fuertes hazañas en la guerra contra mo»ros, tuvo portentosas fuerzas, como se evidencia »de la acción que hizo reinando don Ramiro I, por »los años de 843, porque encontrando un moro dis»frazado que venía de espía, lo asió del bigote para »traerlo al Real del Rey; pero le tiró con tanta »fuerza, que le arrancó con él la media cara, y el »moro allí de ello cayó muerto á sus pies, y por

»esta hazaña le dió el Rey por armas unos bigotes
»en campo rojo, que es el cuartel en jefe del escu-
»do de estos señores: tuvo un hijo muy esforzado
»que se llamó Rui-Lanza de Bigotes; aunque hay
»autor que dice que el bigotes que usaba era por
»ser hijo de una señora francesa llamada madama
»de Bigot, y otros de bigotes, que es el célebre es-
»cudario Rolando. Rui-Lanza de Bigot tuvo por hijo
»á Garci-Lanza, menino el más querido de la señora
»reina doña Jimena, que hizo á esta casa muchos
»favores, aumentándole el escudo de armas con otros
»blasones, porque estando la reina un día sentada
»al sol con sus gallinas, en que tenía mucho gusto,
»porque eran moñonas según el mismo Rolando, las
»embistió un perro, y aunque la reina procuró es-
»pantarlo, no lo consiguió, antes sí le despedazó
»una, y le mordió en el guardainfante de que se so-
»bresaltó mucho: entonces el valiente menino, invo-
»cando el nombre de san Roque, y tomando un dar-
»do de los de la guardia, entró en fiera y desigual
»batalla con él, y lo mató: en el día de esta acción,
»dice el coronista que escribió este caso, cumplía
»Garci-Lanza diez años, la reina le pidió al rey le
»diese por trofeo del escudo tres gallinas y el dardo,
»porque parece que sólo eran tres las que embistió
»el perro. El rey se lo concedió, y su padre pidió
»fuese por dardo una lanza, por razón de su apelli-
»do, que así lo concedió: este escudo usaron, divi-
»diendo la lanza y los bigotes de las gallinas, mas
»después la misma reina consiguió del rey el aumen-
»to de cinco berenjenas con sus hojas en campo
»azul, porque el mismo Garci-Lanza siendo mayor
»de edad cambatió á unos moros que las llevaban,
»los hizo huir y dejarlas, y se las presentó á la rei-
»na, cuya afición á ellas era grandísima, porque es-
»te fruto era recién venido del Africa.

»Cayó después esta casa en Sancho Lanza, hom-
»bre singular, de mucho vientre y estatura, que hizo
»muchas salidas contra moros, con tanta felicidad,
»que asegura el coronista Rolando que nunca fué
»herido, y reinaba entonces Don Ordoño II, por los
»años de 920; y un día que venía de una refriega con
»ellos llegó tan sofocado al Real del rey así de sus
»muchas carnes, vientre y peso de las armas, que
»casi no podía hablar al rey el encuentro que con
»ellos había tenido: el rey lo recibió gustoso, y co-
»nociendo la causa, le dijo: (porque debía de estar
»de buen humor) Sancho, tú no debías llamarte San-
»cho Lanza, sino Sancho Panza, habla, y dí. Enton-
»ces dijo: Señor así lo haré, hincóse de hinojos, y le
»besó la mano, recibiendo como en merced el apelli-
»do dado, por el que desde aquel día usó como sus
»descendientes, como apellido dado por merced, de
»que ha habido pocos ejemplares, según las histo-
»rias.

»Consta por los escritos y notas de don Sisando,
»autor bien conocido por de verdad y firmeza entre
»los escudarios antiguos y aun modernos, que Sán-
»chez, ó Sancho de Lanza de quien hemos hablado,
»casó con una señora de la casa de Gui de Borgoña,
»casa francesa de primer orden, y aun hay autor
»que lo cita uno de los doce pares, parece se llama-
»ba madama Papin de Urot, y tuvo por hijo á Lain
»Panza Papin de Urot, que fué comendador del or-
»den de la Estrella, aunque la misma orden no le
»da este apellido de madre, sino Papin Crout, pero
»se conoce ser yerro de pluma del coronista, y así
»lo anota Pierres Rolly en la segunda edición en que
»enmendó varios defectos de la primera, y también
»lo dice el mismo don Sisando en sus obras póstu-
»mas, y que estos señores Panzas vinieron y pobla-

y aun hay quien afirma sintió más haberle dado la noticia, porque de ella resultó hacerse insufrible con todos, menos con él á quien dispensaba la señoría, y no se atrevía á decir cosa, aunque el cura la reprendiese su vanidad tan sin tiempo.

Maese Nicolás dijo al Cura en voz baja: Señor, la plaga ha enviado Dios á este pueblo con estas señorías, porque si esto hacen, y así se hincha uno siendo marqueses, ¿qué harán después? nos tratarán de villanos hartos de ajos, y aun si en eso queda no será poco. Callad, maese Nicolás, dijo el Cura, que Dios será servido no sea así; y dejemos á esta mujer, que creo ha de dar en la locura de nuestro don Quijote, aunque por diferente estilo, y despidiéndose de ella, dejó la carta, previniendo escribiese á Sancho por mano de la duquesa, y le enviase la misma carta de don Casimiro, para que la leyesen y guardasen como oro en paño.

Salió el Cura con el barbero á la calle, y éste le dijo: en verdad, señor Cura, que si Dios quiere que este año me pinte bien el haza de trigo de la cañada, que todo lo he de gastar con ese don Casimiro, para que me diga quién soy, y mis armas, porque ¿qué sabemos si en adelante los muchachos saldrán algo de provecho? pueden aplicarse, y pasar á hombres de importancia, y es bueno sepan quién son: el oficio está cada día peor, hay uno de la facultad en cada esquica, y para morirse de hambre mejor es no trabajar, y buscar oficio más descansado. Me interesaré muy gustoso en ello, dijo el Cura, porque quiero mucho á mi paisano, que es hombre de bien á todas luces, trata verdad, y servirá al señor maese, cuyos elevados pensamientos aprecio yo sobre las telas de mi corazón, y al decir esto aplicó la mano á la parte izquierda del pecho.

Consta por la historia, que Teresa escribió á Sancho por medio del monaguillo, cuya carta no sabemos qué decía, sí sólo se sabe que dirigió original la de don Casimiro dentro de ella; y que también escribió á la duquesa, bajo de cuya cubierta iban todas; pero no consta si las llevó el paje que condujo las ropas, ni qué se hizo éste en el tiempo que medió, ó si fueron por la estafeta; pero sí que las leyó el duque, y que aunque sabía que lo del marquesado era sólo entretenimiento, no obstante, por causas que se dejan discurrir, resolvió que el tal marquesado no pasase adelante, y llamando á su cuarto á Sancho á quien ya le habían leído las cartas, le dijo en tono serio estas palabras: Sancho, Sancho, ¿qué es esto de marqués que esta carta dice? ¿de dónde, ó cómo ha de venirte el dinero para pagarlo? ¿Es cosa de pedirlo prestado sin tener de dónde satisfacerlo, y esto de buscarlo á título del oficio que tenéis, qué es sino haceros esclavo de quien os lo dió, y vender la justicia para adquirirlo? ¿Es esto lo que jurasteis en público de cumplir con vuestro cargo? ¿Qué seguridad podré yo tener de hombre que esto hace al público, y pierde la vergüenza? Y si esto ejecuta á vista del mundo todo, ¿qué hará en secreto? ¿Qué no habrá de regalos, colusiones y simonías? ¿Qué será verse torcer la recta administración de justicia, pues ninguno da porque se haga lo justo, sino porque no se haga? Yo, Sancho, te he traído á mi casa para aquello y no para esto, y mucho menos te he traído para que haciéndote marqués te hinches de vanidad, oprimas y estafes á mis vasallos, faltando á la obligación que tanto te encargué para seguridad de mi conciencia: por no poder yo estar en todo te nombré mi consultor: si os consiento esas demasías, nos llevará el diablo á ambos, á mí porque lo tolero, y á

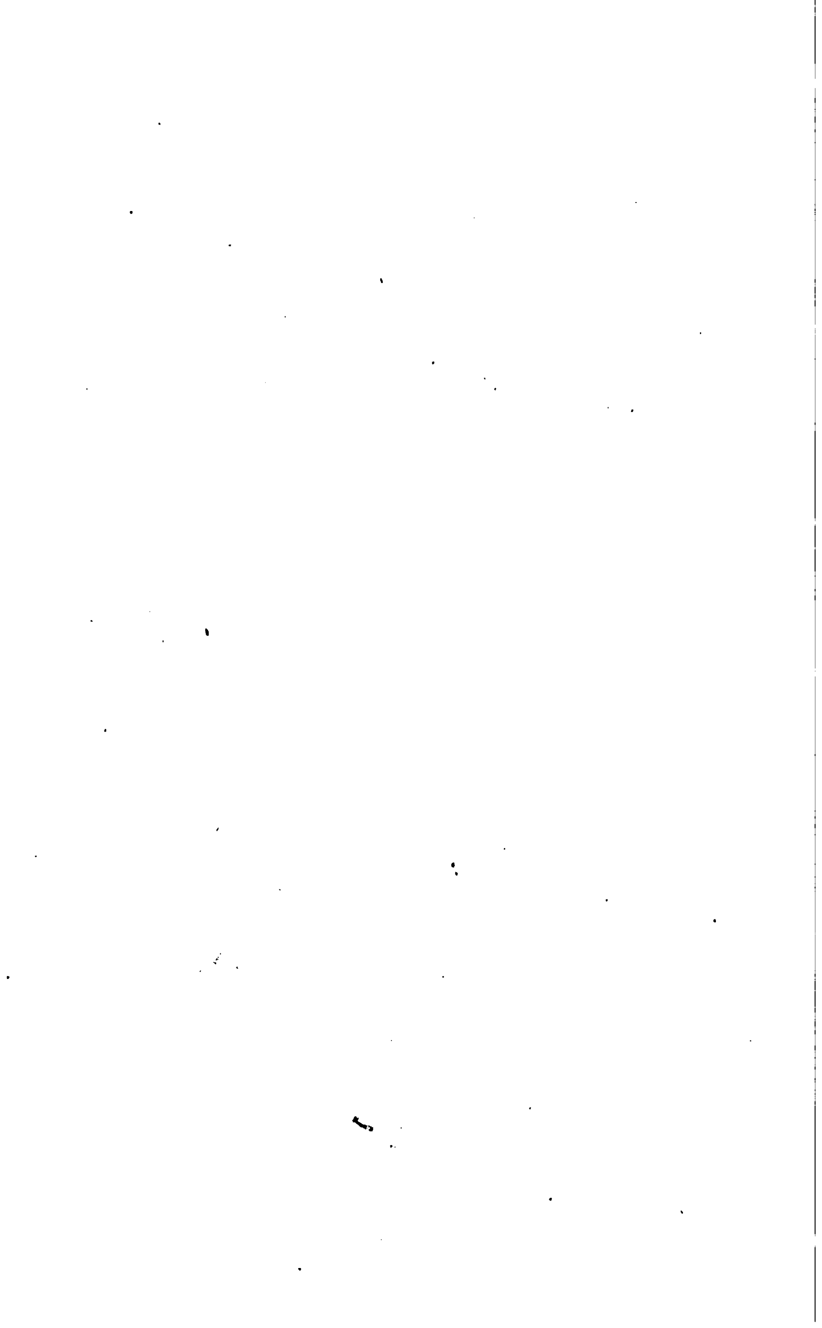
vos porque lo hacéis: además, Sancho, no os conocéis, no os dará vergüenza, si os conocéis, que os miren y señalen las gentes, y á espaldas vuestras (si acaso no lo hacen á la cara) digan ahí va el marqués de tal, que ayer... vean vuesas mercedes á qué estado han llegado las dignidades: esto, Sancho, es más que cuerdo estar loco, y si lo estáis, como el caso lo manifiesta, ¿cómo os he de tener á mi lado? Hilo á hilo se le caían las lágrimas á Sancho, dice la historia, y aun estaba para llorar á moco tendido, creyéndose ya reducido á su primer estado, según la indignación y severidad que mostraba el duque; viendo lo cual éste, y pareciéndole templar un poco el hipo de Sancho, prosiguió diciendo: Yo, Sancho, no entro en eso del marquesado; pues los marqueses tendrían queja de mí porque lo consiento, y con justísima causa; fuera de que para tener la señoría que tanto desea Teresa, según estoy informado, hay otros medios y títulos, como el de barón de tal, ó caballero de cual, y no es tan reparable, porque caballero lo es cualquiera que hace buenas obras, y se porta como tal, y barón es el que en su casa es el primero de su familia por línea de varón: en fin, marqués, no hay que pensar en eso, y si lo pensáis, os iréis de mi casa, porque no quiero en ella quien tan vana y locamente piensa. Señor, dijo Sancho, haciendo pucheros, como otros tan desnudos y porros como yo... Ninguna disculpa quiero oiros, Sancho; esto se ha de hacer, por vida de la duquesa.

Al pronunciar el duque esta palabra entró la duquesa que sabía el caso; pero lo disimuló, y tomando de su cuenta á Sancho que lloraba como un niño, dijo: duque, nunca quiso Sancho otra cosa que la que vos dispusieseis; si no es vuestro gusto, y queréis que la señoría que intenta dársele por autorizar-

le la persona de para poco que tiene, sea cambiada, y permutada en baronía: Yo en nombre de Sancho lo admito, y os doy las gracias, y en esto ningún marqués tendrá que decir; y así perdone V. A. á Sancho, que yo lo suplico, y el pobrecito no supo lo que se marqueseó.

Pues vos, señora, lo queréis así, Sancho es perdonado, y será barón, ó ha de trastornarse todo el orden de naturaleza, dándome Dios vida; que para esto no se necesita dinero, y si alguno fuere necesario lo daré gustoso; y entonces la duquesa tomando á Sancho de la mano, que aun lanzaba unos tristísimos suspiros, le dijo: Sancho, besad la mano al duque vuestro señor, que ya sois barón, aunque no declarado ni publicado; pero se escribirán cartas convocatorias á unos barones extranjeros que han venido á tomar aguas, y son visitas de casa, los cuales convidarán á otros, y os baronizarán, corriendo el gasto de mi cuenta, que lo mismo os han de estimar siendo barón de Casa-Panza, que marqués de la Insula Barataria, porque las acciones dan la estimación á las gentes, y no los títulos.

Así es, alta y soberana señora mía, dijo Sancho, porque aunque la mona se vista de seda mona se queda: oyendo lo cual el duque se salió del cuarto, dejando á la duquesa con Sancho, que no aceitaba con las palabras de puro agradecido, y maldecía, y daba al diablo á Teresa por su acuerdo de marquesear tan sin tiempo. La duquesa lo volvió á consolar, diciéndole, que Teresa, como no impuesta en las precisiones marquesiles, creyó que el ser marqués era cosa de poco más á menos; pero que pues ya había abjurado de la marquesía, era mejor olvidarlo, que hablar sobre ello.





CAPÍTULO XIV

Cuéntase el marcial aparato con que se celebró la baronización de Sancho, con otros sucesos que sabrá el que los leyere.

Pasados algunos días, dispusieron los duques que su mayordomo secretario hiciese la creación de barones que habían de baronizar á Sancho, cuyas pruebas sólo consistieron en las que hicieron de venirles bien un bastante número de petos, espaldares, morriones de encaje, brazaletes, y otras cosas que en la armería del castillo tenía el duque, y eran de los lanceros con que aquel castillo servía en las guerras contra moros, y á que estaban obligados los señores de vasallos, y dice Benengeli, que á no haber habido en el castillo tantos criados desocupados y de más, hubiera él hecho papel de barón de la Mauritania; pero que no lo fué por esto, y estar ocupado en retocar escudos de armas y adargas, que el tiempo había borrado, porque el duque quiso que con todo primor y lucimiento se hiciese el acto de la baronía de Sancho Panza.

Tocóle, dice nuestro puntual historiador, á don Roque la disposición del acto, y ensayar á los baro-

nes su entrada y ceremonia: y al mayordomo el presidirlos con el nombre de barón de Letesbed, baronía bien conocida en las cuatro partes del mundo: todo se hizo con el mayor disimulo, porque el Bachiller Sansón Carrasco no cayese en la cuenta de la burla, y Sancho estuviese creído en que real y verdaderamente eran barones verdaderos: cuyo secreto fué una de las cosas que merecieron el aplauso de los duques, porque nunca creyeron que habiendo dueñas, y andando alrededor doña Rodríguez, pudiese guardarse tanto tiempo un secreto tan importante sin que se publicase.

Llegó el día señalado de la función, y á la madrugada salieron todos disimuladamente para venir formados, y en ceremonia al castillo; las ocho señalaba un cuadrante que había en un esquinazo de él, cuando en confuso, y como á lo lejos se dejaron oír unos clarines y timbales con otros instrumentos que no pudieron conocerse por la distancia cuáles eran, hasta que habiéndose acercado, se conoció alternaban con los timbales y clarines trompas, flautas, panderetas, albogues, y otros instrumentos marciales que al mismo tiempo que agradaban al oído, alentaban el ánimo: inmediatamente subió toda la familia á la torre del homenaje, y plaza de armas á ver y notar la comparsa baroniana que se acercaba con lentos y graves pasos á la puerta principal del castillo: su número era bastante crecido, su adorno armas completas, morriones plumados, rodelas, adargas, ó escudos, según tocó la suerte á los barones; pero todos con sus respectivos blasones: cual traía un murciélago, cual un perro, otro un gato, aquél un árbol, el otro un cuco, y los demás ya sierpes, lunas, soles, y aun rayos. El escudo de Sancho que conducía uno al parecer enano,

sobre una bandeja cubierta con un tafetán verde con puntilla de plata, tenía sus bigotes en el primer cuartel, la lanza en el segundo, y su orla eran las cinco berengenas con sus hojas, y como cuartel sobresaliente á los dos las tres gallinas, dos pintadas de blanco y negro, y una cenicienta; pero todas con moños, como afirmó tenerlos el escudario, referente al coronista Orlando.

El duque y la duquesa autorizaron con su asistencia el acto, que se celebró en el propio gran salón que se hizo la audiencia, y estaba igualmente adornado que el día de la jura, con la diferencia de haberse levantado un espacioso tablado cubierto con alfombras, y capaz de contener más barones de los que vinieron: tenía dos filas de bancos rasos cubiertos de tapetes, y en medio á la parte que hacía frente un sillón de brazos cubierto de tela carmesí con ribetes blancos, cuyo asiento debía ocupar el barón presidente.

En la parte opuesta al sillón se había hecho una especie de tribuna con lienzos pintados, en la cual estaban los duques sentados para observar mejor la pomposa función: principió ésta por la entrada de los barones de dos en dos, cubiertos por traer caladas las viseras: cada cual traía su lanza y escudo como se ha dicho, guardando entre sí el mayor silencio; paró la música militar que traían, finalizada la entrada, y rompió la orquesta del duque una muy grave y patética armonía, en que se oían sin saber de quien unos cánticos y letras alusivas á la exaltación del consultor Sancho, en cuyos medios resonaba la señoría baronil con voz más erguida y levantada; pero siguiendo el compás.

Sancho, durante este canto, estuvo hincado de rodillas en una de las puntas del tablado, á donde

lo condujo su padrino el barón de Drismilbis, que le sacó de un aposento donde lo esperaba igualmente vestido de acero con morrión; pero sin espada ni escudo. Finalizado el canto, que duró como un tercio de hora, el mismo barón de Drismilbis presentó á Sancho al barón presidente que lo esperaba sentado *pro Tribunali*, calada la visera: alzada ésta, y haciendo á los demás barones una cortesía en torno, para lo que se levantó sostenidas las manos en el sillón, peroró de esta manera:

«Altos, formidables y potentísimos barones: ya »que por la divina providencia nos hallamos en este »ducal castillo á celebrar capítulo para baronizar á »un manchego liso y llano y sin ningún tropiezo, »porque sea de nuestro gremio baronil, en cuya di»ligencia y pruebas ha sido encargado el magnáni»mo barón de Gombodos que actúa de secretario: »concededme si os place aquel permiso, y *fiat* que »se requiere según nuestras loables constituciones: »su vocación á señoría es perfecta, su renta no llega »á congrua suficiente, su escudo aún tiene más bla»sones de los que se requieren: so lo cual, espero de »vuestras señorías, muy señorías, que para autori»zar este acto de baronizar á este novel caballero, »me den unánimes aquel *fiat*, que hace la fuerza y »da la autoridad.»

Fiat, *fiat*, *señoría baronil*, dijeron todos á una voz, que repitió con suave melodía la música, á que respondieron los clarines y timbales; y entonces el barón de Manalans, que era maestro de ceremonias, salió de la sala, y entró después con dos pajes de gineta que traían sobre dos bandejas grandes en una el escudo de armas, y en otra un círculo dorado, que parecía aro de tambor, en cuyo torno se ondeaba una cinta encarnada: estas dos bandejas

presentaron los pajes al barón presidente hincados de hinojos, y puestas sobre una mesa que delante tenía, haciéndole una muy grande cortesía se retiraron.

Tomó el presidente con mucha mesura primero el escudo, y después el aro, que enseñó, las manos levantadas, á todos los barones, y también á infinito número de gentes que había alrededor del tablado, entre cuyo concurso estaba el bachiller Sansón Carrasco, que en su mirar manifestaba su confusión y atolondramiento; dejólos sobre la mesa, y el barón de Manalans, como á quien correspondía, tomó á Sancho de la mano, y le hizo hincar de rodillas al siniestro lado del pie del sillón del presidente.

Levantáronse todos los barones en pie crujiendo á un mismo tiempo las armas, y subiendo y bajando á un mismo compás las viseras tres veces, cuyo sonido uniforme daba el mayor pavor: entonces el presidente sacó la espada, y dijo unas gruñidas palabras sobre el morrión de Sancho, y le dió con ella tres veces sobre el lomo, á cuyo acto entonó la música: «Humillad, barón, vuestra soberbia, acordaos »que sois polvo y ceniza», por tres veces con un cántico triste y melancólico. Luego preguntó á Sancho: ¿Sancho, barón que has de ser de Casa-Panza, abjuras de toda renta mundana, prometes vivir en pobreza? si abjuro y prometo, dijo Sancho, advertido de que lo dijese así por el barón maestro de ceremonias. ¿Disputarás la señoría, le dijo el presidente, en todas cuatro partes del mundo? sí haré, respondió, porque así aquél se lo mandó. Y sin embargo de esto, ¿juras, prosiguió el presidente, defender que ninguno de tu familia se dedique á arte ú oficio por honesto que sea, prefiriendo que aumenten el número de holgazanes, vagabundos, inútiles

en la república para todo, aun cuando se muera de hambre? si juro. Entonces el mismo presidente tomando la espada en la mano, y besando la cruz la dió á Sancho que la asió con la derecha, dióle el escudo que tomó con la izquierda, y poniéndole el aro sobre la cabeza y morrión plumado que tenía, se sentó en su sillón, quedando en pie los demás barones, y en tono grave y majestuoso dijo: «Barón »de Casa-Panza: en virtud de mi señoría, y por la »virtud que mi señoría tiene, yo te baronizo por »todos cuatro costados, con señoría unida para »siempre jamás amén.» Tocaron en estos amenes que repitió la música, los clarines, y después de haber abrazado á Sancho todos los barones menos el presidente, éste hizo una reverencia á los duques, y formados como vinieron volvieron á salir del castillo, y pararon en la inmediata casa de campo que cerca de él había propia del duque, donde se les tenía dispuesta comida, porque parece que esta congregación baronil tiene por instituto no comer en ningún castillo ni fortaleza, y sí en cualquiera otra parte.

Los duques dieron á Sancho la enhorabuena, y ordenaron que en celebridad de la baronía que acababa de obtener, hubiese aquella noche un baile público para diversión de la familia: con esta orden cada cual se retiró á su habitación: desarmóse el tablado, previnose el salón de luces para la noche, y venida ésta, se dió principio á una de las funciones más lucidas que en él se vieron; porque según afirma Benengeli, asistieron los duques disfrazados, y gustaron que doña Rodríguez bailase con Sancho, que ya desnudo de las armas baroniles, tenía su vestido marcial, y dice estas mismas palabras: «Sancho en el baile con la dueña hizo lo que pudo;

»pero la maldita vieja setentona hizo aún más de lo »que se debía». Después se siguió una suntuosa cena, en que se brindó á una por la salud de los duques, y conservación de la baronía de Sancho Panza.

Al siguiente día se fueron conduciendo al castillo las armaduras y demás que se había sacado, y se colocaron con el mayor cuidado. Los duques dijeron á Sancho que escribiese á Teresa su nueva dignidad, y que para mayor confirmación enviase á su pueblo el escudo de armas, mediante á que él no lo necesitaba allí, y que le dijese que podía ya como mujer de barón llamarse la barona, pues así como las mujeres de condes y marqueses se llaman condesas y marquesas, no había dificultad en que las mujeres de barones se llamasen baronas. También se mandó al bachiller escribiese al Cura sobreseyese de la compra del marquesado, porque ya no se necesitaba, y que devolviese la carta del escudario, para que se guardase y conservase en la familia Pancina, como auténtica del escudo.

Todo se hizo así, ni más ni menos como se ordenó, y el Bachiller se dilató algo más en su carta contando al Cura la ceremonia del baronato de Sancho, cuya carta, con la vista del escudo que condujo un mensajero, hizo al Cura volverse á enternecer de puro gozo. En este punto, dice el puntualísimo historiador, me faltan palabras para demostrar el gran regocijo que causó á Teresa y Sanchica la noticia y posesión del escudo que contenía los blasones de su ilustrísima casa (y después de haber cortado, al parecer, la pluma, sigue con letra más menudita y algo carrasposa, diciendo): porque me aseguró el mensajero que llevó las cartas y escudo (que no obstante usar la sastrería, era hombre fiel y verda-

dero) haber faltado poco para atarlas, pues andaban de casa en casa enseñándole, y aun insultando á las más distinguidas, diciendo: vénganse conmigo á fiestas las hidalgas, que á fe que saldrán cardadas, vean, vean cómo se verifica aquel refrán que no se dijo á humo de pajas, y dice: debajo de una mala capa hay un buen... y no digo más, porque no quiero que con la costumbre me falten al respeto y tratamiento que se me debe; como á barona que soy de Casa-Panza por mar y por tierra: con estas decía otras cosas propias de mujer sin juicio; pero cuando se creyó que enteramente le tenían rematado, fué cuando se trató del sitio donde se habían de colocar los bigotudos blasones, para que perpetuamente fuesen manifiestos á todos: en las casas de ayuntamiento no les parecía serían tan vistos como deseaban, y estuvieron para ponerlos en el rollo que estaba en medio de la plaza, á no haber llegado maese Nicolás y dicho que su correspondiente y propio lugar era sobre la puerta principal de la casa, donde al menos debían estar en el interin, y hasta tanto se hacía un grande y vistoso escudo de piedra mármol con sus orlas y follaje de alabastro, cuya proposición se aprobó bajo la condición de que se la permitiese alumbrarles con un candil mientras se daba disposición de traer dos hermosos y grandes faroles de cristal de Venecia.

CAPÍTULO XV

En que se satisface la curiosidad de los lectores con la continuación de los sucesos del capítulo antecedente, y uno tan cierto como no esperado, pone fin á esta grande y verdadera historia.

Bien fuese haber maese Nicolás creído todo cuanto oía y veía acerca de la baronía y escudo de Sancho, ó bien que siempre tuvo altos y grandes pensamientos, montó en cólera sobre el descubrimiento de su alcurnia, y dijo al Cura escribiese á don Casimiro, que aunque el haza de la cañada no pintase bien como esperaba, las igualas del vecindario suplirían el gasto, y que le previniese era para uno que había sido curial romano, por si hacía al caso esta circunstancia. El Cura escribió cuanto en esto le dijo el maese Nicolás, y como esta alcurnia no pertenece á esta historia, se ha omitido ocurrir á los anales manchegos para saberlo; pero como Cide-Hamete en cuanto escribe de esta historia lo hace teniendo á la vista documentos seguros, pone una nota que dice: No obstante que digo, que por no ser de esta historia las armas del maese Nicolás, no he

ocurrido á los anales, puedo decir de oídas que las armas que don Casimiro envió al barbero, fué una sierpe ó culebra grande, y un caldero volcado en el suelo, con algunos carneros alrededor, y que su aplicación es, que un décimo abuelo del dicho maese también de la propia facultad estando en el real del rey godo Chindasvinto, había en él escasez de víveres, y como se ofreciese premio en el ejercicio á quien trajese algunos, este tal ascendiente de nuestro barbero hombre astuto y de idea, discurrió hacer un serpentón de cañas y lienzo, y pintándole como lagarto se metió dentro, dejando para caminar las manos libremente: esperó al medio clarear el día, y saliendo de un bosque hacia unos pastores que apacentaban un grueso rebaño de carneros, fingiendo con la boca unos bramidos extraños, repararon ellos al ruido en tan disforme animal como se les acercaba, y sin más esperar ni discurrir qué clase sería, huyeron precipitadamente, dejando volcado el caldero de lo que guisaban, y el ganado á la discreción del furor del monstruo que vieron: éste luego que los miró distantes, salió de su forro, cogió el caldero y las guías del ganado, y lo condujo al real del rey, á quien contó su hazaña: el rey le dió por armas la serpiente y el caldero, que han usado siempre los de su familia y apellido, del cual trofeo es partícipe según voz y fama maese Nicolás. Así concluye la nota Benengeli, y sigue después anudando el roto hilo de su historia, diciendo: Que Teresa, ya baronesa de Casa Panza, puesta á las mil maravillas con las ropas que le envió la duquesa, empezó á retirarse del trato de sus iguales y vecinas, y á olvidarse de quién había sido, y lo que podía volver á ser: todo la disgustaba, nadie la daba gusto, y sólo se complacía con aquellos que oían sus simplezas, y

celebraban las opulencias y grandezas que contaba de su casa, que aun casi no pudieron existir en la imaginación, por lo que vivía sólo visitada del Cura y maese Nicolás, disfrutando los socorros que el duque en nombre de Sancho le enviaba: Sanchica estaba enteramente subida á mayores, con igual vanidad que su madre, se ensayaba cómo había de sentarse pomposamente en el coche, tratar á sus pajes, despreciar á los lacayos y reñir á las criadas; pero la fortuna, que suele al mejor tiempo y cuando menos se espera mostrar su inconstancia, desbarató todas estas fantasías, manifestando lo poco duraderas que son las felicidades humanas. Si las que así se llaman en este mundo no estuviesen sujetas al rigor de la parca, con razón merecerían más alto nombre; pero como no hay algún humano que esté exento de su jurisdicción, así se atreve á todos los que disfrutan las más sublimes dignidades, como á los más desvalidos y desdichados: á todos se atreve, á todos empareja, y á todos igualmente con su cortante guadaña siega, corta y hiende cómo, cuándo y donde se le antoja el vital hilo de la humana vida: ¡Oh, si las glorias del mundo fuesen durables! ¡oh, si el fin á todas las cosas no viniese! ¿Qué mayor felicidad podían apetecer los hombres acomodados? Sancho, consultor ducal y barón de Casa-Panza, estimado de los duques, querido de muchos, perseguido de pocos, hombre de historia, es asaltado de la misma muerte cuando menos lo discurre. ¡Oh, fiera parca, oh cruel esfinge, podrás quitar la vida á los héroes, pero no borrar su memoria! Mataste á Séneca, al grande Alejandro, á Homero, y al mismo Sancho Panza, ¿mas cuándo conseguirás que estos dejen de vivir en la memoria de los hombres?

Y tú, fortuna, que improvisamente lo elevaste al

alto grado que por ti logró, ¿por qué consientes que la muerte desbarate de un golpe lo que labraste con tantos? Mira, muerte, que ofendes á la fortuna, mira que dejas á Teresa Panza pobre y afligida, mira... Pero para qué te digo que mires, si sé que no miras ni distingues respetos humanos.

La mutación de humores que provienen de la mudanza de aguas y alimentos, el exceso algunas veces en esto, y lo que es más darse por cumplido el plazo de vivir, dispuso que la última noche de vida de Sancho, se excediese en la cena, comiendo demasiadamente ubre de ternera cerril, manjar sabroso, pero expuesto á insultos: así fué, y así lo dice el presente desgraciado caso, porque habiéndose acostado con algunas fatigas no avisó de esto, y creyó que con el sueño se aliviarían; pero no fué así, sino que sofocado el lento calor del estómago con tan pesada carga, la soltó de una vez en una fuerte apoplegía en que vino á dar su exceso.

Al siguiente día por la mañana viendo que no despertaba á su común hora, el Bachiller se le llegó, y lo halló en tal fatal accidente, avisaron al duque que inmediatamente vino al cuarto, se llamaron médicos, se aplicaron los varios remedios que dan en estos casos; pero la naturaleza más y más caída mostró, según la declaración que de ello hicieron, que el mal era de muerte; sentían los duques esta desgracia, y mucho más que Sancho muriese sin disponer de su alma; pero la divina providencia que á ninguno desampara, hizo que á fuerza de medicamentos Sancho volviera despejado, pero no seguro: hizo como era justo todas las disposiciones de pedir á Dios misericordia, y á los duques que la tuviesen de sus pobres Teresa y Sanchica: el duque le dijo, que como criados suyos no tenía necesidad de que los

encargase, y que estuviera seguro que no les faltaría en ningún tiempo: recordó al duque los buenos deseos del Bachiller Sansón Carrasco, con cuyo fin lo había llevado en su compañía, é igualmente el duque le ofreció no lo desampararía, y sin poder contener las lágrimas salió del cuarto de Sancho á preparar á la duquesa del terrible dolor que la esperaba, porque quería á Sancho con extremo; pero aun antes que llegase al cuarto de la duquesa expiró Sancho visiblemente delante de los médicos, el Bachiller y doña Rodriguez, que lloraba como una niña.

Ya murió Sancho, exclama Benengeli, lustre y blasón primero de su casa, y presto será perpetuamente sepultado en el olvido de todos: en esto paran las mayores glorias: al olvido se dejan los mayores héroes, y pues tenemos á la vista el desengaño de lo poco que duran nuestros días, prevengamos á esperar la muerte cierta, para que vivamos eterna vida.

Quisieron los duques, sigue Benengeli, manifestar con aparato y pompa funeral la estimación que les merecía Sancho, y aun estuvo puesto el borrador para las esquelas de convite, y dadas las demás disposiciones de campanas dobles, confusión de religiosos, multitud de luces, vistosos estandartes, rica y relumbrante caja, y numerosísimo acompañamiento; pero se contuvieron, porque creyeron con mejor acuerdo se honraba más al muerto con menos aparato, más sufragios y socorro de su familia, que no gastando en pompas vanas y comunes un dinero que las más veces hace falta para otros fines visiblemente más necesarios y justos. Enterróse en un convento de observantes que tenía la población inmediata al castillo, y donde muchas veces solía ir Sancho á pedir á Dios misericordia y cumplir con

las obligaciones de cristiano. El rucio, que no poco papel ha hecho en esta historia, se remitió á Teresa con todos los haberes de su marido, y señalamiento del medio sueldo que gozaba Sancho, y á Sanchica medio escudo diario mientras se ponía en estado, para lo que la ofrecieron dote competente, ó colocación á su marido, si fuese á propósito, en ocupación del servicio de su casa, y esto el mismo duque mandó al Bachiller lo escribiese á la viuda, y á él le confirió un gobierno de un pueblo que tenía también administración de granos, á lo que quedó el Bachiller tan reconocido como pagado de sus andanzas y aventuras.

De todo se dió cuenta al Cura de orden de los duques, suplicándole diese la noticia á Teresa, y aviso de quedarle á ella y á su hija con qué vivir. El hijo de maese Nicolás, que ya en este tiempo parece que su padre había recibido un buen porqué de nobleza del don Casimiro, quiso que se enlazaran ambas casas para unir sus blasones, así se hizo mediante el Cura, y el hijo de maese, no queriendo seguir el oficio sanguinario de su padre, ocurrió á los duques, noticiándoles su enlace con Sanchica, su alcurnia, y deseo de servirles. Los duques, cumpliendo sus generosas ofertas; les dieron lo ofrecido, con más una escribanía que tenían vacante en sus estados con asignación de sueldo, porque quisieron así manifestar lo que apreciaban á Sanchica por los buenos servicios de su padre.

Después se supo que Teresa Panza, desengañada de las vanidades de este mundo, y que Dios no la había criado para las dignidades que su difunto esposo había empezado á probar, se dedicó á cuidar de una ermita que estaba fuera del lugar consagra-

da al glorioso san Lázaro, donde acabó ejemplarmente sus días.

Así concluye Benengeli su historia, poniendo el epitafio que se puso en el sepulcro de Sancho, con caracteres góticos, que vueltos en latín dicen:

HIC JACET

SANS. PANZ.

GUBERN. OPT.

OB. ET VIV.

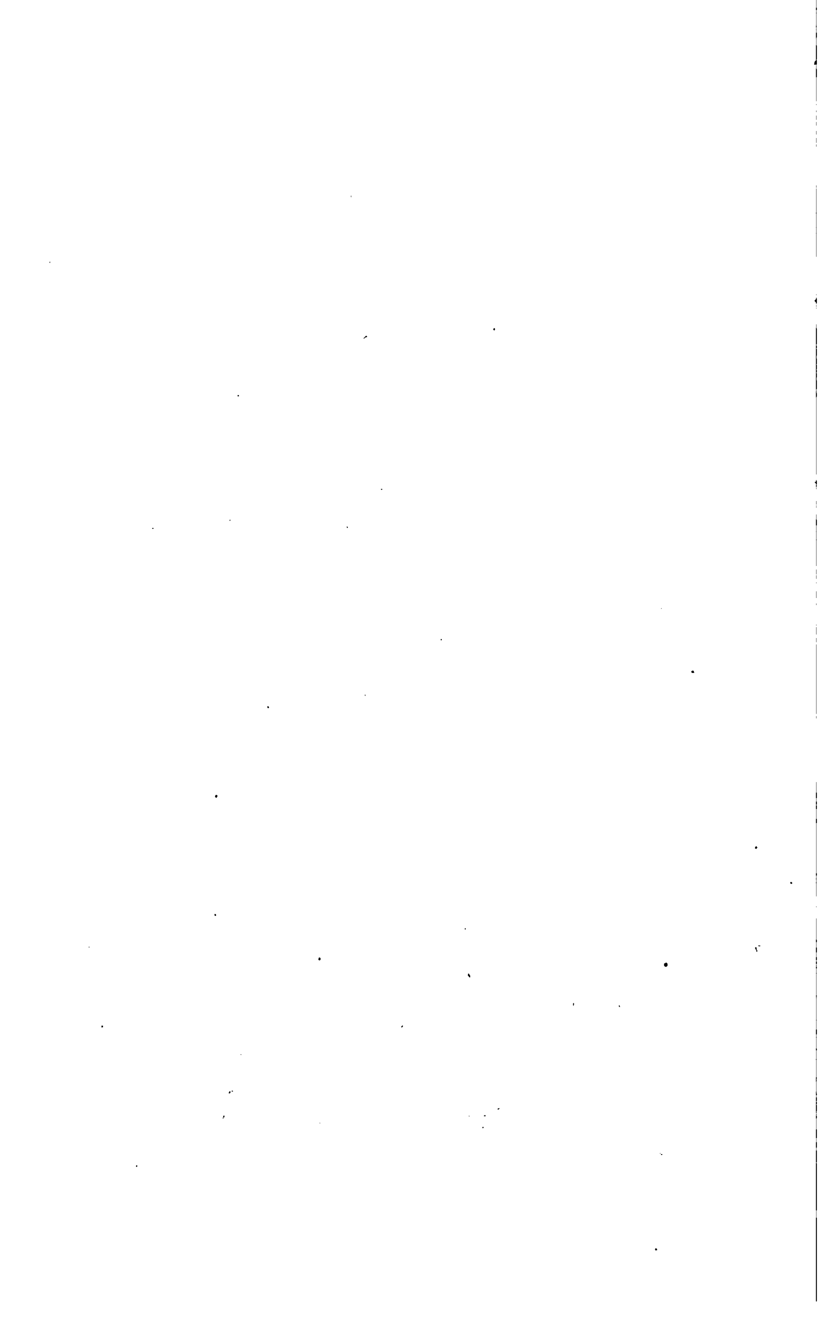
y en castellano

AQUÍ YACE

SANCHO PANZA

GOBERNADOR OPTIMO

MURIÓ Y VIVE



MEMORIAS

DEL ESCLARECIDO

CIDE-HAMETE BENENGELI

autor celebérrimo

de la historia del ingenioso hidalgo

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Recogidas por Melique Zulema,

Autor igualmente verdadero, que Arábigo.

1 Nació Cide-Hamete Benengeli, (dice Melique Zulema, que escribió en arábigo esta obra que se traduce) en Máscara, población famosa del Africa, y patria también de los insignes escritores Abberroes, y Rasis el menor, dióle la fortuna por padres á Muley Benengeli, que ejercía la sastrería, y á la Fátima Aben-Amar, plañidora de muertos, y barrendera de la Mezquita.

2 Crióse robusto y sano desde sus primeros años, y á los diez empezó á aprender el oficio de su padre: no obstante esta ocupación, fué inclinado á los libros, y por este medio consiguió una más que mediana instrucción, que acabó de perfeccionarle su tío Benancel, moro bien conocido por su ciencia física en aquel pueblo, y otros comarcanos.

3 Hay dos autores árabes, entre ellos Rasis el menor, que dicen escribió siendo joven la historia de Calaínos, pero cotejado su estilo con la que escribió del valiente manchego Don Quijote, Caballero de los Leones, es menester confesar que son de distintas plumas, bien que se hacen cargo los cotejadores de las distintas edades en qué pudo hacerlo, pues cuando escribió las de Don Quijote ya era de madura edad.

4 No parece siguió siempre el oficio de sastre, porque cuando escribió los hechos de Don Quijote lo hallamos titulado Cide-Hamete, que quiere decir Xeque ó capitán, lo que pudo haber sido por nombramiento del bey, á quien tal vez vestiría; porque no hay duda tuvo habilidad, y un arquicel cortado de su mano se distinguía entre muchos por su aire de caperuza, cuyo mérito pudo haberle premiado el bey con este nombramiento.

5 Su persona era bien dispuesta, de regular estatura, no de muchas carnes, algo quebrado de color; pero muy pintado de viruelas: tenía un modo de mirar figurando cortedad de vista (que no tenía) porque para mirar á alguno que le hablaba, ponía los ojos como entre abiertos, y levantaba la cabeza; la barba era poco poblada, y entre rubia, pelo negro, nariz roma y algo abultada, la boca más grande que pequeña, los labios gruesos, los dientes claros, y los de la parte de arriba algo sacados: porque parece que siendo muchacho no habia querido dejarse sacar los primeros, y sobre ellos le habían nacido los segundos: en todo lo demás era proporcionado, aunque cojeaba algo de la pierna izquierda de resultas de una coz que le dió un caballo; pero esto sólo era en los cuartos de luna.

6 Su genio era alegre, chancero y aficionado á

burlas: á él se le debió la de la doncella Altisidora, la de los lelíes, cuando se tuvo noticia del desencanto de Dulcinea, y la que se hizo á Don Quijote con la gatuna batalla de la reja del jardín de los duques, que pudo haber tenido peores resultas: nunca se le notó bajeza en el decir, y sus sales y picantes siempre las gobernó con modestia y cuidado.

7 Como sus primeros años estuvo aplicado á la sastrería, la tenía inclinación, y aun hay quien dice escribió un tratado sobre ella, enseñando por clases á las muchachas pobres este oficio, que hacía por moldes y muñecas de todos tamaños, de cuyo modo variándolas, y dejando en la primera clase el cosido de cualquiera modo, iba arreglando en las siguientes, según seguían los tamaños, el punto del cosido, y los demás correspondiente á este arte, que siempre miró (como toda ocupación de aguja) impropia de hombres con barbas, y muy propia de mujeres, á cuyo sexo decía era menester estancar ciertos oficios, para que se pudiesen mantener solteras, y casadas ayudar á sus maridos; pero siempre con reglas y economía en el cortado, y que así se hallarían en todas partes sirvientas útiles en esta ocupación, y otras indispensables en las casas, de que resultaría también desterrar las variaciones de cortados que llaman modas, y destruyen aquellas por seguir éstas: de que sólo los mahometanos están exceptuados, porque su traje cortado y cosido siempre ha sido uno.

8 Y á la verdad sirvió bien esta habilidad de Cide-Hamete en casa de los duques, porque él ideó los trajes que sirvieron para las distintas transformaciones que aparecen en la historia de Don Quijote, de varias colgaduras viejas que le dieron para este efecto; siendo lo más particular que pudo atraer

para su cosido á las sirvientas que tenían los duques, que no fué poca hazaña; porque á la verdad esta clase de gentes son poco aficionadas á la aguja, y algunas suelen por no tomarla prender con alfileres los ruedos de sus vestidos. Tal vez se dirá de esto, que escribió un tratado de sastrería para enseñar á las mujeres este oficio, porque hay autores que para escribir no se paran en averiguaciones de la verdad, sino que dan por cierto lo que oyen.

9 Ocupóse Benengeli en el corso, como comúnmente hacen los de su nación, y en una de las ocasiones que lo ejerció cayó en manos del señor Oracio Fregeli, barón de este título, de nación genovés, que venía en una poderosa fragata á un presidio de España, donde conducía víveres, desde cuyo día tomó ojeriza formal á todos los barones: quejábase mucho de la soberbia y vanidad de su amo, y de su mal trato, porque cuando no le tenía ayuno, le hacía comer carne de borrico por de vaca, con cuyo nombre metía las que traía de provisión; pero como era su esclavo, aunque la conocía bien, no la comía, y callaba, porque no le quitase la vida, como intentó hacer con otro esclavo de la misma presa por menos motivo. A todos los vendió en el presidio al primer dinero que le ofrecieron, y la fortuna hizo que Benengeli y otro fuesen regalados al asentista, quien después lo vendió á un capitán español que allí estaba de comisión de la Corte, el cual desde el primer día lo aplicó á su cocina, de modo, que en corto tiempo nuestro Benengeli pasó de capitán á doctor condimentario por sólo voluntad de la fortuna.

10 El capitán de vuelta á España pasó á la Corte á dar cuenta de su comisión, la que habiendo sido desempeñada á satisfacción del rey, le valió en premio una encomienda en el reino de Valencia de

donde era natural, y habiéndose retirado por sus achaques al de Aragón, la estuvo disfrutando muchos años sin salir de él, hasta que por complacer á unos duques sus parientes, que se hallaban á la sazón en unas casas de placer inmediatas al principal castillo ó palacio de sus estados, pasó á verlos, llevando en su compañía á nuestro Benengeli, por la mucha estimación que de él hacía, y se había grangeado con su travesura de ingenio; pues en el tiempo que estuvieron en Aragón se había dedicado á escribir los hechos del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que en aquel tiempo andaba desfaciendo agravios, y enderazando tuertos con general aplauso, y no los había continuado por haberse divertido en otras ocupaciones, á su parecer, más útiles, bien que guardaba en apuntaciones la continuación de sus aventuras: prendados los duques de las buenas partes é ingenio que para todo mostraba Benengeli, entraron en deseo de tener en su cocina un jefe de tan buen gusto y disposición, para que desempeñase su opulenta mesa, y por medio del mayordomo solicitaron que el capitán lo vendiese: éste á pesar de la falta que le hacía quiso generosamente regalárselo á los duques, mas éstos de ninguna manera lo consintieron, y el capitán por hacerles obsequio consintió en la venta, aunque con harto sentimiento, así por el mal nombre de ella, como por el mucho cariño que tenía á Benengeli, el cual nunca supo el precio en que le había vendido, y si lo supo lo calló por fines que no pueden saberse: muchas veces decía que sus amos los duques lo quisieron mucho; pero aun más el mayordomo, quien le hacía partícipe de varias confianzas domésticas, y de algunas empresas de consideración, no siendo la menor la de concederle tiempo y proporción para que conti-

nuase la historia de Don Quijote, con arreglo á sus apuntaciones, y otras que el mismo mayordomo le dió, y había hecho de orden de los duques, desde que la fortuna había deparado á la duquesa el feliz encuentro de los principales héroes de ella en la caza de altanería, lo que desempeñó tan puntual y verídicamente, como admira todo el mundo.

11 El arte de guisar le poseía perfectamente, en lo cual fué bastantemente celebrado, y muy particularmente en disponer y hacer el alcuzcuz, y el acemite, (que yo aprendí por él) y en el guiso almoronía se excedió más, como que fué su inventor, cuyos tres condimentos son los únicos que como reliquia se han conservado en España de los inventados por los mahometanos.

12 También puso en regla fija el guiso tan provechoso como económico de las acelgas, que hasta su tiempo variaba en perjuicio de las comunidades religiosas, y á él sólo deben la composición cocinal de este regalado manjar, declarado lajante en segundo grado por los médicos más famosos.

13 Fué algo inclinado á la música, y con especialidad al pandero de cascabel, á cuyo son bailaba la zambra con mucho primor, y enseñó á muchas mujeres manchegas este baile que redujo después á seguidillas, á causa de no poder bailarlo por el embarazo de la ropa, y agradó tanto este nuevo é importante descubrimiento, que solía decir muchas veces se propagaría por toda España, y no habría función de candil ó araña en donde, como por desahogo ó extraordinario, no se bailasen las tales seguidillas. Aprendió á tocar la gaita gallega, é hizo en ella tan rápidos progresos, que á su idea se debe aquella adición ó apacible bajo del cañón que sube y descansa sobre el hombro izquierdo, que llaman

bajo de moscón, porque lo imita en el sonido; por cuya imitación que le da tanta melodía, le ponen borlas y flecos, como en señal de aprecio; y ha llegado á tanto extremo, que se espera se coloque en el número de los instrumentos aéreos de Capilla, en cuya pretensión está la nación gallega para entrar como otras en el catálogo de inventora, de cuya excelencia está desposeída, habiendo inventado el instrumento gaita, citado por muchos autores músicos-líricos.

14 Alguna afición tuvo á la pintura, pero no quiso seguir el estilo de su proto-maestro Orbaneja, pintor de Ubeda (ciudad no distante del famoso río Guadalquivir, y muy célebre en su tiempo) que para mayor claridad al pie de lo que pintaba ponía su significado, v. g. este es *gato*, este es *perro*, etc. Mas Benengeli no quiso hacerlo así, porque gustaba que costase trabajo el determinarlo, en lo demás fué su imitador perfecto, aunque lo usó poco, por estar destinado á mayores empresas.

15 Sus buenos servicios, crecida edad, y muchas lágrimas que vertía por volver á su patria, movió á los duques á darles su libertad por ante escribano: diéronle dinero para el viaje, y cartas para unos redentores que se prevenían á pasar á Africa á redimir cautivos, y en ellas abono del costo de navegación: acompañóle en parte de su viaje un tal Tosilos, de nación gascón, y de ejercicio lacayo, que iba á solicitar un empleo honroso en que acabar sus días, para lo cual llevaba buen número de escudos, y amen de unas patentes de cofradías que había servido, un auténtico testimonio ó certificado de haber sido el mismo lacayo Tosilos, que armado de caballero salió al palenque á combatir con el bravo Don Quijote, con lo que creía (según aseguraba Benengeli) sería bien despachado, y mejor atendido.

16 En la despedida de Benengeli hubo muchas lágrimas en parte de la familia que le amaba tiernamente y los duques y mayordomo sintieron su ausencia: quedó en escribir su llegada, y no lo hizo, porque su mucha edad, y trabajos padecidos en la mar, le conciliaron algunos achaques que se lo impidieron al principio, según se supo de los redentores, de los que debió morir, sino es que incurrió en la común ingratitud de los que logran la perdida libertad, que luego se olvidan de su servidumbre, y aun de quien les concedió prenda tan amahle=firmado: Melique Zulema.

Están fielmente traducidas según su original.

LAUS DEO









